

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

FLACSO-Sede México

MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES

**Mujeres cruzando la frontera:
Construcción de narrativas de género y nación
en mujeres de la ciudad de Tijuana.**

Yesica Aznar Molina

Tesis para optar al grado de
Maestría en Ciencias Sociales

Directora de tesis: Dra. V. Cecilia Bobes

XIV Promoción, 2002-2004
Seminario de Tesis: Cultura e Identidades
México, D.F. mayo, 2004

Se agradece el auspicio del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología para la realización de este posgrado.

ÍNDICE

<u>INTRODUCCIÓN</u>	4
➤ Planteamiento del problema de investigación	4
➤ Objetivos	6
➤ Organización de la investigación	8
➤ Estrategia metodológica	9

CAPITULO UNO

Entramado teórico en la construcción de las narrativas	12
---	----

I.	Introducción	9
II.	Cultura, orden simbólico e hibridación	13
III.	El elemento de la memoria en la narrativa	20
IV.	El imaginario colectivo: imaginación y realidad en la construcción de las narrativas	24
V.	Las representaciones sociales: cotidianidad y sentidos de la acción en la conformación de las narrativas	25
VI.	El concepto de identidad que deviene en narrativa	28
VII.	Las narrativas de género y de nación	33
VIII.	Construyendo la identidad de frontera. Teoría de la frontera y la hibridación	35

CAPITULO DOS

Perfiles e imágenes de la frontera, Tijuana	47
--	----

I.	Introducción	47
II.	Concepto de Frontera	50
III.	Migración y Frontera	54
IV.	Imágenes que construyen a la ciudad de Tijuana	62

CAPITULO TRES.

Narrativas de género. Entre el origen, la familia y la presencia extranjera	68
I. Introducción	68
II. Una aproximación teórica a la definición de género	70
III. Características particulares de las mujeres entrevistadas en la ciudad de Tijuana	76
IV. El origen: la genealogía familiar y el lugar de pertenencia	83
➤ El lugar de origen: el recuerdo de aquel lugar en el que nació.	84
➤ Genealogía familiar	87
V. Modelo madre/padre en la configuración de la identidad de género	92
➤ Definiendo la identidad de género a través de la figura paterna	109
VI. La extranjera: construyendo la mezcla que redefine la identidad de frontera	114
VII. Narrativas de género	116

CAPITULO CUATRO

Narrativas de nación: entre los nichos territoriales y la construcción simbólica de Tijuana y México.	119
I. Introducción	119
II. Nación y nacionalidad. El vínculo entre memoria, imaginario e identidad	120
➤ Los estudios de la identidad nacional y su relación con las figuras femeninas y la frontera	125
III. Tijuana: el nicho de la pertenencia y la identidad	126
➤ El recuerdo de una ciudad: frío, lluvia y lodo	131
➤ La vivienda como icono del imaginario del migrante a Tijuana.	135
➤ Tijuana: la ciudad de la doble vida. “La ciudad de la perdición” y “la ciudad ideal”	139
IV. México: La nación que se mira desde tres lugares.	144
V. Narrativas de nación	152

<u>CONCLUSIONES.</u>	155
----------------------------	-----

<u>ANEXO</u>	161
--------------------	-----

<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	171
---------------------------	-----

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis la realicé en diferentes etapas que inició mucho antes de ser escrita. Comenzó con la experiencia propia de la migración; la pensé y la propuse en el regreso a México; la elaboré y la escribí durante mi estancia en la FLACSO y, finalmente, llegó a su fin. En todas estas etapas y trayectos recibí el apoyo, la motivación y la amistad por parte de diferentes personas, de FLACSO y de CONACyT que me permitieron llevar a buen fin esta investigación.

Durante mi recorrido y aprendizaje por la FLACSO, siempre encontré la ayuda en la interacción con mi directora de tesis, la Dra. Cecilia Bobes. Sus comentarios, sugerencias y cuestionamientos fueron siempre oportunos y motivantes para la reflexión teórica y metodológica de esta tesis. En todo momento recibí de ella aliento y estímulo para continuar en los momentos difíciles que presentó esta investigación, gracias.

Sin duda, mi admiración y respeto a la Dra. Sara Makowski. Fue un privilegio ser su alumna en el Seminario de Cultura e identidades, un espacio que me brindó el gozo del conocimiento.

Agradezco a la Dra. María Luisa Tarrés y a la Dra. Liliana Martínez los aportes y comentarios que me permitieron en muchos sentidos este texto.

A mis compañeros del seminario los recordaré toda la vida por su solidaridad y amistad, con ustedes compartí mis ideas y expresé mis emociones que esta investigación me iba generando.

Mi total y eterno agradecimiento, admiración y cariño a todas las mujeres que, de una u otra manera, me brindaron su ayuda durante el trabajo de campo en la ciudad de Tijuana. A Marychuy y Malena por su hospitalidad, ayuda y amistad durante mi estancia en la frontera. A Cecilia, Alma, Yolanda, Bertha, Carolina, Reyna, Lorena, Rosa, Verónica y Teresa, por compartirme sus experiencias y opiniones, pero principalmente, por todo lo que me enseñaron como mujeres mexicanas que viven en la frontera.

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis la realicé en diferentes etapas que inició mucho antes de ser escrita. Comenzó con la experiencia propia de la migración; la pensé y la propuse en el regreso a México; la elaboré y la escribí durante mi estancia en la FLACSO y, finalmente, llegó a su fin. En todas estas etapas y trayectos recibí el apoyo, la motivación y la amistad por parte de diferentes personas, de FLACSO y de CONACyT que me permitieron llevar a buen fin esta investigación.

Durante mi recorrido y aprendizaje por la FLACSO, siempre encontré la ayuda en la interacción con mi directora de tesis, la Dra. Cecilia Bobes. Sus comentarios, sugerencias y cuestionamientos fueron siempre oportunos y motivantes para la reflexión teórica y metodológica de esta tesis. En todo momento recibí de ella aliento y estímulo para continuar en los momentos difíciles que presentó esta investigación, gracias.

Sin duda, mi admiración y respeto a la Dra. Sara Makowski. Fue un privilegio ser su alumna en el Seminario de Cultura e identidades, un espacio que me brindó el gozo del conocimiento.

Agradezco a la Dra. María Luisa Tarrés y a la Dra. Liliana Martínez los aportes y comentarios que me permitieron en muchos sentidos este texto.

A mis compañeros del seminario los recordaré toda la vida por su solidaridad y amistad, con ustedes compartí mis ideas y expresé mis emociones que esta investigación me iba generando.

Mi total y eterno agradecimiento, admiración y cariño a todas las mujeres que, de una u otra manera, me brindaron su ayuda durante el trabajo de campo en la ciudad de Tijuana. A Marychuy y Malena por su hospitalidad, ayuda y amistad durante mi estancia en la frontera. A Cecilia, Alma, Yolanda, Bertha, Carolina, Reyna, Lorena, Rosa, Verónica y Teresa, por compartirme sus experiencias y opiniones, pero principalmente, por todo lo que me enseñaron como mujeres mexicanas que viven en la frontera.

INTRODUCCIÓN

El género y la nación son identidades que fueron pensadas y construidas en la modernidad sobre órdenes simbólicos totalizantes, es decir, se presentaban sobre concepciones rígidas que definían la pertenencia exclusiva a determinado colectivo, así, los sentidos de las prácticas y pensamientos de los sujetos se entendían y se explicaban por estas grandes narrativas de pertenencia colectiva. A mediados del siglo XX, el cuestionamiento a la modernidad permitió señalar la configuración de nuevas identidades y distintas formas de concebir la realidad, los sujetos no sólo se encuentran en un proceso de fragmentación identitaria, sino también en una constante diferenciación con las diversas manifestaciones culturales que buscan su reconocimiento e identificación. Es por ello, que el género y la nación, al ser construcciones de la modernidad, se cuestionan en sus límites simbólicos y se desconstruyen desde el ámbito de su propio significado: “no todas las mujeres son iguales”, “las relaciones de género no se dan sobre una condición de igualdad”, “el sentido de la pertenencia nacional se trastoca por la movilidad territorial de sus habitantes”, “la nación es un lugar/espacio de la imaginación al cual se pertenece pero no de manera definitiva”.

➤ **Planteamiento del problema.**

En México a partir de la década de los ochentas comenzó a incrementarse la participación de las mujeres en el mercado laboral originado por las crisis económicas lo cual propició una amplia gama de investigaciones que estudiaran, desde diversas perspectivas, las modificaciones y los cambios que se generaban en la vida cotidiana con la incorporación de la mujer a otro ámbito distinto al asignado culturalmente. Paralelamente a este evento, los flujos migratorios se incrementaban a las ciudades fronterizas que iniciaban un proceso de industrialización con la llegada de empresas maquiladoras. Durante ese periodo, la frontera norte de México recibía a emigrantes que intentaban cruzar a los Estados Unidos y a personas que abandonaban su lugar de origen para emplearse en la industria maquiladora, principalmente mujeres.

Desde entonces, las ciudades fronterizas han tenido su referencia como zonas industriales, como lugares intermedios para la migración a los Estados Unidos y, en años recientes, ciudades en

las que se producía una cultura sincrética, es decir, donde se fusionaban las costumbres, creencias, prácticas, mitos y valores de la cultura mexicana y norteamericana. Así, el estudio de la situación de las mujeres en la frontera se ha centrado sobre las condiciones laborales como trabajadora de la maquila; la conformación y composición de las familias, las redes sociales y familiares que permiten el trabajo extradoméstico de las mujeres, la participación femenina en los flujos migratorios, la violencia y discriminación que el contexto fronterizo propicia. En este caso la frontera de México-Estados Unidos ha sido motivo de múltiples análisis dirigiéndose a problemáticas generales que giran en torno a la estructura del mercado laboral (industria maquiladora), al deterioro ambiental y a la violencia e ilegalidad de las personas que buscan cruzar las fronteras. Sin embargo, el interés por lo institucional y estructural en los procesos sociales ha llevado a ubicar en segundo plano la perspectiva simbólico-cultural y, particularmente, la vida cotidiana en las poblaciones fronterizas. En ella podemos encontrar un campo para el análisis en la reconstrucción de identidades, de la intersubjetividad y/o experiencias de vida que dan sentido a las acciones cotidianas y donde el sistema de significaciones está en constante circulación por la dinámica de entrada-salida entre dos o más culturas: la local, la nacional y la extranjera. La identidad se construye con diferentes alteridades y desde diferentes posiciones, donde se percibe una movilidad que no sólo es territorial sino también simbólica y donde la frontera, física e imaginaria, permite la ambigüedad y la contingencia en la que los sujetos construyen los sentidos de sus acciones.

Sin embargo, los procesos culturales que en la frontera se comenzaban a gestar no han sido del todo estudiados, más aún, la construcción de identidades que se definen en la frontera. La mujer en la frontera, si bien no puede dejar de ser vista como parte de la fundamental en la economía de la frontera ni de los procesos migratorios, debe ser estudiada como productora y reproductora del sistema simbólico-cultural en el momento actual donde la frontera México-Estados Unidos se encuentra en constantes tensiones a nivel político, económico y social.

Por ello, esta investigación propone reconstruir las narrativas de género y nación que las mujeres construyen en la vida cotidiana de una ciudad fronteriza, Tijuana. Planteamos que el género y la nación, como formas simbólicas que estructuran y orientan el pensamiento y las prácticas de los sujetos, se encuentran en un momento de reconstrucción de significados por la

multiplicidad, mezcla y vínculos con voces, presencias e imágenes que se dan en el espacio cotidiano de la frontera.

➤ **Objetivos.**

Se propone construir un entramado teórico que permita explicar los significados y los sentidos de las prácticas de las mujeres que han experimentado la migración y cotidianamente cruzan la frontera. Las dimensiones analíticas son la memoria, el imaginario y las representaciones, cada una y en conjunto dotan de identidad al sujeto, lo cual nos permitirán responder a una pregunta general ¿qué elementos simbólicos configuran las narrativas de género y de nación en las mujeres que viven en una ciudad fronteriza?

Las experiencias de vida y las prácticas cotidianas son parte fundamental en la construcción de las identidades narrativas y se conjugan con un sistema simbólico estructurante que impone las conductas, normas, creencias, tradiciones, costumbres de lo que significa ser mujer y mexicana. Por ello, se pregunta de manera particular ¿Cómo la historia familiar, el lugar de origen, la experiencia de vida, la migración, la residencia en la ciudad de Tijuana, la práctica de “commuters” y la constante diferenciación y distinción con los norteamericanos intervienen en la configuración de la identidad? y ¿Cómo se entrelazan las identidades de género y de nación en la conformación de las narrativas?

Si bien, el concepto de identidad ha formado parte del acervo teórico de las disciplinas de las ciencias sociales y ha logrado distinguir analíticamente la participación y la presencia de los individuos en las sociedades modernas, también, ha propiciado la discusión respecto a los sentidos que se encuentran detrás de las acciones que permite a los sujetos establecer patrones relacionales, formas de interacción y mecanismos para reproducir la existencia individual y colectiva. También, la construcción de la identidad en las sociedades contemporáneas es estudiada y analizada en nociones como las de fusión, conexión, hibridación y frontera, que hacen que la identidad, siempre inmersa en la cultura, no tenga rasgos de polaridades o separaciones sino, más bien, la idea de mezclar y combinar los elementos, las prácticas y los significados que se producen y reproducen en determinada sociedad.

En este sentido, esta investigación no intenta hacer una recuperación detallada sobre todo lo que se ha escrito sobre el tema, sino más bien, trata de ofrecer una interpretación desde una perspectiva simbólica-imaginaria de los sentidos que las mujeres atribuyen a sus prácticas. La frontera sirve para ubicarnos en la línea de la diferencia de las identidades, como resquicio en el que deambulan, circulan y se recrean los significados de dos culturas o más.

El aporte de esta investigación es reflexionar sobre el complejo proceso de construcción de identidad en un momento y lugar particular como es el de frontera, específicamente, encontrar la noción de frontera en la identidad como la línea que permite a los individuos separar, cruzar, o transitar en los significados sobre el género y la nación. Ambos conceptos refieren a formas simbólicas, abstractas, que han sido construidas para clasificar, jerarquizar y distinguir a los sujetos en su primeras formas primarias de adscripción a un colectivo.

Esta investigación parte por ahora de una definición preliminar de género y nación que se irá redefiniendo a lo largo de este texto. Por género entendemos las formas simbólicas que se presentan como disposiciones socioculturales estructuradas y estructurantes que dictan el comportamiento y las prácticas de hombres y mujeres. La cultura, en un primer momento, define y clasifica los cuerpos de acuerdo a los genitales para asignar el sexo de los individuos: mujer u hombre. A partir de las figuras e imágenes de los cuerpos sexuados, el sistema simbólico les atribuye significados que guían la conducta y los pensamientos basándose en la clasificación primaria de mujeres y hombres, esto es lo que se le ha denominado el género de los individuos: a las mujeres se les asigna el significado de “femenino” y a los hombres el “masculino”; las primeras deben responder y conducirse a través de su función biológica de reproducción; es decir, la procreación, alimentación y cuidado de los hijos dentro del ámbito familiar, denominado el espacio privado. Los hombres, en tanto género masculino, el sistema simbólico le impone la función de proveedor material del ámbito familiar para lo cual debe desenvolverse principalmente en el espacio público, siendo éste el mercado laboral. De esta manera, la cultura se convierte en la proveedora de los esquemas mentales y corporales que establece las conductas o prácticas que las mujeres y los hombres deben llevar a cabo para darle sentido a su existencia pero, además, les otorga a los individuos la adscripción a un colectivo que les permite relacionarse y continuar reproduciéndose coherentemente dentro de él.

En tanto el concepto de nación alude, de igual manera que el género, a una forma simbólica donde confluyen las distintas concepciones de pertenencia a un espacio. La nación se define por su dimensión política, cultural y territorial. La primera dimensión se refiere a un orden político que pretende integrar las diferencias (étnicas, religiosas, de género, de clase) a través de un estrategia jurídica-ideológica. La dimensión cultural se refiere a la producción simbólica, a las manifestaciones y expresiones que producen y reproducen sus miembros que la integran. Finalmente, su dimensión territorial es un lugar que ocupa geográficamente, delimitada por fronteras físicas, que permite a los sujetos situarse a un espacio determinado.

➤ **Organización de la investigación.**

Con el fin de lograr la construcción de las narrativas de género y nación sobre un recorrido por la memoria, el imaginario y las representaciones sociales, desarrollé en este trabajo algunas propuestas para explicar el entramado entre las expresiones simbólicas, la identidad y la experiencia de vida que se manifiestan y son expresadas simbólicamente en los discursos de mujeres que viven en la frontera. Ahí donde símbolos, prácticas y experiencias se entrecruzan sucede el intercambio-hibridación de los significados culturales. En el primer capítulo se presenta el modelo teórico conceptual y se define cada uno de los conceptos utilizados, precisando su diferencia e importancia analítica aludiendo a cada una de las formas simbólicas, el género y la nación.

En el segundo capítulo, se ubica al lector en el contexto en el cual se realizó la investigación; se define el concepto de frontera y se exponen los procesos históricos-sociales que intervienen en la configuración de la memoria colectiva y el imaginario social de la frontera, en específico la ciudad fronteriza de Tijuana. Este capítulo concluye con un apartado en el que se pone en relieve el proceso y situación actual que viven las mujeres en la ciudad de fronteriza.

El capítulo 3 presento el análisis de los discursos elaborados por las mujeres entrevistadas. Se propone un esquema que permite encontrar las formas simbólicas que construyen las narrativas de género a través del uso conceptual de la memoria, el imaginario y las representaciones. Para este análisis fue fundamental analizar a) el recuerdo del lugar y la familia

de origen que remiten a la memoria individual y desde ahí construir procesos identitarios; b) la interacción y las representaciones de los padres de las entrevistadas como modelos primarios de género desde donde ellas se redefinen como mujeres y c) el proceso de diferenciación que se da con la presencia e interacción de las mujeres extranjeras y mexicanas en la cotidianidad de su práctica como commuters.

El cuarto y último capítulo, incluye las distintas formas de reconstruir a la nación y a la ciudad: a) desde la memoria a partir del relato de las características físicas del lugar de origen, la experiencia migratoria y el primer contacto con la frontera; b) analizamos la importancia de la vivienda en la configuración de la identidad y narrativa de las mujeres entrevistadas de la frontera; c) la construcción del imaginario de la ciudad de Tijuana, específicamente en el análisis del fantasma imaginario de la “perdición” e “idealización”; d) presentamos las representaciones que se configuran sobre la frontera en función de sus características, condiciones y manifestaciones culturales y e) analizamos las representaciones e imaginario de nación que se construye en los límites físicos de ella misma, la frontera.

➤ **Estrategia metodológica**

Este trabajo tiene un sustento empírico a partir de historias de vida de nueve mujeres de distintos orígenes que viven en Tijuana y cruzan la frontera para llevar a cabo distintas actividades. Con base en los relatos sobre la familia, el lugar de origen, los motivos y la experiencia de migración, la actividad y cotidianidad que viven actualmente estas mujeres, intentamos reconstruir las narrativas identificando los elementos que la componen: el imaginario, las representaciones y la identidad, y finalmente, dilucidar la articulación entre dichas categorías.

Se elaboran repertorios de significados que permiten construir núcleos duros de las representaciones sobre el género y la nación, ello nos permitió construir las trayectorias de sentidos en la que se podrán observar los cambios y transformaciones de la identidad. Realizamos un repertorio identitario para identificar adscripciones y diferencias, operadores identitarios,

autonominaciones y funciones de la identidad. Con lo anterior, nos concentramos en la dilucidación de las fronteras y narrativas de género y nación.

Esta investigación hace uso de la metodología cualitativa y específicamente de entrevistas a profundidad. Los testimonios obtenidos fueron de mujeres que tienen en común vivir en la ciudad de Tijuana, ser residentes mexicanas y cruzar cotidianamente la línea migratoria que separa a México y Estados Unidos. Este trabajo tiene una condición explorativa desde un nivel cualitativo, no pretende ser representativa en ningún aspecto y por ello las variables sociodemográficas básicas (edad, estado civil, escolaridad, sector social) no fueron condicionantes para la selección. Sin embargo, sí se tomaron en cuenta durante el análisis como propiedades fundamentales para entender desde dónde y quién emite la narración (ver anexo 1).

Se realizaron nueve entrevistas (ver anexo 2) que intentaron recoger evidencias y significados –interpretaciones de lo que se vive, se piensa, se siente y se transmite. El conjunto de los relatos, subjetivos e individuales se consideran como discursos sobre la realidad, no sólo en el relato de hechos o fenómenos, sino en la comprensión del mundo, de un mundo compartido por la colectividad.

Las preguntas fueron abiertas para que la entrevistada expresara y asociara libremente sus opiniones, valoraciones y descripciones sobre los temas de interés para la investigación.

Las entrevistas giraron en torno a cinco temáticas:

- La familia y el lugar de origen: En esta sección se les pidió que relataran las características de sus abuelos, padres y hermanos. Las descripciones del lugar de origen y las fiestas y costumbres que se llevan a cabo en dicho lugar.
- Biografía y experiencia personal: sus recorridos y trayectorias de vida (laboral, escolar, reproductivo y matrimonio)
- La experiencia de migración y el trayecto que hace cuando cruzan la frontera.
- Opiniones y percepciones sobre los que se consideran los “Otros”
- Opiniones y percepciones sobre la nación, lo mexicano, lo extranjero y la frontera.

La técnica fue la Entrevista Autobiográfica Narrativa en la que se hacía una pregunta muy general, temática, y provocaba el relato sobre los hechos, las relaciones, las personas, la identificación, la diferenciación, etc.

El trabajo de campo fue realizado en la ciudad de Tijuana durante el mes de agosto del 2003; el contacto con las mujeres fue a través de la técnica de bola de nieve. Los lugares de las entrevistas fueron en los domicilios particulares, lugar de trabajo, restaurante y domicilio del contacto.

CAPITULO UNO

ENTRAMADO TEÓRICO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS NARRATIVAS.

I. Introducción.

Los significados son construcciones culturales. Éste es un acuerdo común en el estudio de la cultura y la identidad en nuestros días, pero comienza a tomar nuevos matices a partir de su reflexión en conjunción con conceptos tales como la memoria, las representaciones y los imaginarios colectivos a la par de la experiencia de vida de los individuos. De esta manera, los conceptos en conjunto permiten comprender el complejo entramado que los individuos establecen con el orden y la realidad social. Así, las acciones, los significados y las experiencias, presentes, pasadas y futuras, forman parte de las vidas vividas y de las versiones que se dan de la vida, es decir, constituyen el guión que le da sentido, trama y lógica a la vida, construyéndose de esta manera las narrativas individuales y colectivas.

Dado que esta investigación –como ya he apuntado– tiene por objetivo precisamente encontrar el guión del sentido y la lógica de la vida que construyen las narrativas de género y de nación en un territorio específico como es una ciudad fronteriza, en particular, este capítulo se dedicará a articular los conceptos de *memoria, representaciones e imaginarios colectivos* que dotan al sujeto individual o colectivo de *identidades*, en el conjunto de dichos elementos, los sujetos crean sus propias narrativas. A través de ellas, localizamos las distintas realidades sociales que se construyen sobre un sistema u ordenamiento simbólico, plasmándose éste en una de las dimensiones de la acción social de los sujetos: la vida cotidiana.

II. Cultura, orden simbólico e hibridación.

La pregunta acerca de en qué consiste la especificidad de las narrativas y su articulación con elementos como el imaginario, las representaciones sociales y la memoria, nos introduce precisamente en la construcción y explicación de cómo se produce el proceso de diferenciación/identificación en la conformación de las identidades que adquieren sentido dentro de las redes simbólicas producto de la inserción, interacción y relación de los sujetos a una cultura determinada.

Para aproximar una respuesta al cuestionamiento anterior iniciaremos exponiendo el concepto de cultura que refiere en términos generales a los valores, creencias, normas y reglas que un grupo establece e impone a todos los miembros con el objetivo de identificarse, adscribirse y reconocerse a partir de determinadas características. La cultura se expresa simbólicamente a través de las formas, imágenes, prácticas y relaciones, también en los mitos, las tradiciones y las costumbres traducibles a prácticas y/o conocimientos compartidos por el grupo, transmitiéndose y reproduciéndose generacionalmente. De esta manera podemos decir que la cultura se manifiesta y se vive por los colectivos a través de las prácticas cotidianas y esquemas simbólicos. Sin embargo, la cultura tiene una forma de disrupción, es decir, trastoca el orden de los significados atribuidos a un mismo fenómeno que varían de una sociedad a otra. Los significados se encuentran en relación directa con un orden construido gracias a que a cada cosa se le significa en función de la relación que sostenga con los demás elementos de ese orden. En otras palabras, el fenómeno u objeto siempre será interpretado y resignificado por el sujeto para transformarlo en otra realidad, la cultura permite desplegar formas y variaciones de los significados. Esto es, la fundamentación semiótica de la cultura¹ que es comprendida como un entramado de concepciones cuyo tejido particular producen las distintas realidades sociales. La forma como las significaciones se construyen y se ordenan es siempre a través de símbolos que pueden ser definidos como vehículo de significaciones y se caracterizan por no ser lo que representan. Para Geertz el término se usa para designar "...cualquier objeto, hecho, acto,

¹ Clifford Geertz introdujo la noción sobre la interpretación semiótica de la cultura para referirse a que los fenómenos culturales son esencialmente simbólicos y, por consiguiente, su estudio se relaciona con la interpretación de símbolos o de acciones simbólicas.

cualidad o relación que sirve como vehículo de una concepción —la concepción es el significado del símbolo—...” (Geertz, 1989:90).

El aporte de John B. Thompson introduce un aspecto estructural en la concepción simbólica. El análisis cultural se define como “el estudio de las formas simbólicas — acciones significativas, los objetos y las expresiones significativas de diversos tipos— en relación con los contextos y procesos históricamente específicos y estructurados socialmente dentro de los cuales, y por medio de los cuales, se producen, transmiten y reciben tales formas simbólicas” (Thompson, 1990: 149-151). Con la definición anterior los fenómenos son considerados por este autor como formas simbólicas (un amplio campo de fenómenos significativos, desde las acciones, gestos, rituales, hasta los enunciados, los textos... Expresiones de un sujeto y para un sujeto) en contextos estructurados, y el análisis cultural lo considera como el estudio de la constitución significativa y la contextualización social de las formas simbólicas.

El aporte de Bourdieu se encuentra en la explicación de las prácticas por el habitus, que se puede entender como “un sistema socialmente constituido de disposiciones estructuradas y estructurantes, adquirido mediante la práctica y siempre orientado hacia funciones prácticas” (Bourdieu, 1995:83); es decir, la interiorización de las reglas sociales como conjunto de disposiciones durables orientadoras de acción. El habitus, dice Bourdieu, “es plantear que lo individual, e incluso lo personal, lo subjetivo es social, a saber, colectivo, es una subjetividad socializada” (Bourdieu, 1985: 87) y se define “como un sistema subjetivo pero no individual de estructuras interiorizadas, que son esquemas de percepción, de concepción y de acción” (Bourdieu, 1992: 154).

Con esta definición de habitus el autor señala que la cultura “está internalizada y se presenta en forma de esquemas mentales y corporales que funcionan como matriz simbólica de las actividades prácticas, conductas, pensamientos, sentimientos y juicios de los agentes sociales” (Bourdieu, 1992: 16-17).

Los aportes de estos autores nos permiten explicar que la cultura, entonces, está dada sobre formas simbólicas y significados establecidos por un orden simbólico que, al ser

interpretados, se resignifican para construir una realidad o múltiples realidades que cambian de acuerdo a los contextos y procesos históricos. El orden simbólico se ubica en los sujetos a través de las estructuras interiorizadas que les permite orientar las prácticas.

La capacidad de los individuos de poder expresarse a través del lenguaje permite simbolizar, esto es, representar lo real por un signo y así establecer entre ambos una relación de significación. De esta manera, cualquier cosa puede funcionar como símbolo: un signo, una imagen, o cualquier otro elemento del discurso, pero siempre dentro de una relación recíproca “entre dos objetos, entre dos seres, un ser y un objeto... cada uno se manifiesta como complemento del otro y recíprocamente” (Augé, 1998:35). Así pues, se puede decir que la realidad está construida a través de un entramado de significaciones que se organizan a través de un ordenamiento simbólico. Lo que sugieren estas ideas es que lo simbólico representa para los individuos la posibilidad de darle sentido a sus acciones a través del “mundo intersubjetivo común a todos nosotros en el cuál tenemos un interés eminentemente práctico” (Schutz, 1962:198) para desarrollar las diferentes trayectorias: qué hacer, para qué y cómo hacerlo y proporcionar la existencia misma.

Ahora bien, el sistema simbólico, por una parte, es producido por las personas porque son creadoras, cuestionadoras y transformadoras de significados, pero por la otra, existe un conjunto de símbolos y significados impuestos –estructurantes– que vienen desde afuera, pues es anterior al sujeto de modo que se le presentan como naturales y eternos. De este modo y sólo así, todas las preguntas tienen una respuesta certera y un sentido a la existencia de cada sujeto.

Dentro de la organización simbólica suele existir una lógica binaria y se expresa en la diferenciación entre el Yo y el Otro, entre nosotros y ellos, debe existir prohibición, regla y aprobación, diferenciando las conductas proscritas de las permitidas. A la vez, cada orden simbólico organiza una jerarquía que avala la asociación de lo bueno y lo malo con “lo mejor que”, “lo superior a” y refuerza todas las diferenciaciones anteriores que representan una operación antagónica y jerarquizada (Leach, 1989: 63).

Es así como encontramos la manera en que se establece el vínculo entre sujeto y cultura, el cual permite la relación entre el proceso de construcción de lo simbólico y lo social para, entonces, construir la realidad. El sujeto se estructura gracias a un orden simbólico que lo precede, que ha construido la red de jerarquías, clasificaciones y analogías dentro del cual ocupa un lugar y a partir de ello reconstruye, reafirma y recrea su existencia a través de las experiencias de vida. Es en este proceso que se constituye la realidad social donde los sujetos individuales o colectivos se apropian e interiorizan las formas simbólicas que orientan su acción. El *habitus* nos permite explicar las prácticas que llevan a cabo los sujetos en un determinado tiempo y espacio, es decir, las acciones y la red simbólica que se establecen como comunes entre los miembros del grupo dentro de un contexto específico. Si bien, como hemos dicho anteriormente, los sujetos interiorizan los símbolos culturales que orientan y guían su acción de forma impuesta y estructurante, también, ellos son agentes que permiten transformar el sistema simbólico a partir de sus propias experiencias vividas, ya sea, en el intercambio, la mezcla y la hibridación con la cultura de otras sociedades.

Entonces, ¿qué elementos se ponen en juego para que los sujetos en las sociedades contemporáneas se enfrenten a una constante transformación simbólica? Los sujetos en su vida cotidiana reproducen el orden simbólico a través de las imágenes/formas, las relaciones sociales y los lugares/espacios, generando en los sujetos la interacción, interpretación y ubicación de los significados culturales; los referentes simbólicos que dotan de identidad y que funcionan como intersticios para la hibridación cultural.

- a) *Las imágenes/ formas* tienen que ver con representaciones a un referente físico, moral o intelectual; con imágenes mentales ligadas a las percepciones o a los efectos de la imaginación que están asociadas a las palabras y a los conceptos, a imágenes que se autonomizan relativamente a los fantasmas, las alucinaciones o a los sueños y, finalmente, como registros de lo real. Por ejemplo, la imagen de la mujer, del hombre, de una catedral, del migrante, extranjero, entre otras, funcionan como referentes que dotan de significados pero a la vez los sujetos les atribuyen significados.

- b) *Las relaciones sociales* propician el intercambio y la reproducción de las formas simbólicas a partir de la interacción entre los mismos sujetos, individuales o colectivos, o entre los sujetos y las instituciones. Las relaciones de clase, de género, laborales o comerciales propician expresiones simbólicas.
- c) *El lugar /espacio* permite que los grupos definan el marco espacial físico y social en el cual se produce y reproduce el habitus instituido por el grupo y a la vez sirve como referente físico y simbólico desde el cual los sujetos pueden reconocerse como parte de él y diferenciarse de los otros. El lugar geográfico de una nación, la vivienda y el lugar de origen son algunos de los espacios que permiten definir y delimitar la pertenencia del grupo a un suelo o territorio.

Estos tres elementos se presentan y son vividos por los sujetos como naturales y cotidianos en su entorno socio-cultural. Por ello, proponemos concebirlos como elementos intersticiales de la vida cotidiana, como parte de lo social, en donde ocurre la hibridación cultural. Los medios de comunicación, el incremento de los flujos migratorios, la complejidad de las relaciones sociales y la creciente mediación de las instituciones han generado que las personas, como Vattimo señala, accedan a “múltiples imágenes, interpretaciones y reconstrucciones del mundo que compiten entre sí” (Vattimo, 2000:20) mostrando la multiplicidad de realidades que se construyen sobre distintos sistemas y ordenamientos simbólicos y diversos modos de vida. Es decir, las sociedades en donde se generaliza y se hace uso cotidiano de los medios de comunicación (televisión, radio, prensa, transporte) muestran, resaltan y evidencian las diferencias culturales. Sobre esta idea podemos encontrar que, actualmente, los sujetos ya no están restringidos y reproduciendo una “única” visión del mundo y orden simbólico, sino tienen la posibilidad de intercambiar distintas imágenes del mundo para encontrar diversas maneras de identificación o de diferenciación con las “otras” formas simbólicas.

Los sujetos al encontrarse imbuidos en las distintas realidades que presentan los mass media o su interacción cotidiana con miembros de otros grupos culturales –religiosos, sexuales, nacionales, étnicos, etc.– adecuan e incorporan a su ya adquirido sistema simbólico otros referentes culturales. Luego entonces, el sujeto interioriza tanto el sistema simbólico original como el sistema simbólico que experimenta. Es por ello, que en esta investigación nos interesa

indagar, a través de los elementos intersticiales, las formas simbólicas sobre las cuales se define el género y la nación y donde la experiencia de vida logra construir la identidad y narrativa dentro de un contexto de hibridación cultural. A través de las imágenes/formas, las relaciones sociales y los lugares/espacios, el género y la nación se reproducen en la hegemonía del orden simbólico, y a la vez, dan lugar a la producción de nuevas estructuras simbólicas que se generan con la presencia de lo diferente y lo distinto, incorporando nuevos sentidos que guían las conductas de los sujetos.

De esta manera, el entrecruzamiento entre el género y la nación permite comprender que las fronteras simbólicas establecidas por el orden cultural hegemónico se desborran, originando que las identidades de los sujetos se vuelvan un “resguardo contingente”, es decir, el sujeto se construye, nombra y adscribe de acuerdo a las necesidades inmediatas que se le presentan en el entorno social, cultural, político o económico, ya que selecciona la posibilidad de asumir aquella identidad que le dota el sistema simbólico original, o bien, configurando una nueva identidad en donde se mezclen los distintos sistemas simbólicos.

Resumiendo hasta este momento, los sujetos interiorizan un sistema simbólico que es anterior a ellos y de esta manera se les presenta como impuesto y estructurante, orientador de sus acciones. El contacto, el intercambio y la mezcla con otros referentes culturales hace que los sujetos reinterpreten y reconfiguren un nuevo orden simbólico, dándose así la hibridación cultural. La combinación de los distintos sistemas simbólicos que el sujeto experimenta se plasman y se generan en tres elementos intersticiales de la cotidianeidad (las imágenes/formas, las relaciones sociales y los lugares/espacios) que reproducen y producen las formas simbólicas. Así, el sujeto se define de acuerdo a las formas simbólicas –mujer y mexicana– para después, construir y adecuar su identidad según las necesidades y experiencias que vive en el entorno inmediato –madre, trabajadora, migrante, fronteriza.

La definición del sujeto a partir de las formas simbólicas originales se imbrica en la construcción identitaria dada por la experiencia de vida, de esta manera, el sujeto logra nombrarse, adscribirse y reconocerse como miembro de un colectivo. La definición e

identificación de los sujetos a partir del género y la nación puede explicarse a partir de la propuesta conceptual siguiente:

Con base en el esquema planteado anteriormente donde se explica que el sujeto piensa y actúa en medio de la imbricación de un sistema simbólico original y uno adquirido por la experiencia vivida, las definiciones e identificaciones como miembros de un colectivo se expresan en los elementos intersticiales del entorno (imágenes/formas, relaciones sociales y lugares/espacios). La pregunta siguiente es ¿qué formas adquieren dichas definiciones e identificaciones durante su expresión para permitirnos explicar la hibridación cultural? La propuesta, entonces, se concentra en dirigir la reflexión a través de los imaginarios, las representaciones sociales y la memoria social-colectiva, puesto que cada uno ellos alcanzan distintos niveles de explicación: por un lado, ellos nos permiten entender el proceso de resignificación de las formas simbólicas del género y la nación y, por el otro, permiten explicar los modos de simbolizar de aquello que los sujetos seleccionan y reconocen como realidad.

Con estos tres conceptos teóricos, imaginario, memoria y representaciones sociales, podemos dilucidar la producción continua de significados de la acción colectiva y a su vez, la conformación de identidades y narrativas individuales que expresan las formas estructurantes de los sistemas simbólicos que interactúan en la conformación de las identidades híbridas.

La memoria, la identidad, las representaciones, el imaginario y la experiencia que envuelve a los sujetos serán a continuación definidos para la comprensión de las narrativas. Es así, que entendemos que la realidad social es un proceso en construcción en donde el tiempo juega un importante papel en su definición. La realidad social se vive y se interpreta en el presente pero siempre acompañada con un pasado que se desconstruye y resignifica y un futuro que se piensa como proyecto. En este proceso, los sujetos utilizan las formas simbólicas y una red de significados como vehículos para expresar la relación con el pasado, presente y futuro configurando así un habitus sobre el cual se orientan las acciones.

A continuación se abordará la definición de cada uno de dichos conceptos y su distinción analítica en la construcción de las narrativas de género y nación.

III. El elemento de la memoria en la narrativa

La memoria es recuerdo y olvido al mismo tiempo. La memoria permite comprender las estrategias utilizadas en la configuración de la experiencia y dotarla de continuidad, para conocer los recursos de toda índole que intervienen en la construcción del pasado. En todo caso, el pasado de los individuos no existe como tal, se forma día a día en el presente para producir respuestas a las diversas circunstancias y construir un orden en los significados que le dan sentido a la realidad actual. Por ello, la realidad se vuelve ficticia porque hay una selección de los significados y prácticas que “son producciones del presente que construyen el pasado” (Vázquez, 2001:83). Recordar implica una imagen, una impresión sobre determinado objeto o fenómeno, pero al darle una interpretación y ponerlo en relación con circunstancias y experiencias actuales, la memoria se vuelve “cómplice” del presente porque se le da un significado de acuerdo a las necesidades del presente ya que se utiliza como estrategia para responder al cómo y porqué de la acción que las personas emprenden.

Es en el presente donde todos los futuros imaginados e inimaginables tienen la probabilidad de estrenarse, ya que el presente los contiene todos [...] los pasados también habitan en el presente [...] construimos incesantemente el pasado mediante nuestros discursos y nuestras relaciones, mediante nuestras memorias y nuestros olvidos. Pero los construimos según nuestros intereses en el presente, por eso operamos una selección de qué es oportuno y conforme recordar y qué es oportuno y conforme olvidar (Vázquez, 2001: 103-104).

El recurso de la memoria permite al análisis sociológico identificar el proceso y transformación que los significados van tomando en la explicación de la realidad y la experiencia actual, también, se logra identificar la manera en que los imaginarios y las representaciones sociales se ponen en juego ya sea para desistir de ellos o reproducirlos. Le Goff (1991) señala que el pasado es imaginado, pero la memoria es la base con que se registran las concatenaciones de los actos y en donde se encuentran elementos acumulados que forman parte de la vida cotidiana.

Como hemos señalado en el apartado anterior, los sujetos en todo momento interpretan, resignifican e interiorizan las formas simbólicas, por ejemplo, observar un monumento histórico, pensar o imaginar a la familia de origen o recordar su trayectoria habitacional son acciones que dotaron al sujeto de experiencia de vida pero también de memoria. La capacidad de recordar y

olvidar tanto el conocimiento generalizado colectivamente y común a todos, como aquellos eventos que fueron importantes en la propia vida y por los que se tuvo que pasar; ambas memorias, la colectiva y la individual, dotan de identidad al sujeto junto con lo que experimenta en el presente. Es por ello que se da una selección del recuerdo porque “recuperar el pasado está en función del uso que se hace de él en el presente” (Todorov, 2000: 17).

Existe otra manera de generar memoria colectiva y se encuentra en las experiencias trágicas o difíciles que los sujetos en colectivo viven, en este caso, la migración se presenta actualmente en la sociedad mexicana como un suceso incomparable por la violencia y discriminación con que se experimenta la salida del lugar de origen: se inicia en la ruptura y el abandono; durante el proceso se construyen sentimientos de soledad y sufrimiento; y se conservan en la memoria y se actúa en función de ese recuerdo viven

De esta forma, Todorov (2000) señala que el recurso de la memoria puede ser utilizado en el presente con fines de comparación o justificación de un acontecimiento sucedido tiene que ser construido en su singularidad y en la constante comparación con otros fenómenos, o bien, que el evento ejerza en las conciencias individuales un conjunto de significados que refuercen las prácticas cotidianas individuales o colectivas. Concebida de esta manera la memoria, podemos afirmar que el evento de la migración está conformando una memoria colectiva y una memoria del migrante que en el caso particular de esta investigación, la experiencia de la migración aunada a la de vivir en la frontera y cruzar cotidianamente la línea internacional está configurando una memoria; ambas, entremezcladas con otras formas simbólicas dadas por el género y la nación.

Entonces, la memoria se encuentra en las acciones e interacciones que el sujeto realice y establezca, en las imágenes que lo rodean y en los lugares y espacios que ocupa, pero ¿puede existir la memoria del género y la memoria de nación? Respecto a la nación podemos decir que sí, de hecho, las referencias simbólicas de la nación se han reproducido precisamente a través de la memoria colectiva utilizando la historia, los monumentos y la “teatralización del patrimonio” (Canclini, 1989) para dotar de identidad a un espacio geopolítico y a los miembros que habitan dicho lugar. La memoria nacional es promovida según sean los intereses del gobierno en

funciones, seleccionando los elementos que a su juicio son relevantes en la conformación del pasado y que define la existencia actual de una nación: eligiendo nombres de personajes históricos, lugares específicos, fechas o eventos representativos, todos con la finalidad de reconocer un cierto número de códigos de comportamiento y la capacidad de hacer uso de ellos. La memoria dota al sujeto de cultura nacional a través del conocimiento, el recuerdo y los olvidos de sus antepasados.

En todo caso, el género también cuenta con una memoria, pues al ser una construcción cultural que han sufrido modificaciones en sus referentes simbólicos a lo largo del tiempo, que ha sido interiorizada por los sujetos y donde sus referentes simbólicos han sido seleccionado según las necesidades de los contextos que experimenta una sociedad, se construye a través del recuerdo y le olvido de los que ha sido ser hombres y mujeres, la memoria de género. Más evidente resultan las “memorias de género” cuando los sujetos recuperan las formas de vida y pensamiento que hombres y mujeres manifestaban en el pasado, utilizándolo en el presente como punto de comparación; por ejemplo, en la frase “las mujeres de antes eran más sumisas” estamos haciendo uso de la memoria de género en tanto el reconocimiento que denota la posición actual en la que viven las mujeres, como la selección de un sector de la población que tiene esa característica. Así, la memoria de género dota de identidad a las mujeres contemporáneas trayendo un pasado que se resignifica y se adecua a las necesidades presentes. Podemos señalar que la memoria de género en la sociedad mexicana ha presentado el pasado de las mujeres de distintas maneras, sin embargo, actualmente podemos percibir que el recuerdo de las mujeres del pasado se da por un lado, en la selección de figuras femeninas de la historia, del ámbito político o cultural, que simbolizan y reafirman las características que pueden ser útiles para que las mujeres se identifiquen: La Malinche, Frida Kahlo, Sor Juana Inés de la Cruz y la Virgen de Guadalupe, entre otras; fueron mujeres mexicanas de atributos excepcionales que son puesto en el presente, como rescate de la memoria, para resaltar los valores, creencias y/o mitos de la traición, del mestizaje, del sufrimiento, de la lucha y de la pureza que conforman a la mujer mexicana; de esta manera, se convierte en conocimiento común de su antepasado como mujeres, pertenecientes a un colectivo, que permite constituir identidad.

Por el otro lado, seleccionar y construir la genealogía familiar e individual se liga a un proceso de recordar y olvidar figuras familiares, acontecimientos, relaciones y acciones que resultan motivantes para constituirse como sujeto adscrito a un colectivo. Es decir, la relación que el individuo hace con el pasado y la memoria tiene que ver con dos sentidos: la articulación narrativa de los acontecimientos se presenta como relatos de eventos progresivos que dan sentido a la existencia del sujeto y como conformación de una trama que, como señala Ricoeur (1984), “unifica lo diverso en una acción total y completa conformada por las circunstancias, los objetivos y los medios, las iniciativas y las interacciones, así como también las adversidades y otras consecuencias no descartadas que se pueden desprender de las actividades humanas” (Vázquez, 2001:108).

La memoria de género y de nación construye narrativas a partir de la acción social y de la experiencia individual porque, con la selección, recuperan del pasado múltiples eventos, interacciones y circunstancias que se resignifican para dar coherencia a la existencia de los sujetos como mujer/hombre o mexicano. Esos elementos del pasado se vinculan a un todo que dota de identidad y construyen narrativas individuales que remiten a lo social.

De esta manera, la memoria se presenta permanentemente en las relaciones sociales, en las imágenes y en los espacios; el recuerdo y el olvido es parte de la vida cotidiana “cuando las personas hacemos memoria, mediante nuestro discurso sostenemos, reproducimos, extendemos, engendramos, alteramos y transformamos nuestras relaciones. Es decir, la memoria de cada persona cambia en la relación y cambia las relaciones” (Vázquez, 2001: 115). Esto quiere decir que el recordar es una acción individual, pero toda memoria es compartida porque presenta rasgos de la acción y del pensamiento común.

Aunque la memoria nos permite analizar el proceso en donde interviene el tiempo – presente y pasado– y la selección de los recuerdos que dotan de identidad al sujeto y construyen narrativas, encuentra su límite para analizar los símbolos y significados que los sujetos utilizan para darle enunciación, o no, a todo aquello que se concibe como real y a partir de los cuales se orientan sus acciones, los conceptos que nos permitirán abordar lo anterior y que a continuación abordaré es el de Imaginario y las representaciones sociales.

IV. El imaginario colectivo: imaginación y realidad en la construcción de las narrativas.

El imaginario es la capacidad creativa de la imaginación. El término se usa en el sentido de la invención y la creación de algo que se origina en el pensamiento. La relación entre lo imaginado y lo real se encuentra el orden simbólico, en una imagen, formas o figuras abstracta “que afecta los modos de simbolizar de aquello que conocemos como realidad y esta actividad se cuele en todas las instancias de nuestra vida social” (Silva, 1998: 90).

El imaginario por ser “algo inventado, ya se trate de un invento absoluto (una historia imaginada de cabo a rabo), o de un deslizamiento, de un desplazamiento de sentido en el que se les atribuye a unos símbolos ya disponibles otras significaciones que las suyas ‘normales’ o ‘canónicas’ [...] el simbolismo supone la capacidad de establecer entre dos términos en vínculo permanente, de modo que uno de éstos ‘represente’ al otro” (Castoradis, 1993: 43) se encuentra entremezclado con la memoria en tanto que ambos conceptos remiten a una práctica individual como es el de recordar e imaginar y se trasciende al nivel colectivo cuando refieren a una construcción social, es decir, una acción colectiva que se puede o no expresar. Es en el ocultamiento, de lo que no está dicho literalmente, donde se encuentran los imaginarios. Lo imaginario tiene que utilizar lo simbólico, no sólo para expresarse sino para existir, para dejar de ser algo virtual y convertirse en algo más. Por ello, el imaginario se convierte en un conjunto de significaciones referidas a objetos concretos, significaciones abstractas pero socialmente efectivas y activas (tematizadas y explicadas para llevarse a cabo). El imaginario orienta el “hacer social”, el imaginario crea representaciones individuales y es el elemento de la organización del mundo de una sociedad. La producción del imaginario se da a través del surgimiento de una significación central que reorganiza, redetermina, reforma una multitud de significaciones sociales ya disponibles, y con ello las altera, condicionando así la constitución de otras significaciones y desencadenando lateralmente unos efectos análogos sobre la casi totalidad de significaciones sociales del sistema considerado.

El imaginario es el conjunto ordenado de representaciones para designarse y fijar normas y valores en una sociedad (Ansart, 1993: 94). Los individuos y los colectivos se encargan de

reproducir los imaginarios pues así les permite tener una guía para la realización e interpretación de sus actos bajo un esquema simbólico impuesto, determinado.

Es por ello que la realidad que el sujeto construye, a través de la significación e interpretación de las cosas, imágenes y acciones, también está dada a partir de ideas abstractas que son estructurantes en las acciones de los sujetos, estos imaginarios van a ser definidos y expresados por una o varias significaciones para referir a la normatividad establecida en determinado contexto. Con base en esta definición de imaginario podemos explicar que la construcción imaginal que los sujetos elaboran sobre la imagen de la mujer o de la nación son significaciones que tienden a reproducirse y, a su vez, el cambio que genera la interpretación del símbolo tiende a adecuarse de manera normativa al habitus dominante de ese momento. Por ello, nos preguntamos ¿en qué medida estos imaginarios tienden a cambiar frente a significaciones que circulan en una recreación cultural², en *medio* de dos o más culturas u ordenamientos simbólicos. Para comprender los imaginarios de género y nación debemos recurrir al concepto de representaciones sociales para analizar la manera en que se van incorporando y adecuando otros significados en las relaciones cotidianas de los sujetos y a partir de ellas se explica y justifica la acción y la existencia.

V. Las representaciones sociales: cotidianidad y sentidos de la acción en la conformación de las narrativas .

Las representaciones sociales son formas de concebir lo real. Representar algo significa relacionar las rutinas que se generan en la vida cotidiana con creencias, valores y opiniones, es decir, dar interpretaciones y definiciones de sentido común que siempre se encuentran en comparación con algo.

² Este concepto es tomado de José Manuel Valenzuela (1998) refiriéndose a “la incorporación decodificada de elementos culturales novedosos dentro de la matriz cultural del grupo”. Dicho concepto sirve para explicar los nuevos elementos culturales que son integrados a través de la experiencia en una ciudad fronteriza y como commuter o cruzadora de frontera de las mujeres estudiadas.

También se han definido como “construcciones sociocognitivas propias del pensamiento ajeno o del “sentido común” que pueden definirse como el conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes a propósito de un objeto determinado” (Abric, 2001: 19). Las representaciones sociales son elaboradas y compartidas socialmente y permiten dar cuenta de una realidad común entre los actores, “da prioridad a la praxis y a las interacciones cotidianas o rutinarias asociadas a formas de concebir lo real, que sirve a su vez como sustento —explicación y/o justificación— de la acción y la existencia” (Vergara, 2001:15). Podemos encontrar representaciones sociales atribuidas a una imagen o fenómeno: a la mujer, al hombre, a la migración, a lo mexicano. Son ideas, valores y prácticas que posibilitan a los actores comunicarse y adaptarse a un contexto a través de códigos que les permiten funcionar. Las representaciones sociales, señala Vergara, “funcionan como factor fundamental en la construcción de la pertenencia social, tanto en el nivel de compartimiento de códigos, por la interiorización de prácticas, experiencias y de modelos de conducta y de pensamiento, como en el nivel discursivo de construcción más explícita de la identidad” (2001: 40).

Las representaciones tienen doble función: ser portadoras y organizadoras de una visión del mundo preconcebida e impuesta y, también, creadoras y productoras en la transformación del orden y la realidad social. Así, las representaciones, como el conjunto de significados otorgados a un fenómeno u objeto, permiten definir relaciones, situaciones y prácticas sociales inmersas en los colectivos y en los individuos. Todos los sujetos siempre buscan explicar lo que pasa y lo que les rodea haciendo uso de un conocimiento común, con el lenguaje y las formas en que han sido pensadas, expresadas e interpretadas por individuos que han vivido y que viven en una misma situación y contexto.

Los imaginarios y las representaciones permiten crear e imaginar distintas realidades, ya sea a través del lenguaje y las experiencias. Así, el ordenamiento simbólico que los sujetos adecuan para responder a la normatividad o valores de su entorno enfatiza la comprensión de las acciones para sí mismo y para los otros y, de esta manera, fabrican una definición que caracterice la posibilidad de existencia en determinado contexto.

MEMORIA	IMAGINARIO	REPRESENTACIONES
a) Es recuerdo y olvido. b) Es la selección de los eventos pasados. c) Es la modificación de relaciones sociales en la vida cotidiana.	a) Es la capacidad de crear e imaginar. b) El imaginario se da o se hace viable por sus consecuencias, sus resultados, sus derivaciones. c) Son deseos a proyectar. d) Es centro o núcleo organizador que constituye una atmósfera o una personalidad de una época. e) Su significado es prácticamente inasible y por definición su modo de ser, es un modo de no ser. f) Es un control de la vida colectiva y factor del ejercicio del poder. g) Produce sentidos.	a) Es la relación entre pensamiento y comunicación. b) Son prácticas acciones e interacciones cotidianas o rutinarias asociadas a formas de concebir lo real que sirve como sustento de la acción y la existencia. c) Anticipa, prescribe y programa el comportamiento de los individuos. d) Es un sistema social de valores, ideas y prácticas que tienen por función establecer un orden que oriente la conducta de la gente y posibilite la comunicación entre los miembros que permite clasificar nombrar y evaluar. e) Constituyen la realidad a partir de conjuntar información, experiencia y afectividad. f) Reproduce sentidos

Resumiendo de manera muy esquemática, que el entramado entre memoria, imaginario y representaciones sociales que dotan de identidad al sujeto construyen narrativas. La memoria remite al pasado sobre un interés particular en el presente para el sujeto; la memoria colectiva se encuentra en las interpretaciones simbólicas de las personas cuando remiten al pasado. El imaginario también se construye en el nivel de lo simbólico sólo que este funciona para referirse a algo inventado o interpretado con distintos significados. El imaginario para esta investigación se encuentra en los fantasmas (lo no dicho) y el imaginario radical (imagen que no es o que nunca fue). En tanto, las representaciones remiten a las interpretaciones de las prácticas o formas de vida que toman sentido cuando se le atribuyen valores, opiniones o creencias.

VI. El concepto de identidad que deviene en narrativa.

La identidad es un proceso y no una esencia. La experiencia de vida, los símbolos y las prácticas cotidianas son elementos con los que los sujetos viven a lo largo de su historia, a su vez, esta particularidad individual se entreteje a un complejo simbólico e institucional macro. La convivencia entre ambos –individuo y sistema– produce tensiones y negociaciones constantes. El cambio que sugieren las sociedad contemporáneas puede explicarse en dos planos: por un lado, en las transformaciones externas a través de las tecnologías y los medios de comunicación y, por el otro, en la transformación de la vida cotidiana que afecta aspectos más personales de nuestra experiencia. Por lo anterior, Giddens afirma que “uno de los rasgos distintivos de la modernidad es, de hecho, una creciente interconexión entre los dos extremos de la extencionalidad y la intencionalidad: las influencias universalizadoras, por un lado, y las disposiciones personales, en el otro” (1995:9).

La inmersión de los sujetos en situaciones externas y a la vez en situaciones internas creadas por ellos mismos, permite que constantemente cambien las interpretaciones de la realidad, sus concepciones del Yo y su diferenciación con el otro.

La noción de identidad nos permite comprender la vinculación entre lo individual (interno) y lo social (externo), pues las sociedades contemporáneas poseen variadas interacciones y construcciones de sentido, donde los grupos se relacionan y construyen su auto y heterorreconocimiento dentro de campos de interacción, negociación y disputa. Es por ello que las identidades sólo existen en la medida en que se construyen diferenciaciones subjetivas con otros grupos e individuos, de las cuales se derivan la importancia de las otredades o alteridades como referente para la identificación.

Una de las primeras distinciones que debe hacerse sobre la identidad es la importancia que tiene para los actores sociales. Estos actores pueden ser individuales o colectivos, estos últimos pueden ser en forma de grupos (conciencia de pertenencia y alta frecuencia de interacción) o colectividades más amplias, como las regionales o nacionales.

La identidad, señalan algunos autores, llegó a ser vista como una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca del sujeto. Este esencialismo postula que las categorías tienen una existencia real: son las esencias las que garantizan la permanencia de los seres y de su mismidad, que resulta así de manera definitiva (Dubar, 2002). La identidad era algo que el individuo tiene una vez y para siempre.

Actualmente, se plantea que las identidades son procesuales, que tiene un carácter intersubjetivo, relacional, cambiantes en el tiempo y que se negocian constantemente (Giménez, 2002b; Dubar, 2002; Valenzuela, 1998).

Hasta este momento, diremos que la identidad es un concepto que nos permite analizar e interpretar la complejidad y diversidad de los mundos vitales de los individuos y de las colectividades. Los cambios y proceso de las experiencias y la subjetividad de los actores sociales permiten la construcción y reconstrucción de la identidad.

La identidad individual puede conformarse por múltiples dimensiones y, de ellas, se identifican al menos tres elementos:

- a) La pertenencia social y categorial: la primera quiere decir que implica la inclusión de la personalidad individual en una colectividad hacia la cual se experimenta un sentimiento de lealtad. La segunda desempeña un papel en la definición de identidad debido a las representaciones y estereotipos que se le asocian.
- b) Los atributos identificadores: son distinciones que los actores sociales consideran como atributos para sí mismo que les permite distinguirse y diferenciarse de los “otros”. Tienen la forma de “rasgos de la personalidad” o de las características de la sociabilidad.
- c) La biografía personal: los actores responden con narrativas autobiográficas sobre las experiencias y sentimientos. La narrativa configura y reconfigura una serie de actos y trayectorias personales del pasado para conferirle un sentido.

Las dimensiones anteriores de la identidad tienen implícita la idea de que los actores comparten un sistema simbólico-cultural similar y que ello les permite interactuar bajo los mismos códigos. Pero el sistema simbólico se manifiesta a través de los imaginarios y las representaciones sociales, de esta manera articulando la identidad con estos dos conceptos que anteriormente definimos, podemos plantear que los sujetos dentro del proceso de construcción de su identidad utilizan un sistema de clasificación y diferenciación elaborado a partir de imaginarios y representaciones, así, les permiten ubicarse como miembros de un colectivo en el que se identifican y comparten un sistema simbólico que los estructura. Este vínculo nos permite afirmar que las identidades de género y nación se construyen a partir de imaginarios: la primera es asumida en la diferenciación entre mujeres y hombres, la segunda se adjudica a lo propio de un colectivo frente a lo extranjero. Ambas identidades están construidas en imágenes abstractas que, en palabras de Castoradis (1993), tienden a ser imaginarios efectivos donde se posan las imágenes para depositar los componentes reales que sirven para pensarlo o actuarlo. Las representaciones sociales darán la forma al imaginario a través de las interpretaciones que se realizan sobre las imágenes y es precisamente en este proceso de selección en el que se van conformando las identidades: en el reconocimiento del “Yo” y el “Nosotros” frente a la diferenciación el “Otro” o los “Otros”; en la constante diferenciación en el tiempo –el presente frente al pasado– y en el espacio –los de aquí frente a los de allá.

Lo anterior nos introduce a una característica de las formas en que se dan los cambios de identidad: la transformación y mutación (Giménez, 2000). “La primera sería el proceso adaptativo y gradual que se da en la continuidad, sin afectar significativamente las estructuras de un sistema [...] La mutación supondría una alteración cualitativa del sistema, es decir, el paso de una estructura a otra” (Giménez, 2000: 65). Lo que nos aporta esta cita es entender que en el proceso de cambio de la identidad existen elementos del sistema que mantienen una continuidad y otros en los que efectivamente se encuentran los cambios, esto nos lleva a preguntarnos ¿en qué parte de la identidad de género y de nación radican los elementos de transformación y mutación en el continuo de ser mujer o mexicana? y ¿en qué parte del proceso podemos encontrar elementos de asimilación, recreación, innovación y resistencia cultural?

Un elemento más de identidad tiene que ver con el autorreconocimiento y heterorreconocimiento que sin duda están presentes en las narrativas de los actores, en ella se articula tanto la capacidad del actor de afirmar la propia continuidad y permanencia y de hacerla reconocer por otros, como la capacidad de distinguirse de otros y de lograr el reconocimiento de la diferencia (Giménez, 2000; Valenzuela, 1998). Siguiendo la tipología de Melucci (citado por Giménez, 2000) sobre las posibles configuraciones identitarias se distinguen cuatro:

- a) Las *segregadas* que implica que los actores se identifiquen y afirmen su diferencia sin importar el reconocimiento por parte de los otros.
- b) Las *heterodirigidas* donde el actor es identificado y reconocido como diferente por los demás y tiene una mínima capacidad de reconocimiento autónomo.
- c) Las *etiquetadas*, cuando el actor se identifica en forma autónoma, aunque su diversidad ha sido fijada por otras.
- d) Las *desviantes* que sugiere la adhesión completa a las normas y modelo de comportamiento que proceden de afuera, de los demás; pero la posibilidad de ponerlas en práctica nos induce a rechazarlos mediante la exasperación de nuestra diversidad.

Siguiendo con esquemas clasificatorios, Lorena Sciolla (1983)³ distingue tres funciones básicas de la identidad:

- 1) La función locativa, por la que se sitúa el sujeto en un espacio social revestido de símbolos (que también puede tener un sustrato territorial). Esta función permite construir las identidades de los trayectos, de dónde soy, a dónde me dirijo y a dónde llegué.
- 2) La función selectiva, que permite al sujeto ordenar sus preferencias y escoger diferentes alternativas o cursos de acción. Esto refiere a los motivos y toma de decisiones de los sujetos frente al cambio.

³ Esta cita la retomo a partir de varios textos, principalmente Giménez y Genderau, 2000 y Makowski, 2003.

- 3) La función integradora, en el sentido de que proporciona al sujeto un marco interpretativo que permite ligar las experiencias del pasado a las del presente en la unidad de una biografía incanjeable o de una memoria colectiva.

Este esquema nos proporciona un camino para identificar las formas, las posiciones y las relaciones que permiten a los sujetos definir, a partir de sus condiciones objetivas de vida y contexto específico, sus identidades.

Por último, la complejidad de la identidad individual se centra en la pluralidad que existen en los mundos vitales y ello genera que los sujetos dejen abierto su plan de vida por las frecuentes crisis de identidad que pueden presentar y lo remitan a cuestionarse y revisar constantemente su identidad personal. Es necesario decir que las identidades son plurales e ineludibles porque es a partir de ellas que los sujetos construyen su existencia, son cambiantes en tanto que se ponen a juicio del sujeto a una discriminación, selección y adscripción. Así, podemos decir que las identidades individuales y colectivas giran en torno a los imaginarios, a los fantasmas colectivos, que son talante para su subsistencia, las identidades se forman como – señala Valenzuela– “recursos para la articulación de proyectos o adscripciones culturales imaginarias. Son los fantasmas colectivos que cobran forma y vida en la conciencia social, como arquetipos que desdibujan la unicidad individual; los individuos se reconocen mediante esos fantasmas colectivos, y configuran grupos, etnias, nacionalidades, movimientos sociales...”(Valenzuela, 1993). Finalmente, las identidades asumen un carácter relacional y procesual porque se comparten elementos simbólicos de definición, lo cual no implica cerrarse a nuevos elementos sino que la condición de cambio permite que aparezcan elementos y procesos emergentes que hace que las identidades se transformen.

VII. Las narrativas de género y nación.

Un concepto que nos permite unir analíticamente las dimensiones de memoria, imaginarios y representaciones con la integración de nuevos referentes culturales es el de narrativas. Éstas junto a los acontecimientos de vida, moldean las “representaciones del viaje”⁴ en el lenguaje donde se recrea constantemente el Yo, el sujeto como un descubridor de escenarios posibles para sí mismo permitiendo en el tránsito reconstruir las identidades.

Las narrativas se definen como formas y modos en que se muestra o representa la vida (Silva, 1998: 111) y como construcciones culturales que podemos utilizar para entender y expresar elementos como la subjetividad, el punto de vista del actor, la temporalidad de las acciones humanas y, además, interpretar y explicar nuestro propio pensamiento del sentido común (Aguilar, 2003). La identidad narrativa es una construcción en la que el sujeto sitúa una disposición de sus experiencias significativas (Dubar, 2002: 235).

En las narrativas podemos encontrar la interacción de ideas, eventos e instituciones que cambian con el tiempo y también, es donde se encuentran los sentimientos y las intenciones de los actores sociales. Son relatos de cómo llegamos a ser lo que somos; la continuidad, los cambios y los sobresaltos en los relatos también forman y son parte de las narrativas (Rosaldo, 1991).

Las narrativas fabricadas o producidas por los sujetos responden a una visión del mundo y a las experiencias interpretadas en el tiempo y el espacio. De tal forma, las narrativas nos permiten definir el camino o el trayecto que los sujetos fabrican para dar sentido a sus acciones a través del ordenamiento simbólico respecto al género y a la nación. Interesa, entonces, identificar las narrativas que se producen dentro de una recreación cultural a partir de una condición de género y una adscripción nacional.

⁴ Esta idea de representación de viaje es tomada del texto de Ian Chambers (1993) para dar cuenta de las posibilidades que el autor tiene de transitar libremente por el lenguaje y el texto donde las ambigüedades son parte necesaria de la reflexión.

Este entramado configura las narrativas que el individuo construye y que sólo así le da sentido a su existencia para perdurar en el tiempo y el espacio. Paralelamente a la fabricación de narrativas los sujetos van construyendo su identidad que implica la percepción de ser idéntico en el tiempo, el espacio y en la diversidad de situaciones que les otorgan la posibilidad de negociar cierta permanencia de sí mismo. Lo anterior llama la atención porque si bien la identidad aparece a partir de distinguirse y diferenciarse con la presencia del “Otro”; los actores sociales basan y anclan su identidad en imágenes y abstracciones que se les presenta imposibles de romper y se traducen en compromisos y respeto hacia ellos mismo. La identidad se sitúa sobre distintos momentos, cambia cuando se presentan eventos, crisis o experiencias que los individuos adecuan a su acción y subjetividad de acuerdo a su entorno inmediato. También, hay ciertas partes de la identidad que son continuas porque existen segmentos del Yo que no se cuestionan y son resistentes a lo largo de la vida, es por ello que nos preguntamos ¿de qué manera ciertos segmentos de la identidad se resisten al cambio o frente a qué elementos demuestran resistencia? Como intentaremos analizar, el género y la nacionalidad son construcciones simbólicas estructuradas y estructurantes que tienden a cambiar en sus representaciones periféricas de acuerdo al contexto social o cultura específica y determinados núcleos duros de la identidad permanecen en el tiempo pero, a manera de hipótesis, podemos decir que la sociedad moderna propicia que las fronteras que separan las identidades se vean sobre formas ambivalentes y contingentes⁵, es decir, las fronteras sugieren separaciones entre lo uno y lo otro basadas en una constante diferenciación, pero ante el contexto complejo de riesgos e incertidumbres, las diferenciación que establecen las fronteras se conforman ahora como un puente en el que se pueden transitar, entrar y salir, dando mayor posibilidad y formas flexibles al sistema simbólico y a los sentidos de las acciones. Es por ello, que las narrativas se construyen en las fronteras, ambivalencias o contingencias de la identidad.

En esta investigación partimos de que la identidad de género y de nación se elaboran sobre símbolos de un imaginario compartido que estructuran las prácticas de los sujetos. La memoria, el imaginario y las representaciones nos permitirán localizar los elementos simbólicos

⁵ El concepto de ambivalencia es tomado de la propuesta de Bauman (1996), como una idea de posibilidad a las experiencias vividas y en constante indecisión y amenaza por la diferencia y la alteridad. El concepto de contingencia viene de la teoría de sistemas de Luhmann, para explicar la posibilidades que pueden darse en las unidades de sentido de la acción, “lo contingente es todo lo que no es necesario ni es imposible”(Luhmann, 1996: 175).

estructurantes que los sujetos internalizan y que utilizan para guiar sus prácticas cotidianas. Como la identidad es un proceso relacional y procesual, que tiende a cambiar y a transformarse, intentaremos ver en el análisis de las historias de vida de las mujeres cómo se da este proceso.

Así, podemos distinguir el género y la nación como dos dimensiones posibles de la identidad, la primera se sitúa en el nivel individual basado en un imaginario y representaciones normativas estructurantes sobre los cuerpos, la domesticidad, las relaciones de parentesco y, actualmente, los proyectos personales. Esta identidad se reproduce, subsiste y se refrenda en los ámbitos cotidianos de vida. Surge de identidades previas, modelos, presencias, reproducidas en las carencias y necesidades similares o a través de referentes inventados⁶

La nación, por su parte, se ubica en el nivel de la identidad colectiva, se refiere a la construcción de comunidades imaginadas en donde involucran nuevos actores y tienden a poseer una composición más heterogénea, configurándose sobre intereses comunes⁷.

VIII. Construyendo la identidad de frontera. Teoría de la frontera y la hibridación.

Como hemos podido observar en el apartado anterior, el entretendido entre la memoria, los imaginarios, las representaciones y la identidad nos permiten analizar narrativas para comprender las formas en que los individuos construyen su realidad. Sin embargo, es necesario, ahora, comprender mejor la noción de frontera como la manera en que la identidad y los significados se trastocan, se mueven y se mezclan.

La idea de frontera puede remitir a una línea imaginaria que separa dos cosas, algo que se encuentra en medio y algo en el que se cruza. En este caso pensar la identidad de frontera tiene

⁶ En el capítulo tres pretendo exponer con más detalle los elementos que construyen la identidad de las mujeres que viven en frontera en su relación y su proceso de identificación.

⁷ En el capítulo cuatro intentaré ver como se construye en las entrevistadas la identidad como mexicanas en el reconocimiento de “nosotras(os)” frente a la identificación de los “otros”.

que ver precisamente con esta imagen: los límites que separan identidades, el espacio en donde se entremezclan dos o más identidades o el tránsito en donde se entra y se sale de una identidad a otra.

Esta investigación pretende identificar cuál de estas formas de frontera se distinguen en la conformación de las trayectorias de sentido y narrativas construidas por las mujeres entrevistadas en la frontera.

Asumimos que los componentes que construyen al actor *en y de* frontera están en función de la memoria, los imaginarios, las representaciones y la identidad, significaciones y sentidos dados a la experiencia e historia de vida. Con ello, se logra mostrar las transformaciones de la identidad en el sujeto, la construcción de narrativas y la elasticidad de sus fronteras identitarias.

El actual debate respecto a la problemática de la integración y el reconocimiento de nuevas identidades que emergen en las sociedades modernas occidentales ha generado modelos teóricos que han permitido analizar e interpretar las identidades colectivas y la acción social de los grupos. En este apartado intentaré distinguir cómo cada uno de los enfoques teóricos definen el concepto de identidad y sus elementos que sitian a dicho concepto para desentrañar las formas en que ha sido visto el territorio, la identidad y el sentido de pertenencia de las poblaciones fronterizas⁸.

El primer enfoque se ubica dentro de la teoría de la Asimilación generada junto a posiciones desarrollistas de la modernidad, que significa “la integración social, económica y política de un grupo étnico minoritario al sistema dominante” (Valenzuela, 1998:63). Enfatiza una visión dicotómica sobre los grupos o naciones desarrolladas y/o dominantes frente a las subdesarrolladas y/o sometidos; esta separación sirve de soporte para demostrar que los grupos o personas en condiciones desfavorables tienden a ser absorbidos por la cultura dominante, pretendiendo dar cuenta de la vulnerabilidad de los sujetos por las condiciones materiales,

⁸ Es importante señalar que estas teorías fueron desarrolladas principalmente en la escuela norteamericana a partir de la posguerra y con el surgimiento de movimientos sociales y políticos de las llamadas minorías étnicas o raciales (afroamericanos y chicanos). El fenómeno de la migración a sociedades industrializadas es también interpretada por estos enfoques teóricos.

culturales y lingüísticas dentro de un contexto y cultura distinta a la de origen. Detrás de esta visión existía una racionalidad economicista en el sentido de que el pensamiento desarrollista de la época era poner en alto la modernidad de las sociedades y con ello la perspectiva de desarrollo y civilización de los individuos de las sociedades llamadas tradicionales o “primitivas”. Así las identidades de origen sufren importantes transformaciones por la interacción y el contacto de una nueva cultura, pero este proceso de transformación en la identidad tendía a ser una pérdida o desarraigo de la cultura y símbolos de origen.

Más adelante, se proponen conceptos como el de transculturación que significa el cambio de una cultura a otra; la aculturalización es el abandono o pérdida de las expresiones o rasgos fundantes de la cultura nativa y de sus costumbres propias; la adaptación es la aceptación y asunción de la cultura dominante.

La teoría asimilacionista ha sido criticada por su visión lineal y determinista (Valenzuela, 1998) y su concepto de identidad parece tener una definición casi esencialista pues considera que la identidad se cambia, ratifica o modifica frente a las opciones del progreso y poder que la cultura de las sociedades desarrolladas y receptoras ofrecen.

Como anteriormente se explicó, si aceptamos que la identidad es cambiante y sufre transformaciones en la interacción, pero no tiende a dar un cambio radical y a olvidarse de lo anterior. Más bien, la identidad de origen se renegocia y reelabora en el contacto con nuevos elementos culturales y asume un acto de recreación, pero también soporta rasgos de resistencia cultural.

Particularmente, esta perspectiva asimilacionista tuvo fuerte presencia en las interpretaciones que se le daban a los pobladores de la frontera norte de México, se les llamaba traidores, malinchistas o patriotas contaminados culturalmente (Valenzuela 2003; Douglas Taylor, 2001). La cercanía con los Estados Unidos y su fuerte presencia económica tendía los puentes para estas estigmatizaciones, aquella frontera y a quienes ahí se encontraban eran imaginados como extranjeros entre nosotros. Más allá de las fronteras, “eran los mexicanos que querían parecer gringos”.

El segundo enfoque teórico es el Multiculturalismo, en él se plantean algunos aspectos importantes de la conformación del universo simbólico dominante y sus mecanismos de legitimación, cuestionando los elementos sobre los cuales se erige el estatus superior de la cultura dominante. En esta perspectiva se hace referencia a la diversidad cultural, principalmente en el campo donde definen los sentidos sociales y el campo de las representaciones. Las fronteras de las identidades se semántizan al darle una fuerte definición en los límites de adscripción/diferenciación social. Con esta postura de la diferenciación se enfatizan la lucha cultural sobre las concepciones homogeneizantes, se presenta como una perspectiva de resistencia y cambio en el orden social. La integración cultural para esta perspectiva está dada en tomo a los conceptos de diversidad cultural, identidades diferentes y respeto a las minorías dentro de una cultura dominante y hegemónica. La frontera vista desde este enfoque matiza las identidades bajo la noción de diversidad cultural ya que en ese territorio que es la frontera coexisten distintos grupos con origen y costumbres diversas: los del sur, los norteños, los indígenas, los extranjeros, los cholos, los mexicanos y los migrantes recién llegados. En la frontera se encuentra una multiplicidad y pluralidad de identidades y al poseer la característica del tránsito entre dos países ocasiona el surgimiento constante de grupos con nuevas y distintas identidades que demandan respeto y presencia frente a las otras identidades.

Sin embargo, la perspectiva del multiculturalismo lo que proyecta es la formación de identidades colectivas y, en mi opinión, coloca a los sujetos integrantes de los grupos a rígidas estructuras de adscripción, es decir, los sujetos son etiquetados porque es sólo a través de la pertenencia a un grupo y a su participación en él que los individuos logran dar sentido a sus acciones, el multiculturalismo deja fuera la parte de la identidad que se reconstruye en la vida cotidiana.

El transnacionalismo o la transnacionalización ha sido en últimos tiempos el enfoque teórico que ha permitido explicar los procesos socioculturales transfronterizos, es decir, los procesos de cruce o movimientos migratorios. Esta perspectiva señala que en el proceso de movilidad territorial se construyen relaciones sociales sólidas, sean familiares o comunitarias, lo que constituye la emergencia de una nueva identidad que vincula actividades y patrones de vida de la cultura de origen con las de la cultura dominante.

El enfoque transnacionalista brinda más elementos para comprender y explicar los mecanismos, los patrones y transformaciones de las identidades de frontera, pero también, como señala Kearney:

las ciudades fronterizas, como la de Tijuana, son espacios donde se da una transnacionalización cultural, económica y política del capitalismo tardío, y la migración no se limita a proceso de expulsión y recepción de trabajadores sino que implica la separación nacional de los sitios de producción y reproducción de la fuerza de trabajo [...] la frontera se convierte en un sitio liminal donde se forman signos de identidad ajenos a los definidos por los Estados Nacionales (1999 citado por Valenzuela, 2003:50)

Las identidades transnacionales, por su capacidad de construir redes, circuitos, instituciones y agentes migratorios, surgen como mecanismos que posibilitan la constitución de una comunidad local más allá de su propio territorio original (Velasco, 2003).

La perspectiva transnacionalista utiliza dos conceptos que sirven para explicar su modelo analítico: la comunidad y las redes migratorias; la comunidad se construye fuera del lugar de origen y se reproduce mediante las redes y circuitos migratorios sobre la base de relaciones de parentesco y paisanaje. Así, la comunidad transnacional se origina y se entiende sólo con las migraciones internacionales e implica la construcción de un espacio social que preserva la existencia de una colectividad en más de un territorio nacional (Velasco, 2003). Cabe señalar que las comunidades transnacionales establecen un vínculo material y simbólico con el lugar de origen; la ayuda ya sea condicionada o comprometida, en el que la identidad transnacional se reconstruye tanto para los migrantes que llegan a una comunidad organizada y con un espacio propio dentro del país receptor, como para la comunidad o familia que se queda en el país de origen. Los primeros se recrean culturalmente y llevan a cabo mecanismos de resistencia cultural, mientras que en las comunidades de origen se da una recreación cultural a través del contacto con el migrante o el envío de bienes que éste hace a su comunidad y familia.

Esta perspectiva ve a la comunidad como el espacio social construido por la acción en las organizaciones que permite reproducir los imaginarios y las identidades de origen, pero el colectivo combina sus prácticas culturales con el involucramiento de las dinámicas tecnológicas,

de capital y de control estatal. El sujeto miembro de una comunidad transnacional se convierte en agente que construye y dinamiza la identidad de las comunidades. Así, esta perspectiva evoca rasgos de origen en la identidad que se combinan con elementos culturales pertenecientes al ámbito tecnológico y productivo.

Los estudios culturales junto con las discusiones de teorías posmodernas y multiculturalistas han generado nuevas líneas para la discusión de la identidad, entre otros temas. Como anteriormente mencioné, los estudios culturales responden al surgimiento de culturas y sociedades caracterizados por importantes procesos de industrialización, modernización, urbanización, ascenso a los medios de comunicación, disminución de las comunidades y de la influencia del colonialismo occidental y el desarrollo de nuevas formas de imperialismo, con una nueva economía global, la difusión mundial de una nueva cultura de masas, la emergencia de nuevas formas de migración motivadas por causas económicas e ideológicas y la emergencia del nacionalismo y de hostilidades raciales y religiosas (Valenzuela, 1998: 98).

El enfoque de los estudios culturales retoma la perspectiva marxista que aporta los componentes básicos para analizar la relación entre estructura económica, condición de clase y actividad cultural. La exploración analítica generada en esta corriente se construye en la oposición a la cultura dominante pero no en el sentido de confrontación o separación sino en los elementos activos y actuales del proceso cultural, es decir, donde las experiencias, los significados y valores de los distintos campos culturales son vividos y practicados son, como señala Williams, “áreas de experiencia, aspiración y logros humanos que la cultura dominante rechaza, minusvalora, contradice y reprime” (Williams, 1980:146 citado en Valenzuela, 1998). En todo caso, la influencia del posmodernismo incide tanto en la desconstrucción de los discursos dominantes como en las relaciones que se establecen entre la cultura hegemónica/culta y la cultura popular (Bourdieu, 1995). En otras palabras, es el señalamiento a identificar las transformaciones en las fronteras de las culturas y de las identidades que ahora se construyen en esos límites, la mirada a la identidad ya no está solamente construida y separada a partida de los diferente, se encuentra junto y entremezclada con lo distinto.

Una de las líneas de interés en los estudios culturales son, como en los enfoques anteriores, los procesos culturales asociados a la migración donde se analiza proceso de descolocación, desplazamiento e hibridación cuestionando así la esencialización de las identidades. Varias formas y conceptos se han derivado de este enfoque: la teoría de la hibridación, la interculturalidad, el postcolonialismo, cosmopolitismo y la teoría de la frontera.

Para fines de esta investigación sólo abordaremos la teoría de la hibridación y la frontera, primero porque la noción de hibridación nos ubica en conceptos como intersección, descolocación y porosidad, así como la idea de “entrada y salida”. Mientras que la teoría de la frontera permite retomar la noción misma de frontera para entender cuál es el sentido de este concepto en las narrativas y en la construcción de las identidades.

Actualmente, podemos encontrar la idea de hablar de una nación global, de un gobierno mundial, de ciudadanos del mundo, de un cosmopolitismo (Lins, 2003; Arizpe, 1997). Desde esta perspectiva, las migraciones internacionales han destrozado “los mapas culturales” (Arizpe, 1997) porque las culturas se vuelve más sincréticas, se forman –dice Arizpe– culturas “trashumantes” o “neoculturas”. La convivencia, interacción e intercambios entre culturas tienen que ver con la dinámica de interculturalidad en distintos niveles de magnitud: local, nacional, regional y global.

De esta manera, las experiencias de los sujetos son vastas y múltiples, se vuelven demasiado extensos los referentes o sistemas simbólicos, se transforman y se incorporan constantemente nuevos elementos en la identidad, nos incorpora –dice Chambers (1985)– “a un estado híbrido y a una cultura de la mezcla”. La cultura se convierte, según Canclini (1989), en el descoleccionamiento y desterritorialización de comportamientos y bienes simbólicos y al mismo tiempo la relocalizaciones territoriales relativas, parciales de las viejas y nuevas producciones simbólicas.

La teoría de la hibridación señala que las fronteras son múltiples y cambiantes y se construyen constantemente a partir del desplazamiento de las personas que permiten trastocar significados, autonomizando los vínculos entre cultura, identificación y territorio. También

aunque las personas permanezcan fijas en un lugar pueden percibir e incorporar nuevos significados que circulan en textos, música e imágenes y así reproducir y recrear imaginarios. La hibridación es “el proceso en el que se puede acceder y se puede abandonar, en donde se dispone una oferta simbólica heterogénea renovada por una constante interacción de lo local con las redes nacionales y transnacionales de comunicación (Canclini, 1989: 265).

El concepto de identidad, entonces, es fundamental para el análisis de las interacciones culturales en el que los sujetos intercambian y producen nuevos elementos culturales que responden a situaciones recientes o a diferentes formas de apropiarse de las antiguas condiciones. El acervo cultural de los sujetos se encuentra constantemente renovado, lo que hace que las identidades se vuelvan ambiguas o contingentes, es decir, los espacios y las realidades se complejizan en la interacción con múltiples alteridades y hace que los sentidos de las acciones se deslicen en múltiples direcciones en el que “vivir en otra parte significa estar constantemente inmerso en una conversación en la que las diferentes identidades se reconocen, se intercambian y se mezclan, pero no se desvanecen” (Chambers, 1985:37)

La teoría de la frontera parte del entendido de que la cultura no es algo dado porque las personas actúan a partir de cómo perciben, nombran e interpretan su realidad circundante y de acuerdo a sus valores e ideales. Los individuos se caracterizan por crear y producir símbolos que hacen posible referirse a las cosas que no están presentes o son invisibles.

La teoría de la frontera cuestiona la forma de la esencialización de los sujetos colectivos (identidades étnicas, raciales, nacionales, de género, etc.) señalando que en muchas ocasiones se desconocen las diferencias internas existentes al interior de un grupo y genera la cosificación de sus fronteras sociales, se descalifica a los miembros del grupo que no se ajustan a la descripción que se da del conjunto de éste. Se crea así una distinción valorativa entre los auténticos miembros del grupo y los otros.

Ya no son más culturas étnicas, interétnicas o de contacto donde se predominaba la noción de asimilación o diferenciación, ahora es la cultura del intercambio donde lo “otro” está dentro del “nosotros” a través del tránsito y fluido simbólico.

El objetivo es desconstruir las fronteras simbólicas, como señala Grimmson:

Los desplazamientos, entonces, no son el suspenso de la ubicación efectiva de la frontera simbólica, sino justamente un laboratorio de la contingencia, un contexto de elaboración de diversidades. Se trata, en esa dirección, de explorar tránsitos y fluidos antes que hitos, líneas y monolitos. Pensar la frontera como contacto y fábrica de distinciones (2003:17)

La frontera, de esta forma, combina lo geográfico y lo simbólico, la propuesta es la disolución de la frontera natural que había sido durante siglos separación tajante tanto de territorios como de identidades. Ahora, la idea es desaparecer la división y pensar sobre la contingencia, porosidad y desvanecimiento de las identidades en el espacio físico y simbólico.

Los sujetos en su presente, implícito su pasado, producen narraciones siempre vinculadas a una región, una familia, una institución, una creencia, lo que les permite dar sentido a su realidad. Para esta teoría la nación y el género, como identidades de afiliación colectiva, deben ser entendidas como construcciones imaginables que los sujetos portan pero que se reconstruyen en la recreación cultural y en el intercambio de elementos culturales, la transformación y la reelaboración de la identidad como mujer o como mexicana y a la vez se vuelven nociones ambivalentes o contingentes en las narrativas de los sujetos porque se readecuan en las situaciones recientes. En el análisis de la frontera y su relación con el orden individual y grupal se refleja el estatus “permanentemente amenazado de la identidad, su eterna y constitutiva deliberación de los que se podría o no se podría tomar como propio” (Jonson y Michaelson, 2003:54), la frontera es el lugar propio de la perturbación, de la ambigüedad y de la contingencia de la identidad y también es el espacio de la performatividad y la invención al orden individual y colectivo.

Luego entonces, la perspectiva de frontera e hibridación permite materializar un contexto, Tijuana que evidencia identidades en movimiento donde los significados circulan a través de los desplazamientos de sujetos cruzadores que salen y entran a través de la recreación cultural. Las migraciones generacionales y los transeúntes cotidianos de la “línea” desdibujan las fronteras físicas y culturales de las comunidades y sus territorios.

El propósito de este trabajo es conocer las narrativas que se construyen a lo largo de una línea imaginaria: los intersticios en las fronteras de las identidades a través de los desplazamientos en la frontera física. Hemos presentado, por un lado, el entramado conceptual que nos permite el análisis de las identidades de género y de nación y, por el otro, abordamos la perspectiva teórica que nos brinda los elementos para el desarrollo de la propuesta de investigación.

Las identidades se refieren a autopercepciones y a su vez se refieren a relaciones sociales históricamente situadas entre individuos y colectividad, expresadas simbólicamente. Estas identidades sólo cobran sentido dentro de contextos especiales específicos, pues son históricamente construidas y en relación con la construcción de demarcaciones simbólicas, subjetivas y objetivas, que permiten ser reproducidas por el grupo y los individuos. La diferenciación lleva implícita la distinción, pertenencia y adscripción a determinado sistema simbólico frente a otros que no los comparten. Las identidades están insertas en un proceso de cambio donde los elementos simbólicos son inventados, recreados y reeditados para construir el sentido de existencia del Yo o de Nosotros. Es por ello que las identidades aluden y se construyen desde referentes reales o inventados, objetivos y subjetivos, locativos o selectivos por el grupo, autonominados por él mismo o heteronominados por los otros, estos son los elementos que se conforman en la identidad y construyen el sentido de las acciones.

Desde esta perspectiva podemos entender que la realidad se construye desde los diferentes y posibles anclajes identitarios:

- a) En el nivel situacional en los ámbitos específicos donde interactúan, se encuentran las diferencias objetivas y materializadas, son atributos de la personalidad que intervienen en la construcción narrativa: mujer, joven, católica, casada, profesionista.
- b) En el nivel imaginario y representacional se fundan las identidades colectivas, las diferencias están dadas en la subjetividad y en los elementos simbólicos, incide la parte estructurante y cohesiva del orden social desde los valores, costumbres, tradiciones y normas. En estas identidades los sujetos se adscriben a comunidades imaginarias: nacionales, étnicas, de género, religiosas.

Así, ambos niveles se encuentran en las construcciones identitarias y se combinan para la elaboración y producción de las narrativas. La identidad de género y nacional son dimensiones ideológicas que implica la identificación con determinados campos de la organización social dominante construida simbólicamente: el género a través de los comportamientos, acciones y formas que se idealizan o esperan en una imagen de “mujer”; la nación se cristaliza en proyectos, costumbres y tradiciones compartidas de los mexicanos frente a lo extranjero. Podemos decir con esto que los límites de estas identidades se encuentran en lo “esperado del género” y lo “compartido por la nación”. En estos límites de la adscripción encontramos la noción de frontera que confronta la diferencia y enfatiza la mezcla y mixtura de los elementos simbólicos dados en la recreación cultural.

Como pudimos ver, mientras que los enfoques asimilacionista, multiculturalista y transnacionalista enmarcan las identidades a partir de las diferencias: las identidades se construyen en el cambio “adecuado” u “óptimo” para la adaptación –enfoque asimilacionista; la identidad se reconstruyen con elementos del pasado, condiciones de marginalización e inferioridad fundiéndose a los intereses grupales para el reconocimiento –multiculturalista; la identidad es una mezcla de elementos culturales de origen con elementos dados por la interacción tecnológica y productiva –transnacionalista.

En cambio, el enfoque de la frontera e hibridación nos permite asentarnos en la diferencia y en los límites de la adscripción que separa la identidad de su alteridad. La línea simbólica que separa y divide no es rígida, es una especie de trazo zigzagueante y oscilante en el que encontramos los resquicios, intersticios y porosidades de las identidades entremezcladas y entreveradas. En la polaridad simbólica de lo “esperado” y lo “compartido” están los entremedios que recrean y redefinen las identidades de género y desde las cuales se producen y construyen narrativas desde la frontera.

**PRINCIPALES ENFOQUES TEÓRICOS EN
LA INTERPRETACIÓN DE LA IDENTIDAD EN FRONTERA**

Enfoque Teórico	Perspectiva	Tematización	Identidad
Asimilacionista	Economicista	Desarrollismo y modernidad	Adaptación y aculturalización: Desborramiento y cambio de la cultura de origen frente a la dominante.
Multiculturalista	Movimientos sociales y políticos	Diversidad y Diferenciación	Diferenciación y adscripción colectiva: El fuerte sentido de la pertenencia a un grupo donde se rigidizan las fronteras de las identidades.
Transnacionalismo	Organización y reproducción	Comunidades y Redes	Comunidad y Agente: Combinación de elementos culturales de origen con aspectos tecnológicos y productivos
Estudios Culturales	Transculturalización Post imperialismo Postcolonialismo	Materialización de la cultural. Consumo cultural y clase social	Frontera, Hibridación, Rizomas: las entradas y salidas, los desplazamientos e intersticios de la identidad e interconexiones culturales.

CAPITULO DOS

PERFILES E IMÁGENES DE LA FRONTERA

I. Introducción

La hegemonía del orden simbólico que al sujeto se le presenta como natural se combina con nuevas formas simbólicas tomadas de las distintas experiencias vividas en la vida cotidiana y, como mencionamos en el capítulo primero, la mezcla cultural en la que se da la hibridación de los símbolos, significados y significantes se reproduce y produce a través de las relaciones sociales, las imágenes y los lugares que se dan en una parte de la vida social, la cotidianidad. Las prácticas, acciones y pensamientos que los sujetos realizan debe estar cimentada sobre un espacio físico, en este caso, es en la ciudad de Tijuana donde encontramos el escenario propicio para encontrar las narrativas de género y nación que las mujeres construyen a lo largo de su relato, dicho desde su subjetividad, emotividad y experiencia de vida.

Este capítulo está referido a ubicar de manera histórica, geográfica, social, económica y cultural la ciudad fronteriza de Tijuana, porque es ella la que nos brinda la oportunidad de encontrar las formas simbólicas con que los sujetos, mujeres, guían y le dan sentido a sus acciones.

La ciudad de Tijuana presenta características geográficas y demográficas distintas a otras regiones del país que resultan de suma importancia para este trabajo: a) es una de las ciudades que se ubica en la frontera México-Estados Unidos, lo que representa un intercambio cultural de

manera cotidiana con la sociedad norteamericana; b) es receptora de migrantes nacional y a la vez expulsa o sirve como trampolín a la migración internacional; c) existe una estrecha interacción, principalmente comercial y laboral, entre Tijuana y dos ciudades fronterizas de Estados Unidos (San Diego y San Ysidro); d) es una de las ciudades fronterizas donde la industria de la transformación (maquiladoras) es la rama de actividad principal y, e) porque es una ciudad que presenta una red de significados asociados a su propia historia y dinámica fronteriza.

Antes de iniciar el análisis presentaré algunos datos que nos permiten comprender las características sociodemográficas de la población que habita en Tijuana. En primer lugar, en el año 2000, según el Censo de Población y Vivienda, la población que residía en esta ciudad era de 2, 487,367 personas donde las mujeres representaban el 49.64% (1,234,786) y los hombres el 50.36%. Estos datos nos permiten explicar que existe una proporción similar entre hombres y mujeres, resulta interesante si lo relacionamos con la distribución porcentual por estado civil de las mujeres: del total de población mayor de 12 años, el 31% de las mujeres es solteras, el 40.5% casadas, el 15.7% en unión libre (la mayor parte de las casadas y unidas se concentra en el grupo de edad entre los 20 y 49 años) y un 12.2 % separadas, divorciadas o viudas. Si nos detenemos en este último dato podemos deducir de él que los hogares donde la mujer es jefa de familia es alrededor de este mismo porcentaje, lo cual representa que la dinámica familiar al interior de las familias y los roles se definan, quizá, de manera distinta y donde la mujer adquiere un mayor reconocimiento atribuido a su participación laboral, sin embargo, el dato de las mujeres casadas o unidas es también sugerente cuando señala que el porcentaje de las que trabajan resulta alto. Este análisis nos permite a grandes rasgos mostrar que las mujeres ocupan un lugar importante en la dinámica económica y social de esta ciudad. Existe una diferencia en el nivel de instrucción entre hombres y mujeres, durante el periodo de 1980-1990, las mujeres tenían alrededor un 1% más de instrucción a nivel primaria que los hombres, y en la siguiente década, los hombres presentan mayor nivel de instrucción en la educación y en las mujeres el incremento en la educación sólo se da en el nivel post primaria (secundaria).

Finalmente, una parte de la población que vive en la ciudad de Tijuana viene de otros lugares del interior de la Republica, sin embargo, los datos que señala el Censo de población muestran que en el año 2000, la proporción de nacidos en esta ciudad se ha incrementado

respecto a los que vienen de otro lugar: del total de hombres que viven en esta ciudad, el 52 % de ellos son originarios de Tijuana y el 47.4 % vienen de otros lugares del interior de la república. En el caso de las mujeres, el porcentaje de nacidas en la ciudad fronteriza es de 52% y el 48.3% para las que vienen de otro lado de la república.

Lo anterior ilustra algunos atributos generales de la población de esta ciudad fronteriza, con ello intentamos poner de manifiesto la presencia de las mujeres en las distintas dinámicas de la ciudad. Los hombres y mujeres fronterizas producen y reproducen un sistema simbólico, reconstruyen y reconfiguran sus identidades a través de sus posicionamientos –clase, escolaridad, edad, estado civil– y a través de las distintas miradas respecto a los “otros”, que en esta ciudad la alteridad se ubica en la presencia e interacción que establecen con los norteamericanos, los mexicanos que viven en Estados Unidos, los nuevos migrantes, los del sur (de la Ciudad de México e indígenas), los chicanos, los cholos, los commuter, etc. Sobre esta diversidad de prácticas e identidades se configura la ciudad de Tijuana.

Este capítulo se divide en tres apartados: en el primero se definirá el concepto de frontera que nos permitirá identificarla geográfica y políticamente. En el segundo apartado abordaré la problemática de la migración y cómo ésta ha incidido en la conformación de las ciudades fronterizas ya que, en las últimas décadas, éstas han mostrado un crecimiento poblacional constante debido, entre otras cosas, al incremento y dinámica de los flujos migratorios, por eso, la frontera no puede dejar de verse como actor en los procesos y circuitos migratorios recientes.

En el tercer apartado se hace un retrato de la ciudad de Tijuana tanto en su dinámica cotidiana como en los elementos e imágenes portadores del pasado que ha permitido construir la memoria colectiva de la ciudad.

II. Concepto de frontera.

La definición de frontera se ha ido construyendo paralelamente al proceso histórico de los asentamientos humanos con la finalidad de apropiarse de un territorio y conformación de una identidad. Así, una primera definición la encontramos como delimitación territorial en el que la frontera se refiere al levantamiento de una barrera que permite la defensa de una invasión y negando toda posibilidad de interacción.

En la Edad Media, la constitución de los límites fronterizos fueron dados como delimitación política vinculada al surgimiento de las naciones, pero es hasta el siglo XVIII y XIX que las fronteras pasan a ser líneas de contención, defensa y delimitación de una entidad territorial donde se inscribe la autoridad, las leyes, la legitimidad y la acción del Estado, de esta manera, las fronteras constituyen parte fundamental en la composición de los estados-nación modernos.

Recientemente, la definición más generalizada de frontera es la que se utiliza como “delimitación política del Estado-nación, línea física y funcional que emana de un acuerdo internacional que indica dominio jurisdiccional por parte de un país y que es impuesta de manera artificial sobre un territorio” (Gasea, 2002:19).

De esta manera podemos decir que la noción de frontera física ha pasado por un proceso de construcción de acuerdo a las necesidades políticas de las naciones: una barrera, una separación y un límite que remite fundamentalmente a la posibilidad del Estado de controlar y regular a la población de su propio espacio.

La franja fronteriza México-Estados Unidos cuenta con una riqueza natural, social y económica diversificada que se distribuye a lo largo de 3 141 kilómetros de frontera internacional y se prolonga desde el Pacífico hasta el golfo de México. Su componente natural ecosistémico es variado incluye humedales, desiertos, pastizales y varios tipos de bosque; las poblaciones fronterizas también se pueden distribuir según la cercanía al mar, a la sierra o al desierto.

Desde una perspectiva normativa y legal se pueden encontrar tres formas de delimitar el espacio fronterizo México-Estados Unidos:

- 1) En 1983 se estableció el “Acuerdo de la Paz”, programa binacional que define a la región fronteriza México-Estados Unidos como una franja territorial de 100 kilómetros hacia el interior de cada país tomando como referencia la línea internacional. Los 200 kilómetros de franja territorial se considera el núcleo de la región en el que ocurre un mayor contacto e interacción entre ambas naciones. Dentro de esta franja se incluyen 74 municipios de México y 47 condados de Estados Unidos.
- 2) La delimitación del espacio fronterizo está enmarcado entre el conjunto de entidades del suroeste de Estados Unidos: California Arizona, Nuevo México y Texas y las del norte de México: Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.
- 3) El espacio fronterizo también está delimitado por municipios y condados estrictamente fronterizos, o sea, aquellos con ubicación adyacente a línea internacional (39 municipios mexicanos y 25 condados estadounidenses). Las ciudades fronterizas más destacadas del lado mexicano son Tijuana, Ciudad Juárez, Ensenada, San Luis Río Colorado, Nogales, Piedras Negras, Nuevo Laredo, Río Bravo, Reynosa y Matamoros, en ellas se distribuyen las 42 garitas que unen a México con el país del norte, en Tijuana se encuentra la garita de San Ysidro que es la de mayor actividad.

Consideramos que la frontera México-Estados Unidos cuenta con cuatro referentes que permiten comprender su estructuración y composición como espacio social: a) la definición en tanto límite de la nación, b) su relación con los procesos migratorios, c) su configuración a través de la memoria y los imaginarios colectivos, y finalmente, d) su composición poblacional heterogénea. Estos elementos permiten ver que la frontera se organiza y reorganiza constantemente. Estos referentes están insertos dentro de un proceso histórico que deviene por lo menos desde mediados del siglo XIX, cuando tiene lugar un proceso de reorganización política del territorio entre México y Estados Unidos y en el que se plasma el carácter histórico, social y cultural a la franja fronteriza entre ambas naciones. El primer referente histórico se da a partir de

la guerra de 1846. En 1849 se estableció el primer límite internacional a través del valle del Río de Tijuana y hasta 1874 se estableció un puesto de aduana mexicana en el cruce fronterizo que coincidía con un rancho, propiedad de la familia Argüello. La vecindad entre México y Estados Unidos hizo que el gobierno mexicano, después de la guerra, tuviera que poner en marcha una estrategia de poblamiento en el norte del país porque aún no cesaba la disputa por el territorio entre los gobiernos de ambos países. El norte era percibido como zona vulnerable ante las insistentes pretensiones de Estados Unidos de adueñarse de más terreno mexicano. Así, se propició la repatriación de mexicanos y la llegada de extranjeros: acogió negros que huían de la esclavitud, pieles rojas, irlandeses y cualquier grupo que fuera rechazado por los Estados Unidos. Muchos de ellos recibieron tierras a cambio de quedarse a vivir y colonizar la región fronteriza (Piñeira y París, 1999; Murrieta y Hernández, 1991; Ceballos, 2003). Con esta referencia histórica, por un lado, encontramos un primer antecedente de hibridación cultural propiciada por el establecimiento de distintos grupos culturales que motivo el intercambio y la interacción entre las distintas formas simbólicas. Por el otro lado, también podemos percibir que este dato histórico sirve como referente simbólico sobre el cual se construye la memoria y las representaciones de la ciudad de Tijuana: “lugar de inmigrantes, expulsados y desplazados”.

La Guerra de 1847 de México-Estados Unidos y el largo proceso de reorganización política del territorio generó procesos de resistencia sociocultural y social en la población mexicana que vivía en ambos lados de la frontera, sobretudo, de los mexicanos que se mantuvieron en el territorio perdido por México (Valenzuela, 2000). El despojo y la discriminación por parte de los norteamericanos leyendas y creencias que ahora son parte de la memoria colectiva de la población mexicana al otro lado de la frontera.

Con el surgimiento de la línea limítrofe entre México y Estados Unidos, también apareció el fenómeno fronterizo, el cual puede entenderse como el espacio de intersección o transición entre dos culturas, una región o lugar adyacente vinculada a la línea divisoria, un lugar que supone el contacto inmediato entre dos naciones y sus culturas. Dicho fenómeno se originó por los procesos migratorios acelerados motivados por la Revolución y, más adelante, con el ingreso de los Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial, los estadounidenses demandaron mano de obra barata proveniente de México que propició la oferta laboral en los campos agrícolas y la

construcción de los ferrocarriles. Este periodo en donde se intensificaron los flujos migratorios de mexicanos a Estados Unidos se le ha denominado la primera etapa conocida como la fase de “enganche” (Durand, 2000; Canales, 2003, Valenzuela, 2000).

De esta manera, las ciudades fronterizas comenzaron a presentar un constante crecimiento poblacional por la llegada de migrantes mexicanos principalmente por campesinos, obreros agrícolas y personas de escasos recursos de los centros urbanos. Todos ellos llegaban a la frontera con la cultura que interiorizaron en el lugar de origen, al establecerse en el nuevo lugar, el migrante incorporaba a su sistema simbólico la cultura fronteriza, la cual, ha ido reconfigurándose hasta el día de hoy porque todos los que llegan dejan sus marcas en las culturas de frontera. Así, población que vive en esta región fronteriza ha construido su propia identidad, denominándose “fronterizos”, “borderline” y “commuters”, estos últimos por su particular característica de residente y transeúnte entre las naciones.

La frontera México-Estados Unidos esta clasificada dentro de las fronteras con relaciones asimétricas y con un grado bajo de integración, es decir, se le caracteriza de esta manera porque esta frontera representa el único territorio de contacto en el continente americano entre el primer y el tercer mundo, la región se distingue como el lugar de encuentro entre la cultura anglosajona y latinoamericana y “por razones históricas, culturales y económicas se han conformado estructuras y relaciones de carácter asimétrico, que se expresa en los niveles de desarrollo, así, como en la recurrencia de confrontaciones binacionales derivadas de problemas como la migración indocumentada, el narcotráfico y los efectos ambientales...”(Gasea, 2002:49).

Con la definición territorial de la línea internacional y la región fronteriza surgen ciudades que conforman conurbaciones de tipo binacional llamadas ciudades binacionales, ciudades hermanas o ciudades gemelas, una de estas ciudades es la de Tijuana y San Diego. La relación entre ellas se expresa en la magnitud del tránsito registrado de los movimientos de personas en ambas direcciones por razones de trabajo, turismo o compras; en los flujos de capital y de mercancías.

III. Migración y Frontera.

La migración puede reconocerse en términos generales, como un fenómeno social e histórico del desplazamiento o traslado de personas de un lugar a otro. Las definiciones operativas distinguen las distintas formas y situaciones de la migración:

- a) Desplazamientos a nivel nacional que tienen la característica de movilidad dentro de los límites o fronteras nacionales, a nivel local o regional.
- b) Desplazamientos a nivel internacional que se definen por la movilidad de personas que atraviesan fronteras nacionales, cambian de residencia y permanecen el suficiente tiempo viviendo en un país distinto, independientemente de la nacionalidad que posea (Sarrible, 2002).

A partir de esta distinción podemos afirmar que en la ciudad fronteriza de Tijuana se dan ambas formas de desplazamiento: los mexicanos que viven en el interior del país y emigran a la frontera para residir, ya establecidos, adquieren los derechos (Visa) para atravesar cotidianamente la línea internacional que separa a ambas naciones.

Sobre esta gran clasificación podemos encontrar otras subdivisiones que son también parte de los movimientos migratorios pero que tienen que ver con la temporalidad y espacialidad del evento migratorio a nivel individual: i) emigración residente, ii) emigración temporal o circular y iii) emigración de retorno. Las características sociodemográficas de la población emigrante es variable: pueden ser de origen rural, indígena o urbano; mano de obra califica o no calificada; hombres, mujeres y niños.

La composición de los flujos migratorios, los patrones de asentamiento, las redes sociales y migratorias y la segmentación laboral entre otros, han sido las principales temáticas abordadas en el estudio del fenómeno migratorio. Sin embargo, uno de los pocos temas trabajados hasta ahora es el impacto de las migraciones en la conformación de las ciudades fronterizas.

Actualmente, uno de los aspectos que más preocupan a los gobiernos es el incremento de los flujos migratorios en países considerados industrializados. Estados Unidos y algunos países de la Unión Europea han sido considerados países receptores de emigrantes a partir de la segunda Guerra Mundial, lo cual ha generado en el interior de estas sociedades, de manera más visible, conflictos étnicos, raciales y discriminatorios en todos los niveles.

Si bien, desde siempre la migración ha existido y sus causas han sido diversas es en el siglo XX y con el surgimiento de la globalización económica, que la migración de personas comienza a tomar nuevas características y dimensiones, cuantitativa y cualitativamente distintas a las de épocas anteriores.

A partir de la posguerra, con la reconstrucción Europea y el despegue de la economía norteamericana se comenzaron a estimular flujos masivos de emigrantes del sur al norte; en el caso de Europa, los emigrantes eran originarios de países asiáticos y africanos; en Norteamérica, la emigración se dividía en dos: los exiliados europeos⁹ y la mano de obra de latinos¹⁰ (Portes y Bórrckz, 1998; Checa y Arjona, 1999)

Las condiciones políticas y económicas de los países expulsores hacen que la migración se convierta en una alternativa. En el intento de reconstrucción y repunte económico se propició la migración laboral a través de la captación deliberada de mano de obra, mediante incentivos económicos con el fin de provocar desplazamientos poblacionales, principalmente de hombres, de los países periféricos.

Inmersos en este contexto, la visión desarrollista propicia la polarización entre las naciones “ricas” y “pobres” configurando nuevas rutas para los desplazamientos y las migraciones. Las

⁹ La migración era de personas con estatus de refugiados o asilados políticos. Fueron principalmente personas europeas quienes emprendieron su viaje a países del continente americano.

¹⁰ Es necesario precisar que durante este periodo las migraciones estaban compuestas por poblaciones indígenas, rurales, sectores pobres o populares, condiciones que le otorgaban el carácter de mano de obra no calificada, pero también los motivos de salida estaban determinados por las carencias económicas (Canales, 2002). En ello, se supone radica la diferencia con otras poblaciones que también se desplazan como los exiliados y extranjeros que tienen otra connotación y características (Portes y Bórrckz, 1998; Provansal, 2000).

tendencias migratorias comienzan a dar un giro definiéndose los desplazamientos desde los países en desarrollo a países desarrollados, o bien, del sur al norte, de la periferia al centro¹¹.

Durante este periodo de postguerra, la migración mexicana inicia con la tercera etapa que se ha denominado el periodo “bracero”¹², que se inició en 1942 y concluyó en 1964. El programa Bracero estimuló a los trabajadores mexicanos a emplearse en actividades agrícolas temporales en los Estados Unidos, esto generó que la migración se configurara no sólo en su dimensión internacional sino nacional, específicamente, a los estados de la frontera (Pifreira y Paris, 1999; Durand, 2000). Este programa favoreció y consolidó un flujo circular y recurrente, compuesto mayoritariamente por hombres jóvenes provenientes de zonas rurales del occidente de México para emplearse temporalmente como jornaleros agrícolas y peones de la construcción y del ferrocarril (Canales, 2002).

Mientras el programa Bracero en México seguía en marcha, en los Estados Unidos se presentaban cambios en la composición social, el proceso de urbanización trajo consigo la diversificación en la estructura social y laboral en los sectores de los servicios e industria. El crecimiento económico provocó la movilidad social y propició que la población de origen mexicano también ascendiera en escala social (Valenzuela, 1998). Sin embargo, la discriminación étnica y racial comenzaba a generar la resistencia cultural que dio origen al movimiento chicano. En esta coyuntura social y económica, las restricciones migratorias se vuelven más severas tratando de frenar los flujos migratorios y la estancia definitiva de los migrantes temporales en el país receptor¹³. Junto a estas restricciones y la invisibilización social y cultural de las comunidades de residentes de origen mexicano o trabajadores temporales

¹¹ El enfoque neoclásico intenta explicar el fenómeno de la migración bajo el argumento de que existe una estrecha relación entre la migración internacional de trabajadores y la expansión de mercados comerciales, las migraciones se producen por las diferencias geográficas en la oferta y demanda de trabajo, esto es, los países que poseían mano de obra abundante y un capital reducido tienen un nivel salarial más bajo frente a un país que tenía mano de obra limitada y con un capital abundante, el salario es más alto. La lógica detrás de esta visión es buscar un equilibrio entre países ricos pero carentes de mano de obra y los países pobres con un fuerte potencial laboral.

¹² Se requería mano de obra para trabajar en las fábricas y la agricultura en los Estados Unidos, ello produjo un crecimiento en las comunidades a lo largo frontera mexicana. (Taylor, 2001)

¹³ Los trabajadores temporales, así conocidos, fueron llamados en Europa trabajadores golondrina, trabajadores huéspedes o invitados que respondían a un episodio o convenio provisional de trabajo y finalizado debían volver a su país de origen.

comienzan a ver limitados sus traslados al país de origen y, para no perder ventajas, comienzan a fomentar la emigración de sus familias¹⁴. Con ello, los colectivos de migrantes instalados son percibidos como sub-grupos raciales y culturalmente diferenciados por la sociedad global y diferenciados como minorías o comunidades étnicas.

Con el incremento poblacional de los grupos étnicos, Estados Unidos cancela la contratación de trabajadores agrícolas y da por terminado el programa Bracero, los gobiernos tratan de invertir la situación cerrando sus fronteras y restringiendo el acceso migratorio, ello propicia que las comunidades de personas de origen distinto comenzaran a generar nuevas estrategias en los desplazamientos, es decir, las redes migratorias se fortalecen y se incrementa el número de personas ilegales en los países receptores.

Así inicia el cuarto periodo, que se conoce como la era de los indocumentados (1965-1986), cuando de manera unilateral Estados Unidos decidió dar por terminado los convenios de braceros en 1964 y optó por controlar el flujo migratorio sobre tres tipos de medidas complementarias: a) la legalización de un sector bajo el sistema de cuotas por país; b) la institucionalización de la frontera que dificulta el paso y c) facilita la deportación de los que no tuvieran sus documentos en regla (Durand, 2000). La condición de migrantes indocumentados hizo que las características sociodemográficas y ocupacionales se reprodujeran, principalmente hombres insertos en el sector agrícola y de la construcción (Canales, 2002).

Ante esta situación, el gobierno mexicano puso en marcha un programa de industrialización fronteriza, Programa Nacional Fronterizo (pronaf) o Border Industrialization Program que inició en enero de 1965 promovido por la Secretaría de Industria y Comercio, que permitió el desarrollo de la industria maquiladora o plantas de ensamblaje para crear empleos a lo largo de la frontera. Este programa impulsaba el desarrollo económico y social de las áreas fronterizas de México y su transformación en una especie de “showcase” o escaparate para los visitantes extranjeros (Taylor, 2001). Tijuana, junto con otras ciudades fronterizas, comienza una nueva etapa: la de ciudades

¹⁴ Estas comunidades comienzan a hacerse visibles por la capacidad de organizarse y por la forma en que se estructuran como colectivos o comunidades. Suelen especializarse en determinadas actividades, formando redes o cadenas de solidaridad entre personas originarias del mismo lugar pueblo o región, se agrupan en las mismas zonas, generalmente en las zonas donde las viviendas son más baratas. Estas redes y cadenas son los llamados enclaves étnicos: residenciales y ocupacionales.

maquiladoras de empresas transnacionales. En 1987 se pone en marcha la Ley de *Immigration Reform and Control Act* (IRCA). El modelo migratorio impuesto anteriormente, de migración de ida y vuelta de carácter temporal, cambió radicalmente a partir del proceso de amnistía y el programa de trabajadores agrícolas especiales (SAW), que permitió la legalización y el establecimiento de más de dos millones de indocumentados (Durand, 2000). Esta etapa se caracteriza por la incorporación de nuevos componentes al flujo migratorio, principalmente, las mujeres se vuelven parte de la composición del proceso migratorio pero con una nueva modalidad, sus desplazamientos dejan de ser únicos y se vuelven circulatorios y temporales (Canales, 2002), lo que genera un incremento en el número de mujeres solteras y/o jefas de familias que se insertan en actividades domésticas remuneradas y agrícolas (Fussell, 2002)

Las maquiladoras se convirtieron en el elemento más dinámico en la economía de la frontera. La oferta de empleo en la industria maquiladora y el posible empleo en los Estados Unidos, durante la década de los ochentas y noventas, ayudaron a atraer grandes cantidades de inmigrantes, personas del centro y sur de México en busca de ingresos, lo que propició el crecimiento acelerado de la población de las ciudades fronterizas del norte. Las oportunidades de empleo que se dieron con la apertura de la industria maquiladora generó una alta tasa de participación femenina en el mercado de trabajo fronterizo, principalmente, de mujeres jóvenes solteras (Cruz, 2001). A finales de la década de los ochentas, la inserción al mercado laboral de las mujeres jóvenes disminuyó al incrementarse la participación de las mujeres adultas casadas o unidas. Algunos autores sostienen que dicho incremento en este sector de la población femenina de la frontera fue causado por la crisis económica de 1982 originando que las mujeres casadas o con hijos, que antes de la crisis se dedicaban exclusivamente a las labores y cuidados de sus hogares, se vieran en la necesidad de salir en busca de un trabajo remunerado que les proporcionara un salario adicional para compensar el ingreso familiar, o bien, como único ingreso del sostén familiar (García y Oliveira, 1994; Cruz, 1995; Blanco 1991)¹⁵.

¹⁵ Paralelamente al incremento de la participación de las mujeres en el mercado laboral de las ciudades de la frontera, a nivel nacional se presentaba el mismo fenómeno. La actividad extradoméstica de las mujeres fue motivada por la reducción del ingreso familiar que tradicionalmente eran los hombres quienes proveían del sustento económico y material. Durante la crisis económica, la tasa de desempleo se vio fuertemente afectada y las ramas económicas, primaria y secundaria, donde se concentraban fundamentalmente mano de obra masculina.

Con la implementación en México de los programas de ajuste estructural y reconversión económica, las condiciones laborales y contractuales de la fuerza laboral se volvieron más precarias. Las crisis de 1982 y 1994 contribuyeron a reforzar en la población mexicana la idea de emigrar como alternativa laboral ya que las condiciones de precariedad generaban una evaluación constante de las alternativas y posibilidades que las personas tenían al seguir viviendo en el lugar de origen. Las remesas que entran al país por la migración internacional “conforman una opción salarial mucho más atractiva, incluso, que el empleo en las nuevas zonas y ciudades de desarrollo industrial” (Canales, 2002:56).

En la década de los noventa, el trabajo de maquiladora ya no era la única posibilidad de empleo para las mujeres en las ciudades fronterizas, el sector de los servicios y el trabajo por cuenta propia fueron las ramas en donde las mujeres fronterizas comenzaban a insertarse, sin embargo, la emigración a los Estados Unidos como trabajadora doméstica remunerada o jornalera se volvió una opción atractiva, no sólo para las mujeres que vivían al interior de la república mexicana, también, lo era para las trabajadoras de la frontera. Para la población fronteriza, también, resultaba atractivo emplearse en los Estados Unidos que en la industria maquiladora de exportación que se encontraba dentro de su propia ciudad, ya que ahí las remuneraciones apenas superaban los dos salarios mínimos como empleada de maquila. (Cruz, 2001; De la O. Martínez, 1995).

De esta manera, el mercado laboral femenino en la frontera se diversificaba al interior y más allá de la frontera, en las ciudades fronterizas de México: la industria de la transformación y la maquila, el sector de los servicios y el trabajo por cuenta propia; en los Estados Unidos: el trabajo doméstico remunerado, la agricultura y el sector servicios

Podríamos decir que el trabajo que realizan las mujeres de la frontera en los Estados Unidos se encuentra vinculado con las condiciones laborales que viven las migrantes mexicanas indocumentadas en aquel lugar, sólo que las primeras cuentan con los documentos oficiales –visa o permiso– que les permite cruzar cotidianamente la frontera México-Estados Unidos para realizar su actividad laboral. De esta manera, las mujeres encuentran una opción más para insertarse en el mercado laboral, aún siendo ilegal. El hecho de que las mujeres decidieran sobre

la forma y temporalidad de la migración –permanente o commuter– representa un aspecto fundamental en el logro de la toma de decisiones de las mujeres sobre sus propios actos, pues en periodos anteriores, las mujeres eran presentadas en el proceso de migración como dependientes de los hombres ya que seguían reproduciendo el rol de género, dedicadas al cuidado y alimentación de los miembros del hogar. Las migrantes mexicanas en Estados Unidos, principalmente indocumentadas, solicitaban empleos como trabajadoras domésticas de tiempo completo; ese empleo les permitía ahorrar y evitar la deportación; la situación migratoria de ilegal se convirtió, como señala Hondagneau-Sotelo (2001), en un factor de discriminación, desigualdad y desventaja económica para las mujeres. Actualmente, el empleo como trabajadora doméstica realizado por las migrantes indocumentadas se reconfiguró sobre la forma de entrada y salida, es decir, se trabaja en distintas casas a lo largo del día y, al finalizar la jornada laboral, las migrantes regresan a su hogar propio.

De la misma manera, el trabajo que las mujeres fronterizas realizan en los Estados Unidos presenta condiciones laborales, que aún no están del todo documentadas, semejantes a las migrantes indocumentadas que residen en los Estados Unidos. En todo caso, la situación de una mujer migrante indocumentada y una fronteriza con papeles es la misma al insertarse en el mercado laboral informal de los Estados Unidos; ambas trabajadoras –las migrantes y commuters– enfrentan por su condición de clase, raza, género y situación migratoria (ilegalidad laboral) discriminación y segregación laboral, precarias condiciones de trabajo y bajos salarios. Si bien, las trabajadoras commuters tienen la posibilidad de regresar diariamente o semanalmente a su hogar en el país de origen, podríamos atrevernos a decir que su situación laboral en el país del norte se torna compleja al menos por dos aspectos: a) por las restricciones migratorias, vencimiento o cancelación de documentos (visas) y b) por el fortalecimiento de las redes laborales que la comunidad de inmigrantes mexicanas indocumentadas establece (Woo, 2001).

Como hemos podido ver las ciudades fronterizas se sustentan por su capacidad de atraer flujos migratorios, ya sea como lugar de transición o estancia temporal de la migración, como contenedor de contingente de migrantes mexicanos que regresan de los Estados Unidos a su lugar de origen, o bien, como lugar de atracción por el empleo en la industria maquiladora. También,

en las ciudades fronterizas, específicamente Tijuana, la presencia de las mujeres en la actividad económica regional ha sido fundamental para el desarrollo de las ciudades.

La dinámica cotidiana y comercial de las ciudades fronterizas de ambos países y la diversificación laboral femenina tienden un puente más a formas de manifestar la hibridación cultural. Las mujeres, al llevar a cabo una actividad remunerada o comercial en los Estados Unidos, consumen de manera directa la cultura que se expresa en la vida cotidiana, por ejemplo, agregar al estilo de vida tradicional modos de vida extranjero, los hábitos de consumo, el vestido, la alimentación, utilizar la moneda extranjera en vez de la nacional, conmemorar las fiestas o festejos estadounidenses y la identificación con los intereses y valores de los Estados Unidos, entre otros. Sin embargo, sostengo que la hibridación cultural no tiene su único sustento en las prácticas sociales y cotidianas que las personas realizan pues que en ellas influyen una serie de factores: el fácil acceso a los productos materiales, la interacción y relación cotidiana con las prácticas sociales de la población estadounidense, el convencionalismo de clase. De las prácticas sociales no se puede extraer la mezcla de las culturas o las formas simbólicas que se combinan y que dan sentido a las acciones, en todo caso, es a través de los significados que las mujeres expresan a través de opiniones, creencias, clasificación, juicios y opiniones, que se ponen en evidencia los sistemas simbólicos de cada una de las culturas que configuran al sujeto. No por ello, queda soslayado que la experiencia cotidiana que viven las mujeres dota de significados y configura la identidad.

Finalmente, diremos que las mujeres que viven en la frontera reconstruyen su identidad hasta ahora, a través de los referentes simbólicos que corresponden a la cultura del lugar de origen, a los significados que se asignan a la experiencia migratoria, a los referentes simbólicos que emanan la condición geográfica y política de la frontera y a la experiencia como commuter y trabajadora. A continuación abordaré los elementos y referentes culturales que influyen en el proceso identitario de las mujeres fronterizas: las imágenes históricas y culturales, las rutinas cotidianas en la ciudad y a la interacción con los estadounidenses.

IV. Imágenes que construyen a la ciudad de Tijuana.

Los objetos, las construcciones, la historia, las prácticas cotidianas, la música, y más, son las formas en que los sujetos plasman su costumbres, valores, normas, creencias que constituyen una cultura particular en un territorio. Todo lo anterior constituye, como señala Bourdieu, el *habitus*, que significa la parte objetivizada y materializada de la cultura la cual se forma en los bienes culturales como el patrimonio artístico y monumental, pinturas, libros, entre otros, y siempre en relación subjetiva a través de su proceso de interpretación e internalización. Los bienes culturales, como formas objetivizadas de la cultura están dados a partir de patrones de conducta, maneras de vestir, celebraciones anuales y ferias, rituales, danzas, gastronomía o formas lingüísticas. Así, el territorio puede ser apropiado tanto por la inscripción y distribución de las instituciones como en una forma subjetiva en la que se representa el apego afectivo (Giménez, 2002). Con esta última idea de pertenencia subjetiva del territorio, reconstruiremos, dentro de lo posible, el *habitus* que conforma a Tijuana, ese complejo simbólico-cultural que se define como único pero que en realidad es la mezcla de diversas culturas e identidades al que las mujeres entrevistadas se sienten adscritas a una colectividad.

Tijuana es una de las ciudades fronterizas que a mediados del siglo veinte comenzó a expandirse como un espacio urbano, como explicamos antes, los flujos migratorios nacionales e internacionales y el asentamiento de la industria maquiladora hicieron que esta ciudad incorporara nuevos elementos al imaginario de la ciudad construido por su población.

La historia de Tijuana¹⁶ se remite sólo al siglo XIX trazándose como asentamiento adyacente a la línea fronteriza. Es hasta las primeras décadas del siglo XX que se comienzan a desprender los primeros referentes simbólico-imaginarios que hasta el día de hoy siguen circulando. El trazo urbano durante este periodo estuvo marcado por el desarrollo turístico que fomentó la situación económica y política de Estados Unidos en ese momento. La primera imagen se encuentra ubicada cerca de la línea fronteriza: la calle Revolución. A lo largo de ella se dio una combinación de actividad comercial y residencial, en las calles aledañas a ella se encuentra la catedral y el palacio municipal. La ciudad fue transformándose de acuerdo con las

¹⁶ Su fundación oficial fue en 1889.

funciones requeridas por el turismo: la apertura del hipódromo Sunset, ahora galgódromo, en el que se realizaban carreras de caballos y competencias de box; los servicios de apuestas del casino “Agua Caliente”; los bares-restaurantes y la zona de prostitución llamada “la Coahuila”. Así, Tijuana queda enmarcada en el imaginario como “Ciudad de la perdición y del vicio”. Este ambiente fronterizo, que ha quedado en la memoria colectiva a través de las edificaciones y construcciones, tiene su referente histórico en la década de los veinte, un periodo que ha sido conocido como el de las “deportaciones” porque se suscitó de forma masiva el arribo de mexicanos que se encontraban en Estados Unidos. El país del norte justificó las deportaciones masivas por las crisis económicas recurrentes que vivía su economía: la primera en 1921, la mayor y más fuerte de 1929 y 1932, la última en 1939 (Durand, 2000). Algunos mexicanos que regresaban a México establecieron su residencia en la ciudad de Tijuana empleándose en los diversos servicios que ofrecían los nuevos lugares de esparcimiento y diversión (Murrieta y Hernández, 1991). Al tiempo que la ciudad de Tijuana crecía económicamente, dos ciudades fronterizas también comenzaban a crecer rápidamente: San Diego y San Isidro; el primero como centro de marines y fuerzas militares que combatían en la primera Guerra Mundial y la segunda como colonia agrícola. La crisis económica del año de 1929, el gobierno norteamericano implementó la “Ley seca” que prohibía el consumo y venta de bebidas alcohólicas, esta restricción propició que los ciudadanos estadounidenses, marines y militares encontraran en la ciudad de Tijuana el lugar en el que podían realizar todo aquello que en su país era prohibido en ese momento (Piñeira y Paris, 1999; Murrieta y Hernández, 1991; Durand, 2000; Valenzuela, 2003).

Este contexto, en el que se daban las deportaciones y la restricciones impuestas por el gobierno de los Estados Unidos, vino a favorecer el comercio fronterizo y, de esta manera, se formalizó a Tijuana como un sitio de turismo transfronterizo.

A partir de las políticas y programas migratorios entre Estados Unidos y México, Tijuana da un giro urbano. Fue una de las ciudades que sirvió como establecimiento de los perímetros libres en el que se permitió la importación de mercancías sin pago de impuestos, siempre que fueran consumidas o utilizadas dentro de los espacios señalados; así, el comercio floreció y se constituyó, junto con toda la zona fronteriza, como un nuevo bastión económico.

La expresión mexicana de la “línea”, tenía sentido porque se trataba de una línea imaginaria y la expresión de “el otro lado”, tiene que ver con el otro lado del río Bravo. Se podría decir que la frontera comenzó a ser efectiva a partir de la creación de la Patrulla Fronteriza en 1924, cuando se comenzaron a tomar medidas coercitivas de control fronterizo (Durand, 2002; Taylor, 2001).

Tijuana puede considerarse ciudad nueva en proceso de formación como símbolo y realidad del presente industrial mexicano de corte maquilador. Es este lado de la frontera el que se ha convertido en el punto preferido de las migraciones internas.

El tránsito por esta ciudad está ambientado por los fantasmas de lo prohibido, las bondades del comercio, la marginalidad industrial, la pobreza, el peligro del narcotráfico y una experiencia común de migración.

La cotidianidad de la ciudad Tijuana se funde sobre distintas prácticas y significados y se divide en dos formas distintas de vivirla. Esta ciudad fronteriza se vuelve una escala del viaje, el de la migración, para las personas que tienen por arriba el país del norte. Las personas que llegan a la ciudad fronteriza, contratan los servicios de un “pollero” o “coyote”, personas que se dedican a cruzar migrantes a los Estados Unidos. El costo es variado y la espera puede durar horas o días.

El centro de la ciudad de Tijuana es visitado por los turistas (los mexicanos residentes en Estados Unidos y los norteamericanos), porque ahí se encuentran los lugares que han reproducido el imaginario y la memoria de la llamada “ciudad de la perdición”.

Entre los migrantes de paso y los turistas, los habitantes de Tijuana viven su cotidianidad como en cualquier otra ciudad. La expansión de la ciudad causada por el crecimiento natural de la población y la migración, ha originado la rápida construcción de zonas habitacionales, centros de salud y grandes avenidas que faciliten el tránsito vial. En el paisaje urbano de la ciudad también se ubican zonas pobres o marginales en la que viven las personas de bajos recursos y colonias de nivel medio y alto. La configuración de la ciudad por estrato social también permite configurar un mapa mental de significados y estigmatizaciones que correspondan a los distintos estratos

sociales: las personas que pertenecen a los sectores populares o marginados se insertan en los niveles más bajos del mercado laboral de Tijuana: peones agrícolas, oficios varios, obreras (os) maquiladoras, etc. Los jóvenes que viven en esas colonias son nominados por los “otros de clase media o alta” como los “cholos” o “pochos”¹⁷. Esta etiqueta es utilizada por los tijuanences de sectores medio o altos para denominar, con fuertes rasgo de racismo, a los otros mexicanos que viven en la ciudad pero que las características físicas, como la piel morena, rasgos indígenas, la vestimenta, el lenguaje corporal, el vocabulario-entonación usado y la imposibilidad de cruzar a los Estados Unidos por falta de documentos.

El acceder a los Estados Unidos es un elemento que da estatus social a los habitantes de Tijuana porque ello les permite tener y portar lo que se produce en los Estados Unidos y, más aún, porque tienen la posibilidad de consumir directamente en sus centros comerciales. De esta forma, los grandes almacenes se vuelven los espacios de reunión para los tijuanences, además, la visita frecuente a estos lugares adquiere sentido sobre lo que se denominan “las especiales”, rebajas y descuentos de la mercancía que consumen los fronterizos commuters.

Cruzar a los Estados Unidos implica hacer una fila de autos o personas, ello se le conoce como “hacer línea”. El cotidiano paso por la línea internacional de los habitantes de la frontera se transmite por un canal de televisión que sirve para monitorear el tiempo de paso de los automóviles en las garitas de Otay y San Isidro, sobre la imagen de la televisión se definen los tiempos del traslado de una nación a otra.

Dado todo lo anterior, podemos señalar al menos cuatro relaciones que están referidas al vínculo entre lo simbólico-cultural y el contexto o situación actual que viven las mujeres en la frontera norte. La primera relación la establecemos al encontrar que las referencias históricas que aluden a la conformación de la frontera México-Estados Unidos y su dimensión cultural sincrética de la frontera está dada sobre la presencia masculina, es decir, la memoria y el imaginario simbólico que se reproduce actualmente en la población fronteriza, tienden a

¹⁷ La palabra pocho (ópata potzico que significa cortar la hierba y en él se alude a personas cortadas del proyecto nacional) alude al mexicano agringado, aunque habría que señalar que desde la visión mexicana centralista, también se ha utilizado para hacer referencia al residente de la frontera norte de México a quien se le identifica como agringado y desnacionalizado.

elaborarse a partir de leyendas, mitos y creencias protagonizadas por hombres y nulfican la presencia de las mujeres. Así, la memoria refiere que la ciudad de Tijuana tiene sus referentes simbólicos en el evento de la guerra de 1847 en el que México perdió territorio, el arribo y establecimiento de mexicanos repatriados y extranjeros desplazados para poblar el nuevo límite que separaba a las dos naciones y, durante el siglo XX, la migración –nacional e internacional– de mexicanos del interior de la república en busca de mejores condiciones de vida. Dichos eventos no construyen una memoria colectiva de la frontera en función de la relación de vecindad que se da entre las naciones, más bien, está definida por la resistencia cultural que les genera la cotidianidad con el país del norte. La frontera vista como límite geopolítico se construye simbólicamente como en memoria colectiva como una manifestación de resistencia cultural referida al proceso histórico que vivieron ambas naciones.

La segunda relación que encontramos está vinculada a la ciudad fronteriza en la que se configura un imaginario colectivo a través de imágenes de la vida cotidiana que han sido interiorizadas por los tijuanences para reproducir el imaginario colectivo que radica en la perdición/idealidad de una ciudad. Las imágenes que sintetizan y que han penetrado en la imaginación, tanto de los residentes de esta ciudad como de los externos, se encuentran referidos a personas que fueron excluidas y segregados por los Estados Unidos; de migrantes campesinos y obreros de condición humilde provenientes de la ciudad y del campo; de los extranjeros que buscan un espacio de esparcimiento; las referencias físicas de calles y construcciones. Todos ellos concentran la imagen/figura de “la perdición” que se reproduce no como una realidad sino como el fantasma que habita en las conciencias, lo no dicho, lo negado por los que pertenecen y habitan en esta ciudad. Al mismo tiempo, y sobre está forma simbólica, se construye una segunda imagen que polariza al referente hegemónico anterior: el de “idealidad”. Esta forma simbólica se basa en la experiencia que los primeros emigrantes propagaron, primero como memoria y después como imaginario; el sufrimiento, la soledad, la lucha y las oportunidades edifican la imagen que se intenta concebir como hegemónica para los tijuanences.

La siguiente relación se establece entre migración y memoria, pues la frontera, en tanto como línea divisoria y ciudad, ha sido conformada principalmente por personas migrantes que vivieron este evento como una experiencia difícil, trágica o violenta por la situación de

discriminación, pobreza y marginalidad que se generaba por los estadounidenses. De tal forma, el fenómeno de la migración mexicana y, particularmente, el de los migrantes que llegaron a la frontera, configura una memoria colectiva a través del recuerdo basado en los significados de sufrimiento y lucha los cuales configuran la identidad de migrante.

Finalmente, la última relación la ubicamos en el vínculo entre la ciudad fronteriza y las representaciones sociales que se originan a través de la clase social, la raza y el género. La ciudad de Tijuana cuenta con una diversidad y heterogeneidad cultural porque en ella residen indígenas, campesinos, personas de múltiples lugares del interior, hombres, mujeres, extranjeros, ricos, pobres, personas con distinta escolaridad, jóvenes, viejos, niños, etc. Cada una de estas identidades significan distintas cosas en la mirada de los tijuaneños. Es una ciudad en donde sus habitantes se enfrentan constantemente con la “otredad”: entre los mismos tijuaneños por su condición de clase –ricos o pobres–, de género –mujeres jefas de familia, solteras, divorciadas, trabajadoras o amas de casa– y étnica –los oaxaqueños, veracruzanos, del sur, del norte o la diversidad de indígenas nativos y migrantes.

La historia, la cultura sincrética y las actividades diarias, expresadas en las imágenes, las relaciones sociales y los espacios, se configura la ciudad de Tijuana con memoria colectiva, imaginarios sociales, representaciones sociales que le dotan de identidad propia. Es en este lugar donde el género y la nación son puestos en cuestión para indagar en ellos las formas simbólicas que las constituyen, expresadas a partir de la memoria, el imaginario y las representaciones, y plasman narrativas en un contexto de hibridación cultural.

CAPITULO TRES

NARRATIVAS DE GÉNERO: ENTRE EL ORIGEN, LA FAMILIA Y LA PRESENCIA EXTRANJERA

*Siempre dice mi mamá que
“al ojo del amo, amor del caballo”
(Carmen, divorciada, 40 años)*

*Ella siempre me decía “date a deseo y olerás a poleo,
date a cada rato y olerás a caca de gato”
(Verónica, soltera, 30 años)*

I. Introducción

Ya hemos dicho que la constitución de las identidades individuales y colectivas requiere, como se precisó en el capítulo primero, la inscripción del sujeto en un orden simbólico que organice y dé sentido a la percepción imaginaria. Así, la identidad de género también parte de un imaginario compartido que —en el caso de la mujer— responde a una organización social dominante cimentada simbólicamente y, al ser definida por los sujetos a través de las representaciones e interpretaciones de sus acciones, se construye una realidad social. Los elementos simbólicos son, entonces, aquellos que nos permiten explorar los cambios, las transformaciones y las resistencias durante el proceso de conformación de la identidad en los sujetos, pero de igual manera, son los que enfatizan los sentidos de las prácticas. La pregunta que intentará responder este capítulo es ¿cuáles son los elementos simbólicos que se encuentran interactuando en la frontera (física y simbólica) que permiten definir, moldear y recrear la

identidad y los sentidos de la acción de las mujeres a través de la experiencia biográfica y sus prácticas cotidianas?

Este capítulo se desarrolla en un recorrido por la memoria, el imaginario, las representaciones y las identidades de género de nueve discursos de mujeres que viven y transitan por la frontera México-Estados Unidos, donde intercambian y recrean simbólicamente su existencia como mujeres dentro del proceso de identificación/diferenciación en el que se reconstruye el género. Partimos de la hipótesis de que la construcción de la identidad de género que moldea a las mujeres que viven en frontera se da a través del proceso identificación/diferenciación dentro de un imaginario simbólicamente impuesto y un marco de representaciones socioculturales. La identidad y las narrativas de género que se configuran en la frontera, se construyen sobre la memoria del lugar y familia de origen, en el modelo de padre/ madre como imágenes que configuran el imaginario de género y la presencia de la mujer extranjera (entendiendo a ésta como la mujer mexicana en Estados Unidos y la norteamericana) que funcionan como alteridad para la construcción de la identidad de género en las mujeres en tanto mexicanas.

Lo que se intenta explorar es de qué manera las mujeres establecen la conexión entre la construcción imaginal-simbólica del género (memoria, imaginario y representaciones del hombre, de la mujer y de la extranjera) y los sentidos de la acción dentro del proceso de identificación/diferenciación que les permiten elaborar narrativas asociadas al género.

Así, en este capítulo se analiza en primer lugar, la dimensión de origen respecto al lugar de pertenencia y la genealogía familiar a través del concepto de memoria el cual permite explicar las formas simbólicas que sobre el recuerdo y el olvido configuran la identidad de género. En segundo lugar se analiza la manera en que el modelo padre-madre contribuye en el proceso de identificación/diferenciación de la identidad de género a través de las imágenes simbólicas de los femenino y lo masculino impuestas culturalmente. La tercera dimensión que analizamos es la presencia extranjera, es decir, mujeres mexicanas y norteamericanas que viven en Estados Unidos y configuran una imagen que funciona como alteridad durante la diferenciación y distinción con las mujeres de Tijuana.

Las tres dimensiones, asimismo, nos permiten encontrar los elementos simbólicos que contribuyen en los sentidos que refuerzan las prácticas vinculadas al género (maternidad, matrimonio), a los estudios, la actividad laboral a lo largo de la experiencia de vida, la migración y el cruce cotidiano con la frontera.

La memoria, el imaginario y las representaciones son puestas en marcha para el análisis de estas dimensiones, las cuales nos permiten exponer los distintos sentidos de las prácticas que contribuyen para elaborar las narrativas de género. A continuación presentamos la definición de género que nos permitirá dar inicio al análisis empírico, antes de presentar de manera sucinta la historia y experiencia de vida de las nueve entrevistadas

II. Una aproximación teórica a la definición de género.

El estudio de las diferencias entre los sexos ha sido abordado desde diferentes corrientes teóricas del feminismo que brindan la oportunidad para seguir repensando los problemas que se enfrentan para el entendimiento de la relación e interacción entre hombres y mujeres y los significados que adquieren sus propias prácticas, permitiendo redefinirse a sí misma sin olvidar su inserción y participación en las dinámicas macroestructurales de la sociedad contemporánea.

El género queda identificado como una categoría de análisis para el estudio de las relaciones sociales entre los sexos, lo que Joan W. Scott define como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos, el género es una forma primaria de relaciones significativas de poder” (1996:289). Esta autora deja en claro que lo que se analiza son las relaciones entre los sexos enmarcadas en una relación de poder y propone una forma de analizar el género en donde intervienen cuatro elementos que deben contemplarse para su estudio:

- 1) La forma simbólico cultural que evocan las representaciones múltiples.
- 2) La organización normativa que se circunscribe en la interpretación de los significados.

- 3) La diversidad de espacios en los que las mujeres interactúan permitiendo romper con la noción dicotómica de ubicar a las mujeres en el espacio doméstico y en las relaciones de parentesco.
- 4) La construcción subjetiva en la que se construyen las identidades genéricas, su relación con actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas.

De esta manera, el concepto de género debe ser analizado en diferentes niveles para entender cómo la construcción de género se ve influenciado por los contextos sociales y sus especificidades.

Con base en esta definición podemos sugerir que el género se elabora sobre un imaginario del cuerpo sexuado para establecer diferencias simbólicas reforzadas por el sistema social; las diferencias físicas y simbólicas de los cuerpos están asociadas a una construcción socio-simbólica que permite ser vista en la intersección de las condiciones y experiencias de vida dentro de un contexto social y cultural específico, de ahí, el hecho de que la percepción del género es cambiante y contextual puede presentar distintos cambios según sea el momento histórico o el contexto analizado.

La identidad vista como el proceso de identificación/diferenciación se construye a lo largo de la experiencia de vida del sujeto que nunca se detiene porque se despliega sobre las relaciones y prácticas diarias con la alteridad. El tiempo y el espacio son componentes que permiten al sujeto identificar las etapas y eventos que han influido en el cambio de la percepción del Yo.

El pasado, presente y futuro constituyen en estas mujeres una forma de dotar de continuidad a su propia existencia y, a su vez, identificar temporalmente los cambios y transformaciones que han dado forma al sujeto que es ahora. El espacio sirve para identificar las relaciones, las prácticas y eventos importantes que han configurado de forma particular la identidad que al individuo se le presenta como única y diferente.

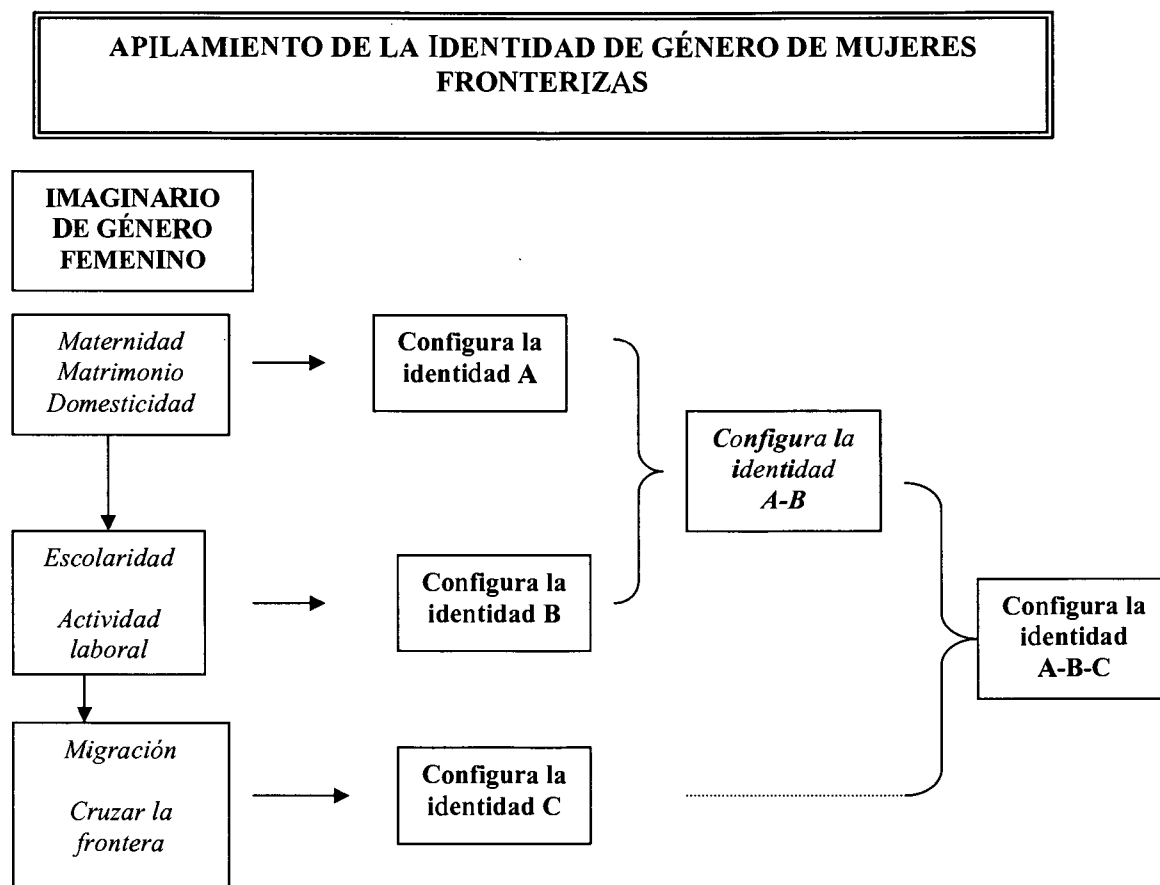
En la experiencia de vida de los sujetos encontramos coincidencias comunes que trascienden al ámbito de lo social y cultural. Son el género y la nación adscripciones colectivas que conforman la identidad ordenada a través de las creencias, los pensamientos, valores, mitos, ideologías y algunas prácticas socialmente aceptadas. Es por ello que el imaginario simbólico de género es compartido socialmente en la cultura de un determinado territorio, sea éste local o territorial, a partir de imágenes abstractas de lo femenino y lo masculino que imponen determinados comportamientos a los sujetos. El imaginario de mujer se levanta en el vínculo del tiempo y del espacio, donde los eventos del matrimonio y la maternidad representan los más significativos a lo largo de la vida de las mujeres; el espacio privado y doméstico es el que sirve como centro de las relaciones e interacciones en el que las mujeres se desenvuelven. De esta manera, el imaginario socialmente construido de la mujer es emplazado sobre el matrimonio, la maternidad y la domesticidad los cuales constituyen los principales ejes conformadores de la identidad de género.

¿Qué es lo que permite transformar o adecuar el imaginario con las actividades diarias que viven las mujeres en una ciudad fronteriza? El acceso de las mujeres al ámbito educativo y la inserción en el mercado de trabajo han sido condiciones que, actualmente, forman parte de la identidad de las mujeres, lo cual ha permitido observar que dichos eventos en la experiencia de vida de las mujeres son condiciones que le otorgan propiedades identitarias y que influyen en la transformación de sus representaciones y de su identidad asociadas al género. De tal forma que, la imagen de la mujer construida en el imaginario se convierte en la referencia simbólica desde la cual las mujeres se construyen.

Junto a la escolaridad y la actividad laboral encontramos que las mujeres se han insertado a otras actividades que de igual manera llegan a ser eventos fundamentales en la conformación de la identidad de género: por un lado, la migración que está cimentada sobre la búsqueda de mejores condiciones de vida, económicas y laborales, a nivel individual o familiar. Por el otro, la actividad cotidiana de cruzar la frontera que, de igual manera, continúa teniendo un sentido económico, ya sea, para realizar una actividad laboral en los Estados Unidos o una comercial¹⁸.

¹⁸ Tenemos claro que existen otros ámbitos a los que las mujeres han accedido como es el ámbito político, empresarial, etc. que han contribuido a redefinir la identidad de género. Para fines de esta investigación

De esta manera, podemos decir que los significados atribuidos a las mujeres se encuentran formulados desde distintos ámbitos que rodean al imaginario de género para la mujer.



Este esquema nos permite ver el apilamiento de dimensiones que conforman la identidad de género que se elabora desde sus prácticas en distintos espacios. Como hemos dicho, el imaginario desde el cual se construye una primera identidad, le llamaremos Identidad A (IA) que se basa sobre el matrimonio, la maternidad y el ámbito doméstico y conforman el núcleo duro, el mandato cultural externo sobre el que se asienta la adscripción del género como mujeres. El acceso a otros espacios y prácticas implica sobreponer una identidad B (IB) que no sustituye a la (IA) sino que se entreteje para redefinirse como identidad (A-B). Cuando el evento de la migración y la práctica cotidiana de cruzar la frontera aparecen como experiencias en la vida de

nos referirnos específicamente al evento de la migración y a la actividad de cruzar las fronteras que directamente se relacionan con la identidad de las mujeres en la frontera.

las mujeres, ello permite nuevamente redefinir la identidad (C); al apilarse las tres identidades configuran una la identidad A-B-C.

Lo anterior, nos permite concebir que la identidad de género como multidimensional y como un proceso que se encuentra en constante transformación. Judith Butler (2000) señala que el género se construye y es performativo, explica que las percepciones culturales que se le asignan al cuerpo sexuado, como lo femenino y lo masculino, resultan ya insuficientes para explicar las nuevas experiencias vividas por los sujetos. La autora sugiere que frente a nuevas modalidades de vivir y experimentar el ser mujer se hable de una identidad performativa del género (2000:22). Retomando el término de performance, la propuesta es pensar cómo la imagen simbólica de mujer interactúa con las prácticas cotidianas y, de esta manera, definir las distintas formas de vivir y representar el género. Por ello, no podemos olvidar que en el proceso de construcción de las identidades hay elementos de continuidad, es decir, elementos normativos que se resisten al cambio y que puestos en relación con las prácticas, trastocan sus propios límites. De esta manera, lo que se intenta demostrar aquí es que en una circunstancia tan específica como la vida de las mujeres “commuters” en la frontera, la identidad de género se construye y fluctúa entre una identidad “esperada socialmente” y una “performativa situacionalmente”.

Como hemos visto, el mundo intersubjetivo se construye sobre un orden en el cual los códigos simbólicos que se establecen con anterioridad al individuo delimitan los sentidos de su acción y contribuyen a la diferenciación del Yo frente al Otro. Por ello, decimos que los símbolos operan clasificando de tal forma que se explique al Yo (o al nosotros) como lo correcto, lo que está dentro, lo adecuado, en oposición al otro: lo extraño, lo incorrecto, lo inadecuado.

De este modo, toda construcción cultural se define con base en una organización simbólica que expresa de múltiples formas esta separación entre lo propio y lo extraño a tal punto que otros elementos de significación se producen dentro de esta escisión primaria. Tal demarcación entre exclusión e inclusión se expresa de diversos modos: la dimensión simbólica del mundo en géneros (femenino y masculino); la identificación y socialización con base en el modelo de la madre y padre, pero, también, en la pertenencia a un colectivo, en este caso, la

mujer adscrita a una nación. Así, el ordenamiento simbólico genera límites culturales, marca las distinciones y diferencias que “entre más claramente definidos estén en una sociedad los límites entre el adentro y el afuera, mucha más sólida serán sus certezas y su normatividad tendrá una capacidad cohesiva mucho mayor” (Serret, 2001: 95)

Dentro de este proceso, el género funciona como una dimensión que interviene en la identidad individual de hombres y mujeres y se definen en término de uno a otro. Es por ello que el género produce la ilusión de partir de los cuerpos para que, de esta forma, los sujetos le den un significado a través de su interpretación haciéndolo en un determinado momento coherente con el orden simbólico impuesto pero también discordantes con respecto a la manera en que sus prácticas estructuran su propia identidad.

A continuación presentaré a las mujeres entrevistadas en la ciudad de Tijuana; los discursos que ellas elaboraron sobre sus historias de vida nos permitirán explicar que la existencia de esas identidades (género y nación) se expresan en el conjunto de prácticas, creencias, concepciones y valores. Al interactuar sobre determinado espacio físico o simbólico, las distintas identidades (mujeres mexicanas que viven en Tijuana frente a otras mujeres que viven en los Estados Unidos) se mezclan unas con otras, es decir, la mirada del otro u otros es también la mirada propia.

III. Características particulares de las mujeres entrevistadas en la ciudad de Tijuana.

En la frontera, el cruzar a los Estados Unidos es una práctica común, mientras se cuente con el documento migratorio –pasaporte y visa–, las visitas son legales a los Estados Unidos y pueden ser diarias o eventuales. Las nueve mujeres entrevistadas en la ciudad de Tijuana tienen en común precisamente cruzar la frontera México-Estados Unidos. Cuatro de ellas cruzan la frontera con el objetivo de llevar a acabo su actividad laboral, el resto de las entrevistadas, sólo lo hace para adquirir bienes de consumo (alimentos, ropa, zapatos, electrodomésticos, automóviles, perfumería, etc.) y entretenimiento.

El grupo es heterogéneo en cuanto a estado civil, edad, escolaridad y lugar de nacimiento: casadas (3), solteras (4), divorciadas (1) y viuda (1); nacidas en distintos estados de la República: Chiapas (1), Sinaloa (1), Colima (1), Nayarit (1), Jalisco (3) y Baja California (2); la escolaridad de estas mujeres se distribuye en primaria (1), secundaria técnica (1), carrera técnica a nivel bachillerato (2), preparatoria (1) y profesionistas (4); finalmente, la edad de las mujeres entrevistadas se encuentran entre los 27 y 31 años (6) y entre los 40 y 55 años (3).

➤ Cecilia

Nació en la ciudad de Culiacán, Sinaloa hace 28 años. En su familia de origen se encuentran antecedentes migratorios, su abuelo materno y sus padres al inicio de su matrimonio con una estancia de tres años en Estados Unidos. Los primeros seis años de su vida transcurren en la ciudad de Culiacán junto a sus padres y tres hermanos. La separación de sus padres propicia su traslado y mudanza a la ciudad de Tijuana junto con su madre y sus tres hermanos. El padre se queda en Culiacán formando una segunda familia. Ya en la ciudad de Tijuana, Cecilia y su familia inician su trayectoria habitacional: las dos primeras casas las compartieron con otras familias y la tercera es el departamento en el que actualmente vive. Cecilia inició su vida escolar en Tijuana, la primaria, secundaria, preparatoria y licenciatura –Administradora de Empresas– conformando una trayectoria escolar continua. Al terminar sus estudios se traslada a los Estados

Unidos durante nueve meses para aprender el idioma inglés. Su vida laboral se ha desarrollado en la ciudad de Tijuana; su experiencia va desde auxiliar contable, contadora en una agencia publicista, capacitadora y adiestradora de personal del gobierno municipal, encargada de logística y encuesta en un periódico local y, actualmente, responsable del departamento de planeación y control de materiales en una empresa maquiladora. Ella cruza la frontera principalmente para adquirir bienes de consumo familiar y en ocasiones por motivos laborales. Sus proyectos futuros contemplan el matrimonio, la obtención de la ciudadanía norteamericana y seguir radicando en la ciudad de Tijuana.

➤ **Carmen**

Originaria del municipio de Villa Álvarez, Colima, tiene actualmente 40 años. Su familia nunca emigró. Carmen, la cuarta hija de siete mujeres, creció dentro de una familia encabezada por la madre desde que ella tenía 10 años de edad. Su trayectoria escolar, en la primera etapa de su vida, se desarrolla y se complementa con la experiencia como integrante de la banda de música de niños de la ciudad a la edad de 11 años y, más tarde, en la banda del gobierno del estado de Colima. Cecilia al salir de la secundaria interrumpe sus estudios y la vida artística-musical durante un año quedándose en su casa a realizar trabajo doméstico. La motivación por pertenecer a la banda musical del gobierno la lleva a reiniciar nuevamente su educación técnica con la condición de seguir estudiando y así, poder continuar con la música. Entre los estudios de secretaria comercial y su membresía como músico en la banda del estado Carmen continuó su vida. Fue a los 23 años cuando contrajo matrimonio con un compañero de la escuela; el desempleo y la falta de oportunidades que aquejaban a su esposo lo hicieron emigrar a la ciudad de Tijuana, hecho que fue decisivo para que Carmen abandonara definitivamente la música y se mudara junto a su esposo. Ya ubicada en esta ciudad fronteriza, la pareja comparte la vivienda con la tía de su esposo. Al poco tiempo da inicio su vida laboral en la ciudad fronteriza. Carmen y su esposo rentan un departamento, después compran un terreno y una casa rodante y al recibir una vivienda de interés social dejan el terreno para irse a vivir al nuevo departamento. La experiencia laboral de Carmen en Tijuana se configura dentro del sector de los servicios: auxiliar contable, distintos puestos en un hotel y, actualmente, como propietaria y encargada de una

tienda de celulares. En el transcurso de su vida laboral nacieron sus dos hijas y más tarde se divorcia quedándose a vivir en el departamento junto con sus suegros, mientras que su exmarido emigra ilegalmente a los Estados Unidos.

➤ **Alma**

Nació en el poblado de Cacahoatán, a 40 minutos de la ciudad de Tapachula, Chiapas, actualmente tiene 31 años de edad. Su familia nunca emigró a otra ciudad pero si de un pueblo a otro. Alma es la menor de cuatro hermanos. A los dos años de edad, sus padres se divorcian y los hijos se quedan con el padre llevándoselos a vivir a Tapachula, mientras que su madre emigra a la Ciudad de México. Es en la ciudad de Tapachula en donde Alma crece y lleva a cabo sus estudios de primaria, secundaria y preparatoria. Durante este tiempo, su padre se vuelve a casar y sus tres hermanos se van a vivir a Cacahoatán con su abuela, ella se queda a vivir con su padre. Al terminar la preparatoria, Alma se muda a Oaxaca para iniciar sus estudios de turismo, después de un año, la economía familiar presenta una crisis económica que la hace abandonar esta ciudad y dirigirse a la Ciudad de México con su madre, ésta última nuevamente casada y con familia. Su estancia en la ciudad fue corta. Alma a los 19 años llega a la ciudad de Tijuana al recibir una invitación de unas amistades para visitarlos en esta ciudad. La familia anfitriona le ofrece quedarse para continuar sus estudios ahí, finalmente, decide quedarse y establecerse definitivamente en esta ciudad. Fue en esta ciudad cuando inició por primera vez su vida laboral como recepcionista en un gimnasio, más tarde, como auxiliar de contabilidad en una fábrica el cual le permitió pagar sus estudios de contabilidad; el ascenso en la fábrica al departamento de recursos junto al desencanto y la deserción de la carrera de contabilidad, la llevan a interrumpir sus estudios y dedicarse a trabajar en este lugar durante dos años. Su paso por una embotelladora, dos bancos y una inmobiliaria conforman su experiencia laboral; este último trabajo le permitió iniciar sus estudios de licenciatura en la Universidad. Un accidente la hizo regresar a Chiapas, su intención era establecerse de nuevo en su lugar de origen, sus planes eran casarse y comenzar un negocio familiar, sin embargo, al año, al no llevarse a cabo dichos planes, decide regresar a Tijuana para radicar hasta el día de hoy. A su regreso, Alma se vuelve socia de un negocio; más tarde crea ella su propio negocio que abandona ante la propuesta de un mejor ingreso en una

inmobiliaria como administradora, actual empleo. Sus hermanos hombres residen aún en su lugar de origen y su hermana emigra a Chihuahua.

➤ **Yolanda**

Nació en la ciudad de Tijuana, tiene actualmente 30 años de edad. Su padre y su madre fueron emigrantes temporales en los Estados Unidos. Ambos trabajaron en el extranjero antes de establecerse en la ciudad de Tijuana y, al casarse, la madre de Yolanda se dedicó al hogar mientras que su padre trabajaba en el sector de la construcción en San Diego, Estados Unidos, cruzando diariamente la frontera. La menor de siete hijos, cuatro mujeres y tres hombres, hizo estudios de primaria y secundaria con el apoyo de su padre, sin embargo, su trayectoria escolar se vio frenada un tiempo. Apoyada por su madre y hermano terminó la preparatoria. Dos intentos fallidos para entrar a estudiar a la universidad la llevaron a ingresar a una escuela de idiomas para estudiar el inglés, ahí fue cuando dio inició su vida laboral: como edecán, en el departamento facturación en una compañía ganadera, en ventas de computadoras. Yolanda continuaba estudiando inglés en distintas escuelas. La oportunidad de trabajar en Estados Unidos como niñera se le presentó y desde hace cuatro años trabaja con una familia norteamericana como niñera y doméstica. Por las mañanas, mientras los niños van a la escuela, ella toma cursos de inglés en una escuela para emigrantes. Toda la semana vive en casa de sus empleadores, los viernes por las tardes regresa a Tijuana a casa de su madre.

➤ **Bertha**

Nació en el Municipio de Acaponeta del estado de Nayarit, su edad actual es de 45 años. Su familia de origen nunca emigró. Estudió la primaria y la secundaria técnica. A los 15 años de edad se mudó a Guadalajara a casa de una tía para trabajar de secretaria, estuvo ahí dos años. Una hermana radicaba en la ciudad de Tijuana y le pidió ayuda a Bertha para cuidar a sus hijos y así fue que conoció por primera vez esta ciudad. Al poco tiempo regresó al pueblo de Acaponeta para trabajar de secretaria en un expendio de lotería durante dos años. Fue a la edad de 19 años

cuando Bertha contrajo matrimonio con el hijo de los dueños de un negocio en el que trabajaba su hermana. Del matrimonio nacieron tres hijos; a los seis años de casada queda viuda y al cuidado de los tres niños, esta situación la lleva a vivir en la casa de sus suegros durante tres años dependiendo económicamente de ellos. La situación y relación con la suegra de Bertha se torna difícil motivo que le lleva a tomar la decisión de emigrar a la ciudad de Tijuana con dos de sus tres hijos. Llegando a Tijuana se establece en la casa de su hermana. Al poco tiempo de llegar, Bertha se inserta nuevamente al mercado laboral para emplearse como trabajadora de maquila, primero en una armadora de aparatos eléctricos, después en una de computadoras. Durante este tiempo ella y sus hijos dejan la casa de su hermana y se mudan a la vivienda de su hermano. Durante este tiempo, ella logra obtener su pasaporte-visa y una invitación por parte de su prima para emplearse como doméstica en los Estados Unidos. En este país, Bertha ha trabajado durante 10 años dando servicio doméstico en hogares americanos como trabajadora de planta o de entrada y salida. A lo largo de este tiempo pudo comprar un terreno y construir su casa. Sus hijos son profesionistas.

➤ **Lorena**

Es originaria de la Ciudad de Tijuana, tiene actualmente 27 años. Sus padres emigraron a Tijuana recién casados y ahí se establecieron, él como trabajador temporal agrícola en los Estados Unidos y ella combinando el hogar y trabajos manuales; del matrimonio nacieron cuatro mujeres y dos hombres, Lorena es la más chica. Toda su vida ha vivido en la casa de sus padres. Estudió la primaria, secundaria, preparatoria y la licenciatura en Administración de empresas. A los 14 años en una agencia de eventos, negocio de su hermana, comenzó a trabajar como secretaria, como promotora y más tarde como administradora. Hace un año comenzó a trabajar en los Estados Unidos en una cadena restaurantera como representante de servicio como requisito para comprobar su situación migratoria en Estados Unidos. Esta situación laboral la lleva a cruzar diariamente la frontera para trabajar y regresar a su casa en Tijuana. Lorena es casada y aún no tiene hijos.

➤ **Carolina**

En el poblado de Lago de Morelos, Jalisco nació Carolina hace 55 años. La familia completa, cuando ella y sus hermanos eran muy chicos, se mudó a la ciudad de San Juan de los Lagos, Jalisco. En este lugar estudió la primaria, únicos estudios. A los 15 años contrae matrimonio con un vecino que, desde muy joven, trabajaba en la ciudad de Tijuana y por temporadas visitaba San Juan de los Lagos. Así, recién casada, ella y su esposo se trasladan a Tijuana. A los seis meses, ya embarazada de su primer hijo, Carolina y su esposo regresan a Jalisco para probar suerte pero al poco tiempo nuevamente regresan a Tijuana para establecerse de manera definitiva. Los seis hijos de Carolina nacen en Tijuana; las condiciones económicas desfavorables de la familia hicieron que Carolina comenzará a buscar estrategias para obtener un ingreso extra mientras continuaba a cargo del cuidado del hogar y de sus hijos: confeccionaba ropa y hacía manualidades. Cuando sus hijos crecen y se independizan, Carolina se dedica a estudiar cursos de manualidades, conocimiento que actualmente desarrolla para obtener ingresos con la venta de sus manualidades. La actividad de su esposo en los Estados Unidos le permitió solicitar esta ciudadanía, actualmente, es ciudadana mexicana y norteamericana.

➤ **Verónica**

Nació en Ocotlán, Jalisco, actualmente tiene 30 años. Sus abuelos maternos migraban de una ciudad a otra entre Michoacán y Jalisco. Verónica es la menor y única mujer de tres hermanos. Ocotlán fue el escenario de sus primeros estudios y vivencias; ambos padres trabajaban y su abuela paterna cuidaba de ella y sus hermanos. La primaria y la secundaria en una escuela marista y la preparatoria en una escuela pública. Ambos padres al jubilarse inician un negocio de ropa; una crisis financiera orilla a la familia a tomar la decisión de mudarse a la ciudad de Tijuana, lugar en donde ya residía un familiar. A los 18 años, Verónica y su familia emprenden el viaje a la ciudad fronteriza. Instalada la familia en la casa de un familiar, comienzan a buscar trabajo y es cuando Verónica inicia su vida laboral. Comienza a trabajar en el departamento de pagos en una cadena de tiendas de autoservicio y conforme pasa el tiempo se ubica dentro de otros puestos. Sus padres compran una casa en la que actualmente vive con su

madre. Durante ese tiempo, regresa a Ocotlán para terminar sus estudios de preparatoria. A los 23 años reinicia su trayectoria escolar para estudiar su licenciatura en comunicaciones en una escuela privada. En esta etapa de su vida ella se vuelve católica practicante. Al término de sus estudios de licenciatura, una Asociación civil del medio ambiente la invita a crear el departamento de comunicación, su actual empleo.

➤ **Reyna**

Nació en Ciudad Guzmán, Jalisco, actualmente cuenta con 30 años de edad. Reyna es la mayor de siete hijos. La familia completa se trasladó a la ciudad de Guadalajara pero las condiciones de pobreza hicieron que su padre emigrara como ilegal a los Estados Unidos y su madre comenzara a trabajar como empleada doméstica; Reyna y su hermana, de ocho y siete años, por la mañanas cuidaban y cocinaban para ellas y sus hermanos menores, estudiando la primaria por la tarde. Ante un problema familiar y el regreso de su padre de los Estados Unidos, la familia decidió emigrar a la ciudad de Tijuana. Nueve años tenía Reyna cuando llegó junto con su familia a esta ciudad fronteriza, estableciéndose en la casa de un familiar. Al cabo de dos años, su padre compra un terreno y la familia completa se muda, sin ninguna construcción. Al poco tiempo de llegar a Tijuana ella estudia la secundaria y a los 12 años una prima le falsifica su acta de nacimiento cambiándole la edad a 15 años para comenzar a trabajar como ensambladora en una fábrica. Su trayectoria laboral comenzó a edad temprana para ayudar al sostén familiar lo que propició la interrupción de sus estudios. Fue como ensambladora que pagó sus estudios en una escuela de computación para obtener su título de técnica de programador analista; al graduarse, dejó su empleo como ensambladora y comenzó a trabajar como capturista en una compañía cervecera, más tarde, en atención a clientes en cupomático-Banamex, como oficinista en la SEP, en las oficinas del OXXO y como encargada de una guardería. Fue durante este último empleo cuando Reyna contrajo matrimonio con un compañero de la escuela, al quedar embarazada dejó de trabajar. La pareja tiene dos hijos y Reyna se queda de tiempo completo a su cuidado; los problemas económicos de la joven familia de Reyna la motiva a reiniciar su vida laboral, pero, ahora, como empleada en un local comercial en los Estados Unidos. Tres veces a la semana cruza la frontera por la mañana y en la tarde regresa a Tijuana para cuidar a sus hijos.

Los recuerdos, los olvidos, el lugar de origen, la familia, las experiencias buenas y malas, la vida laboral, la migración, la llegada a Tijuana, su cotidianidad en la frontera, sus pertenencias materiales y la interacción con personas de distintos lugares; forman la historia particular de cada una de las nueve mujeres entrevistadas.

IV. El origen: la genealogía familiar y el lugar de pertenencia

La conformación de la identidad de los sujetos no solamente se da a través de una constante diferenciación e identificación con la alteridad y con el sí mismo, también es importante la forma en que se interpreta y se asume el origen, el cual permite desentrañar una primera forma en que se configura la identidad de género y de nación; respondiendo a la pregunta ¿de dónde eres? y ¿quiénes fueron tus orígenes? Las entrevistadas, haciendo uso de la memoria, relatan, describen e interpretan el lugar de origen al cual ellas pertenecieron y los personajes que configuran el primer entorno familiar.

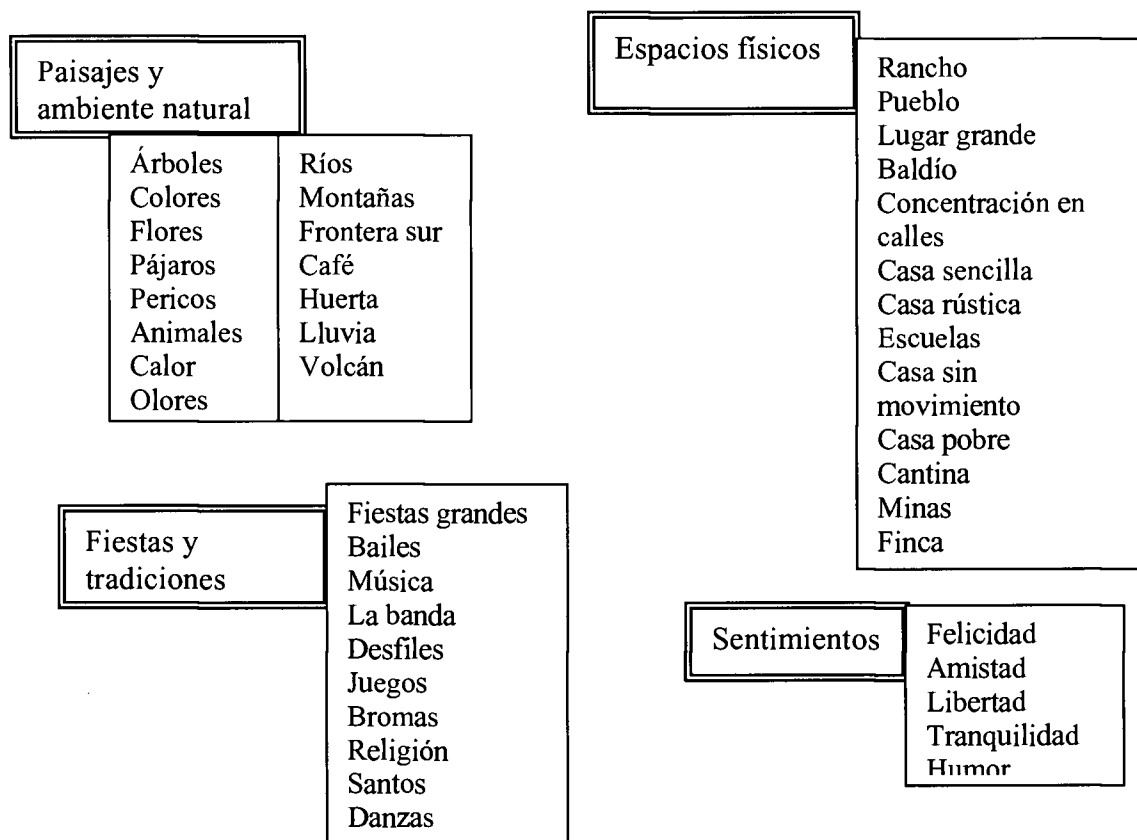
La memoria implica una selección del recuerdo y del olvido, lo que les permite a las entrevistadas hacer comprensible su historia, su experiencia y sus prácticas, pero a la vez la selección de determinados extractos y pasajes de su vida les permite dar coherencia a un trayecto individual en el cual hacen corresponder su presente y su pasado. Las mujeres interpretan su propia historia de vida de acuerdo a las necesidades e intereses del momento, primero porque se elabora una respuesta inmediata para ser escuchada por la entrevistadora; segundo, porque la historia y la experiencia de vida de los sujetos necesita tener una marca, un hilo conductor, que le permita identificarse tal cual en el presente para construirse en el pasado.

El relato del pasado, interpretado por el presente, nos permite encontrar los elementos simbólicos que estas mujeres comparten socialmente para configurar la identidad de género y nación. Sobre símbolos, significados, creencias, valores, normas, construidos cultural y socialmente, se configura la imagen de “mujer” y de “mexicana”.

➤ **El lugar de origen: el recuerdo de aquel lugar en el que nació.**

Recordar el lugar en el que nacieron nos permite identificar la relación que las mujeres entrevistadas tienen con respecto a los significados que se le asignan a un lugar en el que nacieron y pasaron sus primeras etapas de vida antes de emigrar a otro lugar. El lugar de origen establece un punto de referencia y comparación con el lugar en el que ellas ahora habitan.

Al lugar de origen se le asigna una lista de significados que han sido agrupados dentro de cuatro representaciones y los analizaremos a través del proceso de diferenciación e identificación de la identidad.



Las entrevistadas refieren que el lugar en el que nacieron se encuentra asociado a formas tradicionales a diferencia de la ciudad de Tijuana. Los espacios de las localidades de origen se consideran chicos por el hecho de darse una mayor convivencia entre la población y los espacios grandes se asocian a la actividad agrícola que se daba en el lugar.

Sin embargo, es interesante ver que el origen se encuentra principalmente asociado a las propiedades de la naturaleza de lo cual también se puede interpretar que las entrevistadas oponen dicha naturaleza a la urbanización de la ciudad de Tijuana y, todavía más, si se asocia a la dimensión nacional en donde México se define dentro de la naturaleza y lo tradicional frente a la nación norteamericana que refiere a la industrialización y la modernidad.

Tapachula es la ciudad como más conocida o más sonada después de Tuxtla Gutiérrez está hacia la montaña, hacia la frontera con Guatemala, montañas llenas de árboles una vegetación así exuberante, es un lugar chico y de alguna manera las festividades te sacan de la rutina (Alma, 31 años, soltera)

De la idea anterior, también podemos decir que las entrevistadas asocian el significado que refiere a la pobreza, a condiciones económicas desfavorables o a falta de oportunidades que se daba en los lugares de su nacimiento, ello nos permite pensar que al asignarle esta característica a la localidad de origen para darle un sentido a su migración y, sobre todo, para identificar el grado de ascenso social y económico al que han llegado estando en Tijuana y haber logrado salir de aquel lugar en el que no tenían nada material pero sí una riqueza ambiental y cultural que ahora se encuentra en el recuerdo de la memoria.

Nosotros vivíamos cerca de un ranchito que tenía un río muy grande[...]íbamos a la escuela primaria de un lugar que nos quedaba a un kilómetro de un pueblo a otro [...] la casa original donde nosotros nos criamos, ya ahora todo está diferente ha progresado, obviamente, que cada quién ha puesto un granito ahí, pero sí recuerdo las hornillas donde mi mamá cocinaba, cocinaba con leña, la mesa donde comíamos, que por cierto tenía muchas cucarachas, de madera y la lavábamos con agua hervida y nunca se le morían; me acuerdo del patio, de mi casa, linda, grande, inmensa, o sea, libres completamente, la tierra blanca, bonita, limpia, los árboles, jugar debajo de los árboles, mi río precioso, los arenales de mi río precioso, los sauzales de la orilla del río[...] En aquellos tiempos no festejábamos mucho por la misma pobreza y por todas las necesidades materiales. (Bertha, viuda, 45 años)

Otro elemento que podemos ubicar es que dentro de este proceso de recordar el pasado, los referentes del presente son literalmente expresados, la idea del progreso, crecimiento y modernización son apropiaciones que intentan equilibrar y matizar la idea de “un lugar pobre”. El elemento que consideramos que puede servir de referencia para entender por qué las entrevistadas al hablar de un lugar pobre cuando ellas se encontraban en ese lugar y un lugar cambiado en el cual ellas ya no viven, tiene que ver con los aportes materiales y remesas que los migrantes envían a estos lugares, podemos decir del caso de Colima, Guanajuato, Jalisco y Nayarit que se encuentran dentro de los estados con un índice medio y alto de migración (CONAPO, 2000), localidades en donde se reciben anualmente una fuerte cantidad de remesas. También, los Estados y las localidades tienen un crecimiento de población y urbanístico, además de una penetración e influencia de los medios de comunicación, son los “ecos diferidos” de la modernidad en los lugares tradicionales.

La ciudad era un área muy sísmica, de hecho a dos cuadras de donde nosotros vivíamos pasa una vena de volcán, el volcán de Colima, es una ciudad muy grande, pero al mismo tiempo es una ciudad muy chica para lo que empleos se refiere [...] La casa de la abuela era donde vivíamos todos juntos, era como si viviéramos en un rancho pero dentro de la ciudad [...] Desde temprano se iba toda la gente, allá es asfalto y banqueta y toda la gente iba y barría y regaba la calle, toda la gente vive como en una comunidad muy pequeña aunque no te conozcan te saludan, por lo menos un saludo o por atención, muy pacífica la gente que es netamente de la ciudad porque ya ahorita se ha crecido demasiado (Carmen, 40 años, divorciada)

El lugar de origen es también recordado a través de los sentimientos que durante esa etapa se vivía, las entrevistadas enfatizan que en ese lugar eran felices, libres y que había tranquilidad. Con ello, podemos ver que en el proceso identitario de las entrevistadas se pasa por distintas etapas emocionales que acompañan las experiencias de vida y referidas a los espacios.

En conjunto, el lugar de origen de las mujeres entrevistadas puede ser definido como la región socio-cultural que es el soporte de la memoria colectiva y el espacio de adscripción del pasado del grupo, que funciona como recordatorio (Giménez, 2003:38).

➤ **Genealogía familiar.**

El árbol genealógico indaga las raíces de consanguinidad que se van estableciendo a lo largo de la historia de la mujer; aquellos hombres y mujeres que la precedieron y les dieron vida y existencia hasta el día de hoy. La genealogía se relaciona con las presencias, costumbres, lugares e interacciones que se dieron en la vida de aquellos sujetos del pasado y que ahora, el recuerdo los hace ser nuevamente personajes dadores de la existencia de una mujer en el presente.

La genealogía familiar de las entrevistadas sólo se remite a los abuelos, paternos y maternos, pues indagar más hubiese sido pretencioso de nuestra parte y agotador para las entrevistadas. Aunque en algunos casos la convivencia con las abuelas y los abuelos nunca se dio, las entrevistadas tenían al menos cierta información que les permitía rastrear a aquellas familias de origen.

La genealogía familiar de las nueve mujeres entrevistadas se encuadra en familias dedicadas al trabajo agrícola, en el que el grupo doméstico estaba compuesto por un número grande de hijos. Las entrevistadas refieren que sus antecesores, abuelos, eran matrimonios consolidados y en los cuales se daba una clara división sexual del trabajo, las mujeres se dedicaban a las actividades domésticas y al cuidado de los hijos y los hombres salían al campo a trabajar, solamente dos entrevistadas identificaban que las mujeres tenían una actividad extradoméstica.

Mis abuelitos ellos eran de Nayarit, mi abuelita también, mi abuelito era el señor que trabajaba en cruzar a la gente del río, les decimos canoas, pangas, él era un empleado, mi abuelita pues en el hogar, mi abuelita se dedicaba a atender a mi abuelito en su casa nada más (Bertha, 45 años, viuda).

De Nayarit y de Magdalena Jalisco, mis abuelitos de parte de mi mamá tenían tienda, vendían maíz, intercambiaban maíz a cambio de animales ó animales a cambio de maíz ó leche a cambio de lo que fuera y los papás de mi papá fueron un poco más humildes trabajaban en el campo, pero eran trabajadores, le trabajaban a gente, ellos no tenían propiedades ni nada se podría decir; como todos los papás que no tenía nada estable, o sea, eran personas que no tenían nada (Reyna, 30 años, casada).

Mis abuelos eran del campo, el campo cien por ciento, ellos, este, mis abuelos paternos, mis abuelos maternos, o sea, los dos al campo cien por ciento, no estudiaron nada. Mi abuela paterna era mas calladona, mi abuela materna le gustaba hacer tempranísimo tortillas para que desayunara medio mundo, igual al medio día ya estaba con la bola de masa y haciendo tortillas. (Carmen, 40 años, divorciada)

Lo que podemos apreciar es una primera reconstrucción del imaginario de mujer en donde la figura de la abuela funciona como modelo de apropiación de significados que culturalmente se esperan de la mujer. La mujer es definida, y recordada, a través de significados asociados al cuidado –al esposo–, a la alimentación –de todos– y al comportamiento –calladona– que culturalmente se asocian con el imaginario de mujer canónico. También podemos mencionar que la selección que se hace de la memoria trae consigo ciertos elementos en el que se desplaza la importancia de definir y asignar una significación a las figuras hombre/mujer sino, más bien, se enfatiza el contexto asociado a la vida familiar, la pobreza es, entonces, el ítem que funciona como guía de la memoria en el que su significado se encuentra dado por el sentido referido a la “*nada*” y en su reiterada enunciación la pobreza adquiere un sentido más que es la de no poseer algo material lo que se pone como elemento de distinción con el momento en el que las entrevistadas viven, el llegar a tener bienes materiales.

Un siguiente elemento que hemos identificado es la forma en que las mujeres interpretan las prácticas de sus abuelos y el paralelismo de los sentidos sobre su propia experiencia. En primer lugar, vemos que la recreación cultural de lo abuelos no deja de ser un inconveniente para seguir conservando su interés por el lugar al que pertenecen. Esta idea cobra sentido cuando se asocia a la situación que experimentan las entrevistadas respecto a su interacción con los Estados Unidos y su residencia en la ciudad de Tijuana, México, ya que a pesar de la recreación cultural que las mujeres experimentan siguen conservando su interés y sentimientos por su nación.

En segundo lugar, podemos apreciar la manera en que se concibe a la mujer de origen mexicano, en el que se asocia al cuerpo y a los objetos que lo visten, el hombre que viene del exterior y se deja impresionar por la belleza natural de las nativas. En todo caso, y sin afán de esencializar, podemos decir que el imaginario de género en esta entrevistada se construye sobre

un sistema binario de naturaleza/cultura (Ortner, 1979), es decir, la mujer se significa con lo natural y original, fruto de la tierra, y el hombre con la civilización y el contacto cultural.

Mi abuelos maternos son los que tengo más referencia, ella es de Durango, él es de Durango, ellos vivieron en un rancho en Culiacán tenían una diferencia de edades como de 20 años, mi abuela era muy joven, tuvieron ocho hijos, cuatro hombres y cuatro mujeres [...] él viajó, él estuvo en la segunda guerra mundial, estuvo un tiempo en Alemania, en Inglaterra, estuvo en muchos países, la pregunta que siempre me he hecho es por qué regresa a México, era un señor de traje, estaba en su rancho y tenía vacas pero él siempre andaba de corbata, de traje, su sombrerito como que agarró las culturas Europeas, pero regresó a México, decide casarse con una ranchera sinaloense, porque mi abuela es ranchera es de arracada, de vestido, es ranchera, de cabello largo, veinte años menos digo 20 años esta joven le gustó el cuerpazo y lo que quieras, pero lo jaló que su amor a México, comparó algo de allá, no encontró, dijo, me regreso a buscar una mujer. De mi papá, mi abuelo paterno murió, no lo conocí, no sé nada, nada absolutamente. (Cecilia, soltera, 28 años)

A los abuelos hombres no los conocí a ninguno de los dos, ni al paterno ni al materno, a mis abuelas sí, una de ellas todavía vive la otra falleció hace como tres años y, la verdad, no sé mucho de su historia. Ellos viven en Chiapas, o sea, toda la raíz de mi familia vive en Chiapas. Tengo entendido que mis abuelos eran hijos de unos españoles y que habían llegado a vivir a esa zona de Chiapas y mis abuelas, mi abuela materna era como más indígena, vaya, más de raíz local, mis abuelos llegaron de fuera. Mi abuelo paterno sembraba café y junto con su hermano eran dueños de una finca cafetalera y tenían beneficios de café y mi abuelo materno ya había fallecido cuando yo nací, así que no sé [...] mis abuelas amas de casa 100% ellas cero de trabajo [...] Mi abuela paterna a ella la mantenía mi abuelo y cuando mi abuelo falleció, ella se quedó con las propiedades que mi abuelo tenía y ella fue aprendiendo a cómo se trabajaba la tierra como se cosechaba el café contratar trabajadores y eso obviamente con la ayuda de algunos hombres [...] mi abuela materna como no tenía esposo tenía algunas casas de renta, con la renta de esas casa ella se mantenía allí obtenía sus ingresos y con la ayuda de sus hijos o sea de mis tíos. (Alma, soltera, 31 años)

Un elemento que resalta en las entrevistadas es que dentro de su genealogía familiar se encuentra la apropiación del mito de la malinche, conformador de la identidad nacional, en el que los hombres llegan del exterior y las mujeres son las nativas. Esta asociación de imágenes permite generar un sentido complementario a la configuración de la identidad y es la noción de mezcla de dos culturas. Este punto nos permite explicar que también se encuentra una representación de la mujer dada en la fusión de las culturas y la hibridación cultural ya sea por la interacción de dos sociedades diferentes, por el encuentro de dos fronteras que funcionan como límites de un mismo territorio nacional o por el encuentro de dos regiones distintas como el sur y el norte. En todo caso, la memoria colectiva engarzada en la historia nacional es recordada por estas entrevistadas ha sabiendas que uno de los elementos conformadores de la identidad nacional

ha estado representado en la figura de la Malinche, además que al recordarlo como referente simbólico lo incorporan, como algo natural, a su propia concepción familiar.

Otro aspecto que resalta es la imagen de las mujeres sobre una representación asociada a la dependencia de ellas respecto a los hombres, lo que se vuelve interesante para el análisis es la manera en el que la mujer obtiene poder y reconocimiento sólo en el momento en el que el esposo fallece redefiniendo de esta manera la identidad de género de las mujeres

Observamos que en la referencia de la genealogía familiar se puede apreciar que las prácticas que los antecesores llevan a cabo se interpretan sobre la misma dinámica que las mujeres viven su cotidianidad que sobre la idea que se construye del ir y venir de una ciudad a otra que permite asociar que la posibilidad del movimiento puede fundirse sobre el rol o estatus laboral, es decir, mientras se tengan determinadas condiciones de vida o estatus social puede darse con mayor facilidad la movilidad de un lugar a otro en tanto que la permanencia a un lugar adquiere sentido solo cuando no se tengan estas características individuales.

Los papás de mi mamá, su papá era médico y su mamá era ama de casa pero siempre se dedicaba al comercio tuvo un salón de belleza, o sea, no podía estar así en el hogar no más [...] Ellos si recorrieron Michoacán, recorrieron Jalisco, o sea, iban como de pueblo en pueblo, eran aquellos tiempos en que los más importantes del pueblo eran el cura y el doctor y así fueron de ciudad en ciudad y se establecieron en Ocotlán [...]vivieron en Apatzingán, Michoacán y estaban así como entre Apatzingán y Ocotlán y eran así como que iban y venían [...] Por parte de mi papá, mi abuelo era mecánico, tenía un taller mecánico y mi abuela se dedicaba al hogar también, y ellos son originarios de Jalisco son de ahí del mismo Ocotlán [...] mi abuelita andaba rodando por ahí, entonces, su madrina de bautizo, la recoge y la cría, era una señorita que nunca se casó, fue muy estricta su madrina, ella era la que se encargaba de los quehaceres, nunca salía, de hecho se casó grande tenía 23 años mi abuelita para sus entonces ya estaba grande [...] ella lo quería, ella lo amaba, se casaron, pero mi abuela fue siempre muy sumisa, muy lo que tu digas, o sea, ella no era de discutir, incluso, mi abuelo no era de discutir sino que se hacían las cosas y punto, pero no era ni enérgico ni machista, sino como que se combinaban entre los dos, él con una palabra bastaba y ella OK, o sea, no se diga más. (Verónica, soltera, 30 años)

Así, como es importante señalar que el imaginario de género cruza el espacio de la memoria para definir las figuras de los abuelos, también se encuentran otras formas de representar a la mujer como la “mujer soltera”, donde su identidad como mujer se configura sobre la no realización de la maternidad y el matrimonio y siempre en función de la presencia del

hombre. A esta imagen de mujer se le estigmatiza socialmente por llegar a determinada edad y no haber realizado lo que socialmente se espera de su género, de esta manera, a la mujer soltera se le representa a través de estados emocionales, como amargura, e imposibilidad en las relaciones sociales, la soledad.

Finalmente, podemos decir que existe una idea de alejamiento del origen que, en todo caso, es la función de los olvidos de la memoria o el silenciamiento que construyen las identidades, sin embargo, encontramos que el distanciamiento o alejamiento en las mujeres de la frontera funciona como estrategias o formas que les permiten dar sentido a sus acciones. Nos atrevemos a dejar abierta una asociación que se puede establecer sobre la idea de que las generaciones de mujeres, hijas de migrantes, nacidas en la ciudad fronteriza repliegan el pasado y el origen sobre lo inmediato de su vida, es decir, la memoria de aquellos que fueron sus antepasados no son constructores ni son contruidos por su presente. El relato de la última entrevistada puede apoyar de alguna manera la hipótesis anterior.

Realmente de mis abuelos no los relacionamos mucho, pues mis papás son de Jalisco y nosotros crecimos aquí, nacimos todos sus hijos nacimos aquí, de mis abuelos casi no, íbamos a verlos cada año pero no realmente no recuerdo ni cuantos hijos tuvo, por parte de mi mamá me acuerdo un poco más, por parte de mi papá no sé, no sé si realmente ellos son de Jalisco, no sé, creo que nunca me he puesto a indagar en eso porque no, a lo mejor no es tanto interés por lo mismo que vivimos distanciados de ellos (Lorena, casada, 27 años).

La memoria nos permitió encontrar aquellos elementos simbólicos contruidos cultural y socialmente durante la convivencia del presente y del pasado. De esta manera, las mujeres entrevistadas seleccionaron sus recuerdos y sus olvidos sobre el lugar y la familia de origen para darle un sentido a su propia existencia. Mostramos que los elementos de la naturaleza, la tradición y la pobreza configuran el lugar de origen que se ponen en relación frente a la experiencia de vida actual, de ciudad urbanizada, moderna y con posibilidades de obtener bienes materiales. También señalamos que la adscripción a un colectivo familiar atañe a la domesticidad-maternidad, al trabajo y a la fusión de lo extranjero y lo nativo (mito de la malinche) en el que la mujer se asocia a la naturaleza, al arraigo y a lo casto. Las imágenes de mujer y hombre sobre un imaginario lejos de cambiar se siguen reproduciendo a través de la memoria familiar de las mujeres.

➤ El modelo padre-madre en la configuración de la identidad de género

El modelo padre-madre se construye sobre significados y practicas que definen y moldean la identidad porque funcionan como imágenes que intervienen en la constitución del género y porque son los padres en los que los sujetos encuentran los primeros referentes del género que permiten seguir reproduciéndose.

Cuando las imágenes de las mujeres no se amoldan totalmente con lo que dicta el imaginario porque intervienen otra serie de condiciones, como la vida laboral, la migración, el desempleo, la profesión y los divorcios, que hacen que la imagen de la mujer se redefina. Encontramos que se establecen dos formas en que se redefine la imagen de la mujer cuando ésta se inserta a la vida laboral o profesional: por un lado, la madre se asocia con el sufrimiento, la frontera que divide el matrimonio y la maternidad como identidad primaria y originaria del ser mujer se encuentra en constante tensión con la identidad como trabajadora o profesionista. Por otro lado, la mujer se asocia como independiente y emprendedora.

Mi papá era campesino tenía su tierra la sembraba y todo eso, agricultor. Mi mamá se dedicaba al hogar, en la etapa de sus primeros hijos únicamente al hogar, después, cuando ya tenía más de la mitad de su familia, este, mi mamá cocía ajeno, hacía vestidos y cosas para ayudar al sostén del hogar y mi papá no más lo que era la agricultura [...] mis papás tuvieron 16 hijos [...] pobres y éramos tantos [...] mi mamá fue la que siguió partiéndose el alma para sacarnos adelante (Bertha, 45 años, viuda).

Se casaron y dice mi papá que vivía abajo de un árbol, la primera semana que se casaron no tenían a donde ir, ellos tuvieron que buscar por su lado y no tenían nada y vivieron abajo de un árbol. Somos 4 hombres y 3 mujeres, [...] mi mamá empezó a trabajar porque empezaron a batallar y empezaron haber más gastos y mi papá su sueldo era de hacer adobe, sembrar tierras, pero sembrarle a otra gente, o sea, nada que ver que fuera con ellos, no rendía el dinero [...] desde un principio empezaron a sufrir mucho en cuestión económica y que luego, luego tenía otro [hijo] y tenía otro, y tenía otro [...] que fue obligatorio trabajar [...] lo que ella quería era que no nos hiciera falta nada a nosotros. Fue una vida muy inestable porque rentábamos casas y de repente un año estábamos aquí otro año estábamos en otro lado [...] después de tanto tiempo de que anduvimos rodando de casa en casa de ciudad en ciudad ahí en Jalisco tuvimos ese terreno. (Reyna, 30 años, casada)

Podemos decir con los relatos anteriores, que se establece una asociación entre “hombre”, “tierra” y “pobreza”, la idea de “dedicación” a los hijos y la relación con el “sostenimiento” del hogar, en el cual, “partirse el alma” evoca una idea de doble esfuerzo como mujer madre y como mujer trabajadora. La asociación que se desprenden del significado de la “intemperie” y la “movilidad” refieren a un “no lugar” que propicia una constante búsqueda de seguridad y de mejores condiciones. Una segunda asociación podría darse sobre los significados del “gasto” y el “dinero” donde las necesidades por parte de los hijos y de la familia generan una condición, nuevamente, de búsqueda por el dinero.

De esta manera, percibimos que las prácticas van adquiriendo un sentido cuando el sistema simbólico que construye el imaginario de género es puesto en práctica por las entrevistadas, pues permite representar las formas binarias, canónicas, de separación de los espacios, el doméstico en el que se ubica a la mujer y el laboral al hombre.

Las identidades de mujer-madre- esposa y mujer trabajadora permite que las entrevistadas le asignen sentidos a las prácticas, en este caso la de trabajar extradomésticamente: la madre “da”, “hace” y se “parte” para brindarle a los hijos las mínimas condiciones de existencia. Podemos encontrar que sobre los significados que evocan las entrevistadas al referirse a la madre existe una cierta identificación cuando ellas misma se autodefinen. La manera en que las entrevistadas se construyen se ubican sobre el “esfuerzo” el cual corresponde al núcleo de la representación que concentra otras significaciones periféricas, por ejemplo, la dedicación y sostenimiento, además, porque esta representación toma sentido cuando se da una idea de proyección en las entrevistadas respecto a este mismo esfuerzo:

Así es la situación de trabajar limpiando casa, pero yo de todos modos, yo si le doy muchas gracias a Dios porque gracias a ese trabajo mis hijos de ahí salieron y salió para todo [...] no entiendo cómo le pude hacer, pues si yo era la mamá y el papá y que sostener un hogar, y todo, y universidad, y pues Dios me dio todo esto (Bertha, viuda, 45 años).

Cuando existe una similitud de condiciones económicas y/o laborales entre la experiencia de vida de la entrevistada y su madre, podemos observar que se puede dar un paralelismo tanto en la actividad laboral pero con mayor influencia sobre el sentido que la maternidad refiere sobre el trabajo. La representación acerca de que la madre se “partió el alma” y ser “mamá y papá” son

formas de definir la separación de los espacios doméstico/ laboral y a su vez encontrarse en ambos al mismo tiempo.

Pero no en todos los casos la imagen de la madre refiere a una identificación, es más bien, un parámetro al cual no se quiere llegar, de esta manera, la figura de la mujer-madre se convierte en la alteridad del propio género porque las representaciones que se construyen de ella son parte del proceso de diferenciación de la identidad.

La necesidad que yo tenía, que me veía yo tan mal y decía “no puede ser que vuelva a estar viviendo lo mismo que mi mamá y mi papá, o sea, es que no puede ser que me la vaya a pasar de casa en casa. Tuve que empezar a trabajar porque andaba muy mal económicamente y, poco a poco, nos empezamos a superar [...] mi iniciativa fue superarme y tener algo más y hasta la fecha sigo trabajando teniendo mis dos hijos y trabaja mi esposo, o sea, tenemos planes a futuro y nos vamos programando los gastos que hay (Reyna, 30 años, casada).

De igual manera, la necesidad conduce a obtener un empleo o actividad remunerada y a una fuerte incertidumbre en la movilidad habitacional de la mujer. Podemos distinguir que el esfuerzo se materializa en la adquisición de una vivienda junto con los logros profesionales de los hijos y la certidumbre a través de los “gastos” que representa una familia. Aquí podemos encontrar una relación con respecto a las entrevistadas que son trabajadoras en Estados Unidos, la práctica de cruzar la frontera cotidianamente les permite asociar que el lugar de origen es pobre y no se obtiene nada; son representaciones que sólo en la ciudad de Tijuana se transforman y donde se puede ver materializado su esfuerzo como mujeres.

La representación de la inexistencia sobre la figura de la madre, la cual metafóricamente pierde la vida por combinar el trabajo y la maternidad. Ello resulta para las entrevistadas un punto de diferenciación porque es precisamente en la combinación de ambas identidades que se construyen sobre las representaciones de logros y éxitos a través de su experiencia de vida.

Que me puedo poner de ejemplo, por qué no, sí porque luché [...] El concepto de la vida, ser una mujer que siempre fui para arriba, para arriba, no me conformé con quedarme, no estoy en las alturas, pero tampoco puedo decir que me considero una mujer mediocre. (Bertha, 45 años, viuda)

Trato de vivir una vida diferente a la que viviste tratando de mejorar lo que no tuviste, planeando tener pocos hijos para dales más atención, más de lo que no te pudieron dar a ti [...] Una mujer que

lucha por progresar, una mujer que no se le dificultan las cosas, que siempre vive para ella, para sus hijos, para su persona algo que no la hace débil nada ni nadie. (Reyna, 30 años, casada)

En interesante ver que la noción de vida se refiere a significados positivos en comparación con los asignados a la madre, así, la vida toma sentido no sólo a través de las prácticas realizadas sino sobre la conformación de la identidad como mujer. Las fronteras que establece el sistema binario en donde la mujer se significa a través de la pasividad y la dependencia, los límites desaparecen ya que se combinan los elementos en las mujeres del acceso al trabajo remunerado, la responsabilidad y cuidado de los hijos y la identidad que se construye emotivamente sobre el logro y la realización.

Cada uno de mis trabajos se me han hecho muy diferentes y aunque yo me sentía la principio después de la música que no le iba a hacer dentro de una oficina porque estaba acostumbrada a la libertad, o sea, creo que superé mis propias metas porque si me gustó lo que hice, si me gustó y me fascinó. (Carmen, 40 años, divorciada)

Sin embargo, no podemos dejar de lado que sobre la identidad que se construye a través del éxito-logro y frente a una representación de la madre de vida inexistente, se encuentra una tensión entre las identidades de ser madre, trabajadora y exitosa que está en una constante renegociación en los límites que separa cada una de estas adscripciones identitarias, la maternidad, en tanto el cuidado de los hijos, representa en las entrevistadas un proceso complejo de definición y las identidades se renegocian constantemente entre su rol como madre y su vida laboral. La tensión que se genera a lo largo de las fronteras que construye el género está plasmada en los significados del descuido o carencias en cuidado de los hijos.

La responsabilidad de tener que sostener a mis hijos pero también la nostalgia, la tristeza de estar lejos de ellos [...]no estaba con ellos y gracias a Dios no les afectó, es parte de la vida que te toca sufrir porque es un sufrimiento al final cuando los hijos te confiesan “oh my God” no hay dolor más grande que ese, pero no les afectó mas profundamente [...] Porque si estuvieras aquí, pero te pierdes de todo eso, de estar con ellos, principalmente con mis hijos. Fueron como unas rajaditas de reproches porque ellos mismos miraban la situación respecto a las cosas materiales y el amor porque yo les daba un tiempo de calidad, de mucha calidad. (Bertha, viuda, 45 años)

Aquí por lo menos, lo que tengo aquí es seguro para mis hijas, las voy manteniendo. Si mi prioridad es que nunca las he podido atender, a la grandecita nunca la vi cuando trabajaba en el hotel, nunca la veía despierta, yo salía oficialmente a las siete, pero no, salía a las siete, ocho o nueve, salía y ya cuando llegaba, ya estaba dormida, la veía hasta el sábado. Mi mamá me decía que “al ojo del amo, amor del caballo” decía que “si se iba a trabajar a la calle a dónde las voy a ver mañana, en la calle”, es lo que hago con mis hijas, si no estoy con ellas, o sea, ni siquiera están creciendo conmigo, no puedo cuidarlas nada más porque tengo que trabajar para mantenerlas. (Carmen, divorciada, 40 años)

Podemos ver que la actividad laboral para las mujeres no sólo tiene que ver con la representación del esfuerzo o el logro con los que se construye una parte de la identidad de mujer; la frontera que separa su rol como trabajadora y como madre es, para las mujeres, una línea en la que se entra, se sale y se regresa de un papel a otro, pero toma una dimensión mayor cuando la tensión que se genera está dada en el efecto que puede ocasionar a terceros, los hijos, por el hecho de combinar ambas actividades. De esta manera, aunque el trabajo extradoméstico es la práctica del mantenimiento y sostén familiar adquiere, entonces, dos sentidos: por un lado, la realización y complemento de la identidad de género, y por el otro, la tensión que se refleja en la falta de cuidado y reproche de los hijos asignándole de esta manera significados de dolor, tristeza y nostalgia. Esto podría ser explicado, en palabras de Ortner y Whitehead (1996), como la proyección del género como la preocupación que las mujeres tienden a asumir sobre los miembros del hogar. La perspectiva culturalista lo interpretaría como la forma en que el sistema de lo imaginario-simbólico impone y normativiza simbólicamente las prácticas y de los sujetos, reproduciéndose el imaginario social, el cual, son las prácticas las que transforman los significados de las representaciones sociales, pero el proceso imaginal, mental, en el que se introyectan o se piensan las formas abstractas que simbolizan las prácticas, el imaginario continúa y se resiste a cambiar. Es por ello que en las prácticas de las mujeres las representaciones se transforman y cambian produciéndose una reconstrucción de la identidad; el imaginario social con respecto a la figura femenina sigue preservando y condicionando una identidad de lo “esperado”.

Encontramos también que cuando las entrevistadas se refieren a la migración, ubican que el hombre es quien interactúa con el exterior y la mujer se ubica dentro del rol de la maternidad. Por un lado, podemos decir que esta referencia responde al patrón de migración femenina donde el motivo se relaciona con el hombre y la falta de empleo de él, sin embargo, este evento toma

mayor significado ya que aunque al hombre se le define a través del deseo de regresar al lugar de origen, es la mujer la que define el camino y materializa el regreso al país, el significado está dado a través de la actividad laboral de la madre. Esta idea también deja ver, quizá, la construcción significativa del imaginario de nación que se construye desde el género a través de la representación del arraigo/desarraigo del territorio nacional referido en el símbolo de la tierra en el que se concibe de distintas maneras en el hombre y la mujer.

Estaban casi recién casados y se fueron a vivir a los Estados Unidos [...] Fue como migrantes, fueron a buscar mejorar la economía de los dos, mi papá no tenía trabajo en Sinaloa, todos sus hermanos de mi mamá emigraron a los Estados Unidos y se les invitó “acá vengan pueden encontrar trabajo”; consiguió trabajo mi papá con la ayuda de los tíos y estuvieron ahí por varios años, como tres, nació el primer niño, juntaron un dinerito, te emocionas de que ya quieres regresar a tu rancho, eso pasó más por mi papá que fue el que se quiso regresar más pronto, mi mamá dijo: “si no nos vamos a quedar acá nos regresamos y pronto porque mi plaza está en peligro” y, entonces, se regresaron a Culiacán. Mi mamá siempre trabajó, siempre de maestra. Mi mamá menciona sus primeros años laborales, el esfuerzo de las zonas rurales sin escuela, es la clásica maestra que está sentada arriba de las piedritas y los niños cada quién arriba de su piedrita y dando clases, esa ha sido mi mamá. Mi papá tenía tierras, sembraban, cultivaban maíz, no sé qué exactamente, un tiempo se dedicaba a eso no le funcionaba se empleaba en diferente, no tiene un oficio o una profesión fija. (Cecilia, soltera, 28 años)

En el relato de la siguiente entrevista podemos ver también que si bien los padres no emigran al extranjero, si lo hacen muchos años después a la ciudad de Tijuana. El proceso de la identidad también pasa por esta correspondencia con la figura de la madre caracterizada por una motivación y proyecto laboral, la diferenciación de género se da sobre la manera en que se significa al padre, es un permanente estancamiento.

Mis papás son originarios de Ocotlán, Jalisco. Mi papá y mi mamá de la Piedad, Michoacán. Ella nació en la Piedad, Michoacán, mi mamá es muy inteligente, fue muy estudiosa y como muy sufrida en el sentido de que como tenía hermanos más pequeños y veía que sus papás trabajaban para darle, nunca pedía, se conformaba, ella quería dar buen comportamiento. Ella quería ser química fármaco bióloga, se metió a trabajar muy chica no tanto por necesidad. Se casó y se salió de trabajar para casarse con mi papá, después, cuando yo tenía como tres años trabajó en el seguro social, fue en administrativo y se pensionó. Yo desde que me acuerdo trabaja, incluso, cuando se pensionó ella puso su negocio y quebró el negocio, nos venimos para acá,

entonces, el tiempo que estuvo en casa sin hacer nada ella casi se vuelve loca. Después, [en Tijuana] se empezó a dedicar a las ventas y le empezó a ir mucho mejor, hizo su red que era de multinivel y siguió trabajando, empezó a crecer y si le ha ido bien, pero desde que yo me acuerdo mi mamá trabaja. Mi papá, ¡ay mi papá!, mi papá es el contraste de mi mamá, mi papá no quiso estudiar, llegó hasta el sexto de primaria porque era más el relajo, desde muy chico empezó a trabajar también pero por gusto, entró a una de las empresas de Ocotlán, mi papá fue obrero, no pasó de más. (Verónica, soltera, 30 años)

Lo que podemos observar es que cuando una identidad se perfila dentro de los significados de mujer independiente, inteligente, estudiosa, también se asocia a significados como los de sufrida, conforme y, sobre todo, buen comportamiento; se utiliza una representación de “buena mujer” que se puede ubicar dentro de la imagen simbólica apropiada culturalmente y que a su vez se combina con la representación de “mujer trabajadora”, ambas representaciones nos indican que las fronteras del imaginario de género, sobre la imagen de la mujer, mantiene o resiste una parte en el que la emotividad y las relaciones familiares conforman su identidad que se reconstruye a partir de los espacios, la escuela y el trabajo, en los cuales se adscribe.

Sobre las prácticas que las mujeres realizan respecto a la actividad laboral o escolar encontramos que cuando las asociaciones de significados que las entrevistadas asignan a la figura materna corresponden a valores positivos, la frontera de la identidad en el que transita la madre como trabajadora no genera una condición de tensión identitaria. Sin embargo, los eventos como el divorcio y la migración son los que dan sentido a la forma en que se construye a la mujer.

La salida del lugar de origen y la residencia en ciudad de Tijuana dan forma a la figura de la madre y los aspectos que en ellas causa tensiones.

De chicos, mi mamá y mi papá se separan, él se queda en Culiacán, mi mamá se lanza con los cuatro hijos con una temática bastante fuerte[...] las crisis económicas estuvieron presentes todo el tiempo siempre estuvimos en escuelas de gobierno por lo mismo por la necesidad, nunca pensamos en dejar de estudiar por trabajar inclusive, pues ella hizo todo lo posible porque no se detuviera la educación de cada uno. (Cecilia, soltera, 28 años)

“El padre se queda” y “la madre se lanza” nos remite a la construcción de la figura femenina sobre la representación de salida y búsqueda permitiendo que el imaginario simbólico del género se transforme sobre las prácticas y, más aún, cuando el proyecto de vida tiene continuidad y se ve materializado en la educación de los hijos o en las nuevas identidades adquiridas.

Ella es una maestra jubilada y hace cinco años se hizo residente de los Estados Unidos y ha estado trabajando aquí cerca cruzando la línea a Estados Unidos por medios tiempos durante el día y vuelve al Colegio particular en Tijuana, o sea, está en las dos partes. La tirada de ella es que quiere estar más estable económicamente, la tirada es, se hace residente, quiero mi ciudadanía, quiero que me den servicios médicos a bajo costo, quiero, si es posible, un buen trabajo y quiero un domicilio allá, esa es su tirada. (Cecilia, soltera, 28 años)

Las distintas identidades que una mujer puede asumir dados por los distintos espacios de adscripción no resultan un conflicto o una tensión evidente en las fronteras simbólicas de cada una. Sin embargo, cuando se asocia la representación de arraigo-desarraigo del proyecto de ciudadana norteamericana, encontramos que las fronteras identitarias se ponen en tensión,

Ella es patriota de corazón, si ella se regresó a México no es tanto porque mi papá estaba inconforme, sino que, ella su patria, su amor a la bandera, la educación de los niños, eso lo trae pero en la sangre mas que religión, es más de amor a su patria.

¿Qué relación tiene con el género? La recreación cultural y la adquisición de una nueva identidad son elementos materializados que se combinan con el nivel mental-imaginal, es decir, sería un ensamblaje híbrido entre dos culturas: la norteamericana se exterioriza y la mexicana se internaliza. En segundo término se encuentra la representación de definición y ambivalencia en el que las mujeres convocan elementos simbólicos de certidumbre sobre los sentidos de sus prácticas; el imaginario de mujer se define sobre lugares y actividades de mayor solidez, ya sea sobre la pertenencia natural o de propósitos logrados. Al mismo tiempo, se construye sobre la ambivalencia o las posibilidades identitarias a las que se puede acceder. Sin embargo, si la frontera entre la identidad de madre y la identidad de trabajadora encuentran fácilmente los resquicios para poderse combinar, entonces, en ¿en qué otras fronteras de la identidad se da la

tensión? La posible respuesta, quizá, se encuentra en la frontera del matrimonio y el proyecto profesional o económico de la identidad en las mujeres.

Estamos en la frontera, cualquiera puede emocionarse por irse al otro lado o no, o irse al interior y hacer otra carrera diferente, pero no, o sea, siempre me vi aquí y aquí me veo y yo creo que aquí me voy a morir, soy de ideas conservadoras y en eso cabe casada para mí, prefiero no trabajar casada, prefiero dedicarme a mi casa, casada, que él se encargue de lo económico, le ayudo, claro que sí con mucho gusto, pero que no esté en mi el peso, que no esté en mí esa responsabilidad porque yo no quiero achacar las otras responsabilidades[...] Mi ideal, mi ilusión, ser una mujer casada y mi ilusión es formar una familia, cien por ciento mexicana [...] No está en mis planes hacerme ciudadana, una vez casada se pierde eso, o sea, créeme que yo me caso y no me importa, qué beneficios serán, el hospital o traer un carro con placas del otro lado y un carro [...] tengo en mi cabeza muy claro que quiero formar una familia, si agarro otra actividad se me va a alejar de esa fecha, no es lo mío por eso ni le entro a otra cosa. (Cecilia, soltera, 28 años)

Luego entonces, si la identidad se configura a través de la múltiple combinación, la representación simbólica de la identidad esperada del género puesta en el matrimonio es el que se resiste a transformarse, lo importante no es que el matrimonio sea una expectativa de la mujer sino que es la única y sobre todas las cosas.

Cuando a la madre se le asignan significados que a través de las prácticas se reconstruye el sistema simbólico pero en la identidad de género de las mujeres sigue conservando un espacio importante las experiencias de la maternidad, el matrimonio y el trabajo, sin embargo, la manera en que se percibe, se valora, se proyecta y se introyecta simbólicamente en cada una de las esferas en las que las mujeres se desenvuelven es lo que produce la conformación de la identidad de cada mujer. Sin embargo, lo que importa es ver cómo la presencia del imaginario del “otro” proporciona en la mujer su fuerza estructuradora. Los símbolos, tienen la virtud de convertir la experiencia individual en experiencia social, o viceversa, y de esa manera generar las condiciones mínimas de la pertenencia, por el efecto de compartir lo que las otras y otros sienten, desean, viven y planean, o sobre la diferencia rechazando, descalificando, o anulando lo que no es común o aceptado en el colectivo.

El identificarse o diferenciarse con una imagen es también la posibilidad de reconstruir la identidad dentro de un determinado momento y contexto, aunque existan ciertos elementos de identificación con la madre las mujeres no finalizan el proceso de consolidación de su identidad

de género. Es decir, las formas simbólicas que las mujeres aprenden de las relaciones que se establecen con la madre, o mujeres que se encuentran a su alrededor, son reproducidas a lo largo del tiempo hasta que la presencia e interacción con otras mujeres intervenga en su propia percepción del “ser mujer”, es el momento de modificar y transformar las formas simbólicas de género. La imagen de la madre se interpreta desde la posición en el que la entrevistada encuentra su actual identidad. La constante modificación que la identidad sufre está en función de las experiencias de cada mujer y un ejemplo lo podemos ver en el relato de Verónica. La imagen de la madre se construye sobre los logros laborales, de personalidad y carácter fuerte, pero aquí también se presenta la tensión que se genera en la combinación de las identidades: entre la maternidad y el trabajo:

Mi mamá ganaba más, la preparación, la ideología, todo, en ese sentido si fue más y siempre se vio que mi mamá predominó en el hogar, como que ella dirigía. Mi mamá es de carácter más dominante, más determinante, como que no se le cierra el mundo, ella busca pero sale adelante. El tiempo que estuvo en casa sin hacer nada, ella casi se vuelve loca y fue la primera vez que yo la disfruté como mamá, o sea, como que llegar a casa y que te estén recibiendo con la comida calientita, pero tu mamá. (Verónica, soltera, 30 años)

El imaginario social que construye simbólicamente a la mujer se encuentra en la equivalencia a la mujer-madre-alimentación y entra en tensión cuando las representaciones son transformadas sobre las prácticas o readecuación de los roles, éstos últimos son también simbólicamente asignados.

El proceso de identificación a través de la figura de una mujer exitosa y segura entra en crisis cuando se interpreta la propia experiencia de vida a partir de la figura del otro en donde el cambio de residencia pone en tensión la conformación de la identidad de género

Estuvimos en Ocotlán y nuestro cambio de residencia fue a Tijuana hace diez años. Yo lo viví muy feamente, nos ubicaba como huyendo del lugar, como si fuéramos prófugos [...] fue muy difícil para mí porque pues estaba viviendo la etapa más feliz de mi vida yo me sentía plena en todos los sentidos, éramos hijos de familia [...] de ser la niña que iba a la prepa, que no había una responsabilidad tan fuerte, de repente aquí, si tu no trabajas, no comemos, ubícate no, esto me lleva a crecer obviamente como persona a tener responsabilidades pero a la vez frustraciones [...] mi realidad era otra, muy diferente, me esforzaba en proyectar ese positivismo o ese no pasa nada. Yo ya no soy la misma, las cosas cambian, yo cambio, todo cambia, pero como que yo me resistía, como que yo no entendía que las cosas cambian, o sea, como que yo quería vivir las cosas

de igual manera y pues no, ya éramos otros, estamos en otra ciudad. Ahora de repente ya de encontrarme en un nivel superior, yo me siento ya más, más en el sentido de ya sé ganarme la vida, yo ya me puedo responsabilizar de mi [...] Siento como que mi vida se prolongó, o sea, como que mi crecimiento, aunque nunca terminas de crecer ni de aprender, como si se hubiera prolongado y hasta ahora de manera conciente y más tranquila empiezo a encontrar respuestas, empiezo a encontrar soluciones, sueños, aspiraciones, ya estoy grande, o sea, necesito definir qué voy a hacer. (Verónica, soltera, 28 años)

En este caso podemos apreciar que la entrevistada articula su identidad entre la felicidad, la familia y su niñez frente al sufrimiento, la responsabilidad y la edad madura. Así, la identidad no se resuelve de una vez y para siempre, la identidad de género se encuentra en la constante transformación dada en las rupturas y redefiniciones, sin embargo, estas modificaciones de la identidad se encuentran en constante tensión entre el proceso individual y las estructuras económicas, sociales y culturales. En el caso de Verónica podemos ver que al incidir una condición de estructura como es la migración y la crisis económica le permite, sobre una situación de tensión, redefinir su identidad logrando, quizá, resolver esta etapa.

Podemos decir que existe una tensión en las entrevistadas solteras y corresponde a la estructura de lo simbólico que impone el tiempo-edad de vida que también es social, los sujetos deben realizar determinadas actividades de acuerdo a su ciclo vital. Las edades son, como señala Julián Marías, históricas y se le asignan una forma social “hay una edad para jugar al aro, y otra para ser estudiante, y otra para ser académico, y si se deja de hacer alguna de esas cosas a su tiempo ya no se hará nunca” (1986:31). El tiempo de vida para las mujeres es irreversible y parecería que la identidad de género también está condicionada al tiempo: si en determinada edad no se es madre, esposa o profesionista, entonces, ¿qué se es? Las diferentes formas como la mujer construye su identidad genérica depende de la correspondencia con el sistema simbólico ya que impone pautas de comportamiento y al no ser cubiertas se buscan otras que encuentren cabida y, por ende, reconfigurar una identidad; si la identidad genérica no se construye sobre lo que se espera de la mujer, entonces, se reconstruye sobre otra dimensión imaginaria de mujer “La opción de la soltería como opción de vida, ahorita la mujer profesional independiente quiere progresar y ya no ve el matrimonio tanto como lo veían antes” (Verónica, soltera, 28 años). El imaginario de mujer continúa preservando elementos simbólicos que definen la identidad de género, tales como es el matrimonio y la maternidad, pero la posibilidad de nuevas experiencias de vida la redefine dentro de otras posibles formas simbólicas como es el acceso al trabajo, la

profesión, una segunda ciudadanía o la “soltería”. El término de soltería tiene una connotación simbólica que deriva de la condición de mujer “sola” respecto a la relación directa con el hombre, de la ausencia de él, en términos goffmanianos podría definirse como un estigma del sujeto, o bien, el género deviene en identidad desviante cuando las normas y comportamientos que el sistema simbólico y social impone no se ponen en práctica.

Cuando las mujeres se encuentran dentro del modelo establecido por el imaginario, es decir, que se dedican únicamente a la vida doméstica, encontramos una mayor homogeneidad en los significados que estas mujeres adquieren, representadas por la sumisión y dependencia. La construcción simbólica de la madre corresponde a la definición canónica de lo que responde al ser mujer.

La representación de sumisa-dependiente nos sirve para agrupar todos los significados que responden a tres formas en que las mujeres configuran su identidad; la primera es en la relación frente a la figura masculina, esposo, atribuyéndole a la mujer significados de “sumisa” y “obediente”; la interpretación de las entrevistadas es configurar a la madre en una situación desventajosa y dominada por la figura masculina; la obligación se asocia al sentido de las normas respecto a la alimentación, en cambio, la sumisión se asocia al sentido con el cuerpo y la sexualidad:

Pues mi mamá era muy obediente con mi papá, mi papá era que tenía que estar la comida servida, caliente; mi mamá no podía servirle un plato frío, una tortilla fría, no veía un tenedor o no veía el vaso, él no se sentaba, “no está todo listo”, él quería cuando se sentaba estar todo listo. Mi mamá siempre fue muy sumisa, su costumbre fue llegar virgen al matrimonio y, según ella, no tuvo novio antes de mi papá, según ella, no besó a nadie antes que mi papá, se casó virgen (Yolanda, soltera, 28 años).

Un segundo aspecto es la relación entre la independencia y la igualdad de género que es la oposición a la construcción simbólica de sumisión dependencia. La actividad laboral, aún siendo una continuación del trabajo doméstico, contribuye a la definición de la identidad de género sin soslayar la combinación de la identidad de mujer como esposa. La frontera simbólica entre trabajo y matrimonio se despliega para poder añadir nuevas formas de relación en pareja. Un último elemento que se desprende de lo anterior, se inserta sobre el imaginario social que hemos

visto con el grupo de mujeres solteras, el proyecto del matrimonio como una práctica que es parte de la vida de la mujer y que otorga nuevos significados para reconstruir la identidad de género, encontrando el sentido sobre el tiempo de vida en el que las mujeres jóvenes se encuentran.

Cuando se significa a la mujer-madre dentro de las prácticas del cuidado, las enseñanzas y la alimentación también se asocian con el significado de prohibición y encierro que está íntimamente relacionada con el ejercicio de dominación de una figura masculina.

Ella lo hacía, nos enseñó a todas a hacer manualidades, yo hago todo tipo de manualidades así como mujer de pueblo nos enseñó a todas y nos gustó hacerlo había tiempo tal vez para hacerlo, lo de tejer hasta la fecha yo tejo mucho, para la casa mi mamá era totalmente hogareña, mi mamá era la casa primero era una obligación sagrada la alimentación en la mañana al medio día y en la noche y era una mortificación si no comíamos y yo no, les doy de comer si les gustó, bueno, si no, ya les dará hambre. (Carolina, casada, 55 años)

El proceso de identificación con la madre está en constante juego en el momento en que se da la diferenciación entre “Ella” y “Yo”. Las enseñanzas del origen son aspectos que siguen considerándose como formas simbólicas que definen la identidad de género, sin embargo, la representación de la mujer alimentadora es la parte de diferenciación respecto al género. En todo caso, la identificación se asocia con el aprendizaje de un trabajo manual que, en determinado momento de la experiencia de vida, fue el recurso para obtener un ingreso económico pero también un espacio de libertad.

Me casé y nos aventamos así como par de mocosos que éramos, el mismo día que nos casamos vámonos a Tijuana, llegar aquí a Tijuana era estar encerrada totalmente que no me viera ni me hablara nadie, el no conocer nada, la falta de información, yo estaba encerrada. Mi papá era una persona que no nos dejaba andar con nadie y yo me caso con un hombre que, si por él hubiera sido, me hubiera sellado la boca, él nunca me dejó trabajar yo siempre estuve encerrada hasta que ya estaban grandecitas las dos niñas, dije tengo que hacer algo, tengo que ganar dinero, el trabajo de él era un trabajo raquítico, yo no sabía lo que era gastar un cinco, yo no tenía derecho y, dije, yo tengo que hacer algo, ahhh, que me invento hacer flores y ahí gané para comprarles sus vestidos de primera comunión a las dos niñas, como por tres años me sirvió, yo digo el empeño que uno le ponga a lo que le interesa porque yo me la aventaba sola [...] tenía un poco más de libertad (Carolina, soltera, 55 años)

La identidad de género de esta mujer se configura sobre la articulación de matrimonio, maternidad y trabajo que en ella no representa una tensión en las fronteras, eran actividades que

se podían complementar, sin embargo, lo que sí provoca la tensión en la identidad como mujer es la construcción del imaginario que se construye sobre el hombre, la apropiación de la representación de la masculinidad por parte de su esposo es la que le permite a ella reconfigurar su identidad que en algún momento de su experiencia respondía de manera dicotómica a los significados atribuidos al hombre.

Finalmente, vemos que sí existe una particularidad más en la forma en que se construyen los significados asociados al género por mujeres en una ciudad fronteriza es el de construir su significado a través de la experiencia migratoria de la madre y sólo desde el momento en que llega a la frontera, es decir, la mujer se configura ayudándose del imaginario de migrante que socialmente se ha reproducido en los lugares de destino. La identidad de la mujer aunque no se conforma sobre el aspecto laboral si lo hace sobre el de la familia y, más aún, sobre los significados de modernización y lucha y la búsqueda de metas; en mi opinión, son significados que encontramos en las identidades de los migrantes.

Mi mamá nunca ha trabajado allá, mi mamá aquí ha trabajado pero que su negocio lo ponga allá no, nunca ha trabajado allá [Estados Unidos] Mi mamá todavía como que se ha ido modernizando [...] Mi mamá decía que la mujer tiene que salir adelante, tiene que saberse defender, tiene que saber sobresalir y valerse por sí sola y lo mejor que puedes hacer es los estudios y eso es lo que te va a sacar adelante, gracias a Dios, no he sufrido de movimientos de casa, nuestra vida ha sido que la idea de estudiar, de terminar nuestra carrera, hacer un futuro y, gracias a Dios, nunca me metieron la idea de que por ser mujer te tienes que casar y casar y casar [...] estudie aquí en Tijuana, estuve trabajando aquí en Tijuana, hasta a penas hace un año que empecé a trabajar al otro lado (Lorena, casada, 27 años)

La identidad de género en una mujer que vive o nació en la ciudad de Tijuana, se configura por el sentido de la contingencia, es decir, aquella posibilidad que la frontera le brinda en el acceso a determinados espacios y la interiorización de un imaginario social que se produce y reproduce sobre la imagen del migrante.

Mi papá trabajó 40 años en E.U. en construcción agarró su migración como residente con amnistía cuando cruzan al otro lado y estuvo cruzando toda su vida, cruzaba 4 de la mañana, se iba a trabajar y regresaba a las cinco de la tarde, todos los días en la misma construcción [...] Mi mamá me dice que nunca usó zapatos, eran pobres en realidad, ellos no usaron zapatos, ella en el campo y sin zapatos y su familia, pues pobre. Mi mamá se vino aquí a Mexicali cuando tenía 18 años de edad a trabajar como sirvienta con una familia que ellos conocían y después mi mamá también se

fue a trabajar a E.U. también, ella misma fue y trabajó como sirvienta en Pasadena California ella estuvo trabajando allá por un año creo y después se regresó y conoció a mi pápa y se casó, ellos se conocieron aquí a dos casas donde vivían, era hermano de mi papá a un lado y el hermano de mi mamá ellos vinieron a vivir ahí cuando ella tenía 27 y él 35, ellos se conocieron y se casaron. (Yolanda, soltera, 30 años)

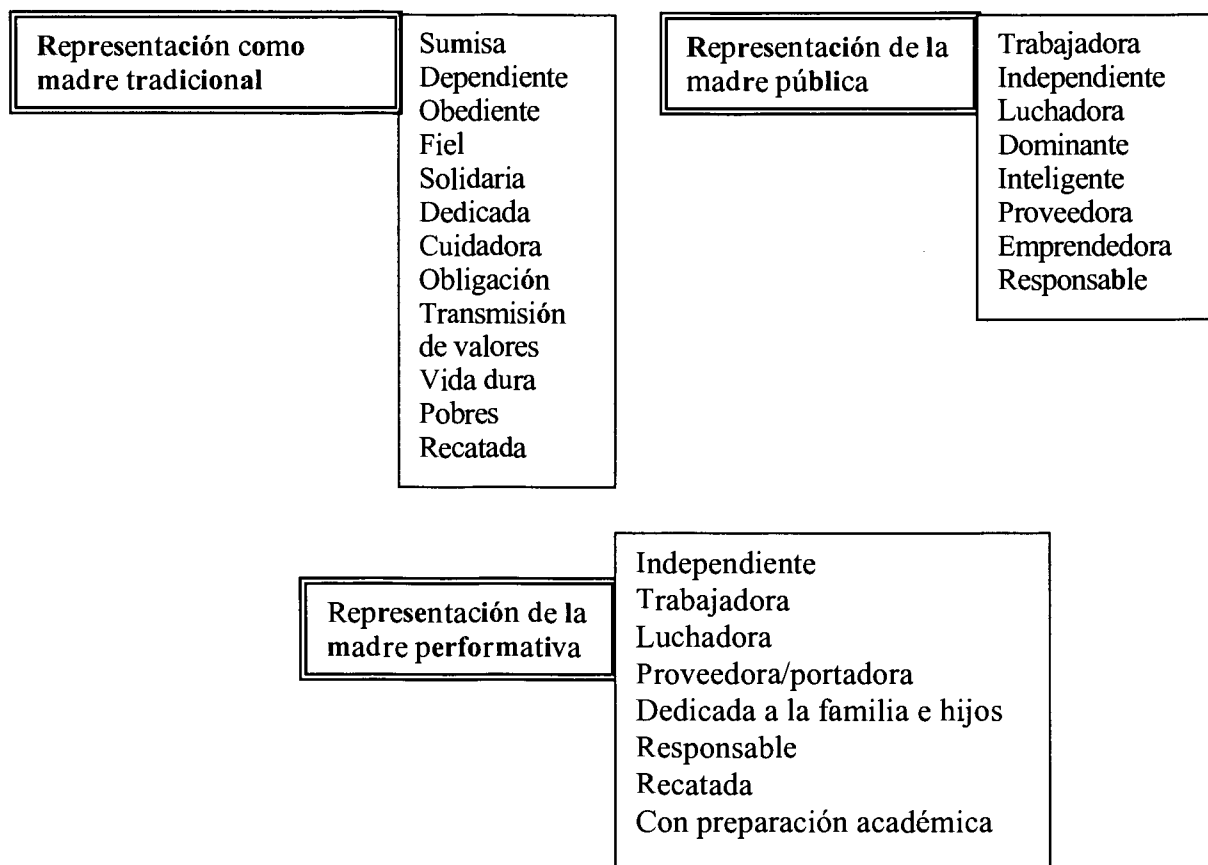
Lo que deja ver el relato de Yolanda, por una parte, la asociación de significados de pobreza, sufrimiento, carencia y resignación a las figuras de sus padres que fueron emigrantes, consideramos que esto corresponde a un imaginario social que se construye alrededor del migrante mexicano, es decir, la salida del lugar de origen están en función de la pobreza, y se acompaña del recuerdo representado por el esfuerzo y sufrimiento que es dejar el lugar de origen.

Finalmente hay dos aspectos más que resaltan en el proceso de identificación con la figura de la madre: primero, que la identidad de género de la mujer se conforma sobre la diferencia a la obligación de la práctica cotidiana del trabajo doméstico y servir a un otro, a la utilización de dicha práctica como generadora de recursos económicos

Me entró la espinita de irme a Estados Unidos, allá se gana más, yo que estoy sufriendo aquí, nunca he trabajado de eso, yo nunca he trabajado de niñera, yo jamás había limpiado casa, dije, me gustó, algo muy fácil es estar en tu casa haciendo nada en realidad y te pagan muy bien y me quedé, yo, dije, realmente no quiero estar toda mi vida trabajando de niñera, no voy a salir de niñera, gano bien, pero entre más ganaba más gastaba, compré mi carro, compré mis cosas personales, tenía ropa, tenía muchas cosas, ayudaba a mi mamá o que me iba de viaje, nunca he batallado de sufrir porque ganaba bien. (Yolanda, soltera, 28 años)

Como vimos anteriormente, los significados que se atribuían a la familia de origen, específicamente a la madre, era el de ser sirvienta y pobre, elementos simbólicos que ahora toman su dimensión respecto a la posición desde la cual se hace la interpretación, la identidad de género dada sobre la misma práctica toma un sentido distinto como una situación meramente transitoria y asociada con ventajas económicas.

A continuación presentamos un esquema que sintetiza las representaciones sociales que configuran la figura materna en las nueve entrevistadas:



Los significados que las entrevistadas asignaron a la figura de la madre están distribuidos sobre tres representaciones: la tradicional, la pública y la preformativa. Las dos primeras responden a las formas simbólicas que las entrevistadas interpretaron la figura materna a partir del papel que desempeñaban al interior de la familia de origen; de esta manera, a las madres que se les asignaban significados asociados a la forma tradicional eran principalmente mujeres que se encontraban dedicadas de tiempo completo al trabajo doméstico y cuidado de los hijos. Es importante señalar, como anteriormente lo dijimos de manera particular, que esta imagen de la madre se concebía como proyección de las entrevistadas como lo que no son ahora. Esta representación también se construye con el referente al hombre, al darse una ecuación entre mujer-hombre tradicional, es decir, ambas figuras respondían a las formas simbólicas que se esperan de su identidad. En cambio, la representación de la madre pública se relaciona a las

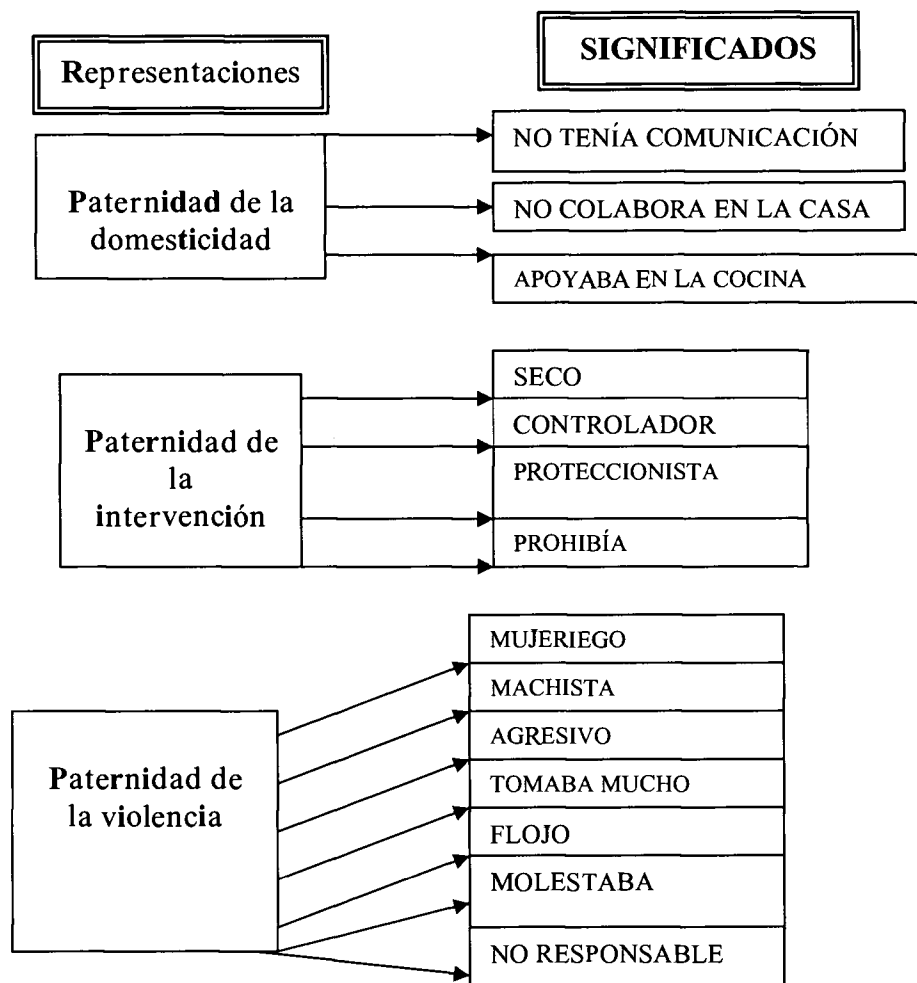
mujeres que se insertaron al mercado laboral, lo que significó para las entrevistadas una imagen de mujer que no correspondía al mandato cultural simbólico sino que las madres reflejaban las transformaciones en las formas simbólicas que las constituían como mujeres. Las actividades que realizaban como mujeres madres y la posición social (trabajo, nivel de escolaridad, divorcio o separación) fueron factores que ubicaron a la figura materna dentro del espacio público principalmente e influyeron, de acuerdo a los discursos de las mujeres entrevistadas, en la construcción de su identidad como mujer en la frontera. Esta representación también debe ser analizada en las relaciones sociales que se daban con la presencia de los hombres, los roles y la posición social y económica al interior del hogar fueron considerados como elementos que configuraron la imagen de la madre como mujer pública. El último rasgo que se desprende de dicha representación está relacionada al contexto histórico, al que nos referimos en el capítulo dos, en el que la población femenina, a nivel nacional, incrementó su participación en el mercado de trabajo y, a raíz de las crisis económicas donde los salarios se desplomaron y se dio un considerable incremento en las tasas de desempleo en la población masculina, la presencia de las mujeres al interior de la familia presentó una readecuación de los roles: como proveedoras únicas o portadoras de una parte del ingreso familia.

Finalmente, la tercera representación que la he denominado preformativa, aludiendo al término planteado por Butler (2000), ha sido construida a partir de las formas simbólicas que utilizan para definirse las mujeres entrevistadas, principalmente de las que son madres. Sobre estos significados que definen la identidad de género de las mujeres madres fronterizas, podemos distinguir la mezcla de dos órdenes simbólicos: el hegemónico referido a la tradición y el público que se cimienta en nuevas formas de concebir a la mujer en las sociedades contemporáneas. Las formas simbólicas del género están expresadas en las relaciones sociales y en los espacios públicos que las mujeres experimentan: las relaciones equitativas de pareja, el nivel de escolaridad, la actividad laboral, la aportación económica y la posibilidad de toma de decisiones, combinadas con la maternidad y la corporeidad en aspectos concebidos como tradicionales: el cuidado y dedicación a los hijos y a la concepción del cuerpo de la mujer.

➤ **Definiendo la identidad de género a través de la figura paterna.**

Así como podemos decir que la configuración primaria de la identidad de género comienza en la identificación con la madre, también, debemos decir que el hombre-padre es participe en la conformación del Yo, a través de la identidad esperada sobre el rol que socialmente deben cumplir. La identidad de género masculina estaría asociada a significados de proveedor-paternidad-trabajo haciendo un paralelismo con el de la mujer como maternidad-matrimonio-trabajo. Si bien, los ejes que estructuran la identidad del hombre no pasan por el peso simbólico de maternidad como un problema de la reproducción específico de la mujer y del cuidado a los hijos. El hombre no se configura desde ese ámbito de la reproducción biológica sino desde el ámbito laboral a partir del cual él debe corresponder con su paternidad y su rol de proveedor. Aunque los estudios de masculinidad (Gutmann, 1989; Badinter, 1992; Kimmel, 1995) han discutido las transformaciones simbólicas a partir de las prácticas de los hombres dentro del ámbito doméstico y la violencia asociada a la mujer, no permiten comprender cómo es que dicha transformación se refleja en el imaginario de género, es decir, cuando las mujeres siguen concibiendo el imaginario de hombre sobre las representaciones impuestas socialmente en el que él debe ser el proveedor. Aunque no se intenta despejar por completo esta duda, si queremos brindar un acercamiento mínimo de las formas en que se construye el imaginario hombre en mujeres de una ciudad fronteriza y cómo, según ellas, el hombre construye el de la mujer.

El siguiente esquema arroja todos los significados que las nueve entrevistadas sociaron para identificar la imagen del hombre.



Como podemos ver, los significados atribuidos al padre-hombre giran en torno a tres representaciones que se han construido con el fin de concentrar las principales referencias que las mujeres atribuyeron al padre.

La primera representación de la domesticidad, intenta concentrar todos los significados y prácticas que el hombre tenía en relación directa con el ámbito doméstico y con los que están dentro de ella, en este caso, los hijos y la esposa. Sin embargo, esta representación toma sentido cuando las entrevistadas al referirse a lo que hacía o no el padre en el hogar, señalaban las actividades que los hombres deben llevar a cabo en oposición a la mujer a la que se le asignan el trabajo al interior del hogar y a los hombre la función de proveedor.

Las mujeres son para estar en la casa, que las mujeres son unas simples criadas, eso eran todas sus palabras, o sea, comentarios que a una mujer no le agradan esos eran los comentarios que hacía mi papá. Por lo menos yo terminé la secundaria y fue con un gran esfuerzo, duré mucho tiempo para entrar a la escuela pero lo logré, terminé una carrera como programador analista, que me sirvió para yo trabajar como capturista de datos y ya me empecé a desenvolver, ahora me desenvuelvo más por el roce que tengo con otra gente porque me sirvió mucho terminar esa carrera como técnico, me desenvolví un poco más, me abrí un poco más, me quité el tapujo que tenía en los ojos, o sea, porque en la escuela pasan cosas muy diferentes y te relacionas con otras gentes que tienen otro nivel de vida más sociable. (Reyna, casada, 28 años).

La identidad se construye sobre la representación de la sociabilidad, elemento cultural que determina una condición más en la imagen dominante del género en el que las mujeres a partir de las actividades asociadas al ámbito privado se les niega la posibilidad de acceder al espacio público de las relaciones sociales. Esta identidad de la sociabilidad sólo tiene sentido cuando se construye por las prácticas y la inserción a los espacios que antes eran sólo de hombres. La interpretación también puede dirigirse en el que la identidad se construye a través de la imagen de Sor Juana Inés de la Cruz, la cual se presenta como la mujer que ante las negativas de una sociedad dominada por los hombres busca sus estrategias para continuar su preparación intelectual.

La segunda *representación es la de la intervención* que refiere al sentido en el que los hombres intervienen en la vida de las mujeres de manera directa, bajo un sentido de la propiedad y posesión, también, como el responsable de la manera en que la mujer se conduce. Dentro de esta representación podemos ver, por un lado, que el control y la prohibición hacia la mujer se establece sobre su capacidad intelectual y la sujeción del cuerpo, específicamente, la sexualidad.

A mi papá no le gustaba que nosotros saliéramos de nochecita, que fuéramos a un baile, nos costaba uuta... me vendía las salidas, me las cambiaba por echarle tortillas y cocinarle, si cocinas y tortearas, vas a poder ir una hora a la fiesta de tu amiga, siempre me cobraba algo, obviamente, no podía yo tener novio, mucho menos no se que me miraran, que un muchacho me agarrara la mano, uy si me daba un beso ya me tenía que casar porque ya me habían dado un beso, en esa época, no podías, no se usaba que tuvieras tu novio, que lo invitaras a tu casa y que estuvieras platicando ahí con él, no, por nada del mundo, ni aunque fuera el mejor hombre del mundo, todo lo tenías que hacer a escondidas. (Bertha, viuda, 45 años)

Los significados que se asocian en este testimonio es sobre el costo-beneficio que implica la sexualidad de la mujer en relación con el hombre ya que, dicha condición es, en la

interpretación de la entrevistada, una forma de configurar su identidad de género en el que el control y la prohibición es un valor dado y transmitido por la familia.

No soy un mujer de aventura, no ando de aventurera, no soy parrandera, no soy, más bien, me dediqué a las cosas de Dios y a la mejor como me fui por el camino de Dios, me fue bien en la vida, no anduve de allá ni para acá y fue porque lo aprendí desde niña con nuestras costumbres, nuestras raíces y nuestros valores, que se han perdido, yo los viví, los apliqué a mi estilo de vida. (Bertha, viuda, 45 años, Colima)

Cuando el control y la prohibición que configura el imaginario de mujer respecto a la “incapacidad natural” de la mujer por el conocimiento, virtud que el sistema simbólico asigna como propio del hombre.

Soy mujer y mi papá era muy machista, demasiado machista, entonces, eran con los hombres con los que más convivía, la mujer era ponte a coser, vete a lavar la ropa, vete de aquí. Mi papá siempre decía mejor consiguete a alguien y te casas, mi papá era de esas ideas que la mujer no sirve para estudiar y no la vas a hacer, siempre nos ponía hasta abajo, no la vas a hacer, mejor ponte a estudiar cocina, ponte a estudiar otra cosa. Yo terminé mi secundaria y mi papá me dijo vete a estudiar lo mismo que tu otra hermana cultura de belleza, no -le dije- yo quiero estudiar la prepa y fue un pleito con mi papá no vas a estudiar la prepa porque no la vas a hacer para qué, me dice, la mujer no es para eso, la mujer es para otra cosa, fui la única mujer que estudió la prepa en la casa pero mi papá nunca quiso que yo estudiara en eso sino una carrera sino en algo que fuera de la casa que fuera de una mujer. (Yolanda, soltera, 30 años, Tijuana).

Aquí se pueden distinguir dos aspectos en la configuración de la identidad de género; la primera es la posición desde la cual se emite la interpretación de la figura paterna-masculina, la evaluación que se da al hombre se basa en el cuestionamiento al sistema simbólico binario que configura la identidad de género, donde la mujer se ubica en el ámbito privado en el que sus prácticas remiten sólo y únicamente con el hogar. El segundo es la construcción propia de la condición de mujer en función de su nominación: “Soy mujer...y la única que estudió” ello la lleva construir una identidad de quebrantamiento con la imposición social del simbolismo que construye el imaginario de mujer.

El proteccionismo es un significado que se asigna a la imagen del hombre y que esta sólidamente anclado en el imaginario de género que las mujeres reproducen para construir a los hombres con los que han interactuando a lo largo de su vida. La figura del hombre como

protector adquiere sentido en las mujeres cuando está práctica es la esperada del género de los hombres, culturalmente el resguardo del hombre hacia la mujer tiende a interpretarse en los hombres que tienen derecho sobre las mujeres y que son de su propiedad lo que representa que ellas (madres, esposas e hijas) simbólicamente tienen que estar en función de las actividades del hombre y a su vez recibir de ellos lo que dicta el orden simbólico.

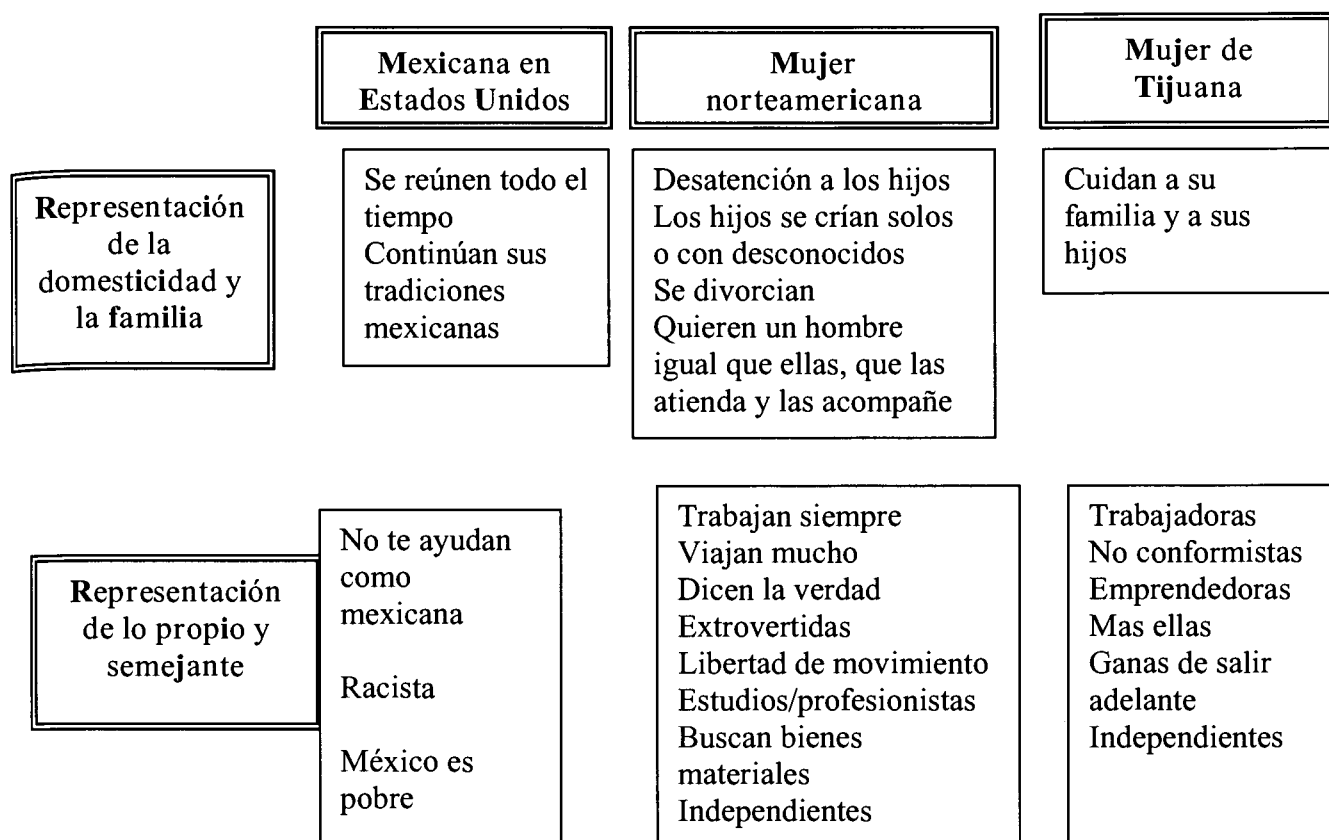
Finalmente, una tercera *representación es la de violencia* que remite a la figura “clásica” en el que se construye al hombre mexicano y cuya construcción está relacionada con determinados espacios y formas de relacionarse con las mujeres. Todos los significantes que conforman esta representación y que fueron evocados por las mujeres entrevistadas, vinculan el imaginario de hombre con el del mexicano. Dos identidades que complejizan la dirección de los sentidos que los sujetos atribuyen a sus prácticas y, aún más complicado, cuando a partir de esta representación y presencia que configura la identidad de género durante el proceso de identificación/ diferenciación, son en los relatos de las mujeres discernibles, confusos y ocultos. Es dar nombre y significado a una práctica que difícilmente las mujeres pueden relatar como experiencia vivida por todo lo que implica psicológica y simbólicamente una relación de violencia.

VI. La extranjera: construyendo la mezcla que redefine la identidad de frontera

La “otra mujer” es semejante al “yo mujer” cuando la identificación es a través del cuerpo, sin embargo, la diferenciación con el mismo sexo comienza frente a las distinciones de clase, raza y lugar de residencia. Es precisamente en esta distinción en la que se puede ubicar otra forma que se atribuye a la construcción de la identidad de género, particularmente de las mujeres que viven en la frontera. Es la mujer norteamericana y la mexicana que vive en los Estados Unidos la fuente de la alteridad de la mujer tijuanaense porque el proceso identitario se construye con base en tres representaciones: la primera es la atribución al cuerpo y la sexualidad, la segunda corresponde a elementos del ámbito doméstico y familiar, y un tercero que remite al reconocimiento individual. Los dos primeros se construyen dentro del proceso de diferenciación y el último es en la identificación.

A continuación presentamos los significados evocados que configuran a cada una de las imágenes femeninas.

	Mexicana en Estados Unidos	Mujer norteamericana	Mujer de Tijuana
Representación del cuerpo y la sexualidad	Poco arreglo personal Cabello teñido de rubio Asimilación a la mujer norteamericana Preferencia por hablar inglés Hablan en voz alta y sin escrúpulo	Interés primordial de su cuerpo Liberales/libertinas Sin pudor Relaciones sexuales Arreglo sencillo Frivolas	Recatada Medianamente liberal Abiertas Arreglo normal No hablan inglés



El cuerpo, su uso y apariencia es, también, una forma de remitir a elementos simbólicos que configuran la identidad de género, sin embargo, en las prácticas cotidianas de las mujeres encontramos las maneras en que se transforma y otras en las que se resiste la imagen de mujer. En la referencia sobre el cuerpo observamos que las mujeres de Tijuana manejan la condición simbólica de la figura virginal y pura en la mujer para distinguirse y dotarse de identidad sobre el imaginario que se construye alrededor de la mujer norteamericana, así, se configuran imágenes de mujeres contrapuestas que les dan sentido a las conductas a través de asignar valores de buenos/ malos a las conductas de los cuerpos.

La diferencia que existe entre la mujer de Tijuana y la mexicana en Estados Unidos marca por un lado, el sentido de la clase o estatus social que se establecen sobre las mismas condiciones de migración, pobreza u origen nacional que experimentan ambas mujeres y que, sin embargo, es su posición y apropiación del espacio de las mexicanas en el extranjero frente a la mujer de

Tijuana, pues esta última se quita el estigma de la extranjería ante el hecho de seguir conservando su presencia en el territorio nacional, mientras que, la otra mexicana es desposeída y ella misma se despoja de una pertenencia nacional atribuyéndoles estigmas e identidades etiquetadas: “las cholas”, “agringadas” y “racistas”.

Otro elemento que resalta en el proceso de diferenciación con la “Otra” se encuentra en el rol del matrimonio y la maternidad que socialmente se asigna a la mujer y, como hemos visto en los apartados anteriores, son los ejes en los que se construye la identidad femenina. De esta manera, la mujer de Tijuana reafirma su identidad respecto a la asunción de dicho papel.

Finalmente, la vinculación entre el sistema económico y cultural permite la identificación y, así, la mezcla de significados que constituyen la identidad de género de manera híbrida en donde las fronteras de la identidad de madre, de esposa y trabajadora, en el que está última refiere a significados similares con los de las norteamericanas; logrando, de esta manera, en la mujer de frontera una constante negociación y posibilidad de constituirse dentro de las tres formas para reconstruir el imaginario de mujer.

VII. Narrativas de género

De esta manera, podemos señalar que el vínculo entre la frontera, como contexto en el que se dan las experiencias de vida que dota de identidad, y las formas simbólicas de género se expresan a través del uso de la memoria, imaginarios y representaciones. La selección de los recuerdos para referir al lugar de origen están relacionados a significados de naturaleza, pobreza y sentimientos, los cuales están asociados a la diferenciación construida sobre las imágenes y lugares que se viven en la experiencia cotidiana con el país del norte el cual dota de formas culturales “modernas” y urbanas, a partir de dichas imágenes, la selección de los espacios y las imágenes dadas en el lugar de origen se plasman en el significado de lo cultural.

Los elementos simbólicos que configuran la memoria colectiva en los relatos de las entrevistadas tienen sus referentes en dos sentidos: la migración fue un evento importante para las entrevistadas tanto en la experiencia de la familia de origen y/o la propia que les dota de identidad al asumirse como migrantes o familiar de emigrantes. El sentido que fue seleccionado como significativo en la memoria fue la pobreza, problemas económicos y difíciles situaciones familiares que se vivían en el lugar de origen. De tal forma, podemos decir que en los relatos de las mujeres se perciben rasgos que evidencian una memoria colectiva a través del recuerdo de la migración la cual les dota de una identidad que recorre el sufrimiento, el esfuerzo y los logros.

Respecto a la construcción de la memoria de género podemos distinguir que se encuentra referido sobre dos referentes: el primero responde al conocimiento común de las figuras representativas de mujeres en la historia y cultura mexicana: la Malinche, Sor Juana y la Virgen de Guadalupe que traen a cuenta las entrevistadas para definir una suerte de identificación de género adscritas a la cultura nacional, es decir, sobre dichos referentes históricos-culturales las mujeres encuentran una semejanza y relación de esas imágenes seleccionadas con lo que constituyen su genealogía familiar. El otro aspecto que encontramos en la memoria colectiva de género es el uso de significados semejantes que atribuían a las mujeres de su familia (madres, abuelas, tías, etc.) donde el tiempo constituye en las entrevistadas un factor importante en la diferenciación de lo que antes era “ser mujer” y de lo que ahora “se vive como mujer”.

A partir de la construcción que las entrevistadas hicieron respecto a las figuras femeninas y masculinas (genealogía familiar, modelo padre/madre y extranjeras) distinguimos principalmente dos aspectos que constituyen las narrativas de género. El imaginario radical de género es expresado en la imagen de la mujer que se construye como madre-esposa-maternidad, encontramos que las entrevistadas reproducen dicho imaginario y que de manera efectiva orienta el sentido de su existencia como mujeres. Sin embargo, la reproducción del género entra en constantes tensiones cuando las prácticas y actividades que las mujeres realizan no son compatibles con el mandato cultural. El imaginario de género es reforzado aún más en la diferenciación con las mujeres extranjeras respecto a sus comportamientos y prácticas que para las entrevistadas se tornan diferentes.

Finalmente, las representaciones construidas a partir de la figura femenina oponiendo los significados de mujer madre/entrevistada, encontramos que las mujeres que viven en la frontera construyen en otras figuras femeninas representaciones dicotómicas y al referirse a ellas se expresan elementos de hibridación cultural respecto al género, la combinación de las mujeres con modelos tradicionales respecto a la maternidad, al cuerpo y la sexualidad; el modelo de la mujer en el espacio público como trabajadora y emprendedora y, finalmente, una cierta identificación con las mujeres estadounidenses respecto a la independencia económica y material.

CAPITULO CUATRO

NARRATIVAS DE NACIÓN: ENTRE LOS NICHOS TERRITORIALES Y LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DE TIJUANA Y MÉXICO.

*“Tijuana es la tierra de todos”
(Alma, soltera, 31 años)*

*“La libertad de vivir aquí como mexicano,
cerca de la frontera,
con las comodidades del americano,
eso sería lo de Tijuana
(Carmen, divorciada, 40 años)*

I. Introducción:

La identidad de las mujeres entrevistadas se configura y reconstruye, como hemos visto en el capítulo anterior, sobre la base de un imaginario de género el cual a través de un cuerpo sexuado se imponen normas, creencias, valores y comportamientos que deben ser asumidos y practicados para lograr adscribirse a un colectivo, de esta manera, la identificación se establece sobre lo femenino y lo masculino. Hemos visto que el género al ser una dimensión que define la identidad del sujeto es a su vez una dimensión colectiva pues en ella intervienen elementos socio-simbólicos que se encuentran inevitablemente en las identidades individuales. Señalamos que la identidad femenina que las mujeres construyen a través de la memoria, el imaginario y las representaciones de género se encuentran estrechamente relacionadas a mitos, prácticas y condiciones cotidianas que envuelven a una nación. Las narrativas de género se encuentran interactuando con la nación de manera directa a través del uso de la memoria o en la construcción del imaginario. Ahora intentaremos mostrar los elementos simbólicos que se encuentran en la percepción y definición de la identidad nacional de las nueve mujeres entrevistadas.

Los mexicanos edifican su identidad nacional sobre determinados pasajes de la historia, que han sido guías simbólicas para conformar su identificación como nación y, al mismo tiempo, formas ideológicas que los individuos incorporan para dar sentido a su identidad y origen nacional, en conjunto ello permite construir la memoria nacional o los imaginarios de nación.

La nación y la identidad nacional son parte de un mismo esquema referencial en la composición del Estado- nación, sin embargo, cada uno remite a formas y significados distintos. Para fines de este trabajo nos concentramos en construir el imaginario de nación y la percepción de las mujeres sobre la nacionalidad a partir de la cual se define la identidad nacional. El apartado primero tendrá el objetivo de esclarecer conceptualmente cada uno de estos términos. En los dos siguientes apartados (tres y cuatro) retomaremos el análisis de las nueve entrevistas a mujeres que viven en Tijuana para abordar las formas simbólicas que hacen del espacio y el territorio lugares en el que se ancla la identidad: un espacio pequeño dentro de la casa, la vivienda y la ciudad son nichos territoriales que permite un primer sentido de pertenencia identitaria.

El imaginario de la ciudad de Tijuana se construye sobre marcas simbólicas, las percepciones que las mujeres entrevistadas hacen de la ciudad permite ver que la frontera se configura en el marco de dos vidas: una en el espacio que se encarga de reproducir el sobre nombre de “La ciudad de la perdición”; y, la otra, en la que viven las mujeres de Tijuana, se edifica “la ciudad ideal”. Finalmente, en el tercer apartado reconstruimos el imaginario de nación para conocer las formas en que la vecindad con Estados Unidos y su condición de ciudad fronteriza configuran el sentido nacional de la identidad.

II. Nación y nacionalidad. El vínculo entre memoria, imaginario e identidad.

Tierra y patria han sido representaciones simbólicas que definen y configuran la idea abstracta de nación pero ¿en qué se basa su definición? Una primera definición estaría contemplando los distintos elementos que se adoptan para pertenecer a un grupo siempre en relación con valores y creencias. Sin embargo, esta definición carece del principal portador de la

nación, el cual es el acreedor y habilitador para darle continuidad a toda una serie de elementos que configuran el ser parte de una nación.

La nación es también integración y se basa en “la justificación de un orden político” (Bobes, 1994:8) y cultural dado sobre la creación de instituciones al interior de un territorio delimitado homogéneamente y representado por un Estado que garantice su funcionamiento, donde se ponen en práctica las subjetividades de los sujetos y la configuración de las identificaciones en el colectivo, que a su vez, configuran un imaginario colectivo.

La definición de nación ha presentado múltiples cambios a raíz de la conformación y debilitamiento del Estado-nación. El concepto de comunidades imaginadas desarrollado por Benedict Anderson (1983) nos permite ubicar teóricamente el problema relacionado con la construcción de pertenencia de un sentido nacional. Según este autor, la nación es una comunidad imaginada entre los miembros, por más pequeña que ésta sea y, aunque no se conozcan entre sí, cada uno vive en la imagen del otro en comunión. Las comunidades no deben distinguirse en función de la falsedad o verdad sino por el estilo en el que ellas son imaginadas. Anderson dice que no importa qué tan insignificantes sean las prácticas, lo que importa es llevar a cabo estas manifestaciones en un lugar diferente lejos del cobijo mismo de la nación. El autor particularmente se refiere a “los imperios” que son lugares propicios que le dan legitimidad a la comunidad. Esta idea de Anderson se podría interpretar en función de la relación al lugar desde el cual los sujetos construyen la nación y donde se tiende a reproducir las manifestaciones de la cultura, en tanto ésta última se encuentre en una situación de “vulnerabilidad” por su situación de minoría como lo puede representar las comunidades migrantes establecidas en sociedades con fuerte arraigo cultural; sin embargo, la idea de que la nación dota de una identidad compartida tendría que hacerse la pregunta ¿en cuáles elementos en el que se puede manifestar la nación se encuentra la identificación? En todo caso, la manifestación de la nación y la identificación entre los miembros de la nación puede llegar a cuestionarse de esta manera cuando ubicamos su construcción simbólica dentro de su propio territorio, ahí donde el concebirla encuentra sus propios límites porque se está dentro de ella pero junto al lugar “imperio” en el que se deben reforzar las manifestaciones. En otras palabras, construir a la nación desde su propio límite territorial genera que el sentido de pertenencia se defina no por las manifestaciones o prácticas

que utiliza para reproducirse sino por las formas simbólicas que ella adquiere cuando se pone en constante comparación y diferenciación como es el caso de las ciudades fronterizas y su vecindad con los Estados Unidos.

Cuando hablamos de la comparación y diferenciación pensamos en la definición de la existencia de una identidad colectiva en donde existe una confluencia de percepciones sociales y autopercepciones que definen una construcción imaginaria referida a cierto orden simbólico. En este último nivel la nación constituye un factor de organización y diferenciación entre los miembros del mismo colectivo basado en un orden simbólico tradicional que no se pone en cuestión y se torna como natural en los sujetos. El expresar los referentes de nación en otro lugar o contexto, la nación forma parte de los referentes primarios que configuran la identidad de los sujetos.

Todo lo anterior nos permite distinguir que las identidades se construyen a partir de identificaciones por pertenencia y adscripción. Los actores sociales pertenecen a determinado grupo a través de sus características y atributos personales, mientras que las adscriptivas surgen a través de los sistemas y concepciones amplias y generales. La nación es un identificador adscriptivo que involucra elementos objetivos: como el idioma, los mitos, las tradiciones comunes y subjetivas, que son construcciones semánticas mediante las cuales el grupo y el individuo establecen sus límites de adscripción.

Las formas sociales de adscribirse a la nación, así como de vivir y representar la pertenencia a la nación mexicana, son múltiples y se pueden encontrar a través de la memoria, la cultura y el imaginario nacional, que dotan de un conocimiento común a todos los miembros del colectivo y a la vez enfatizan los límites de la adscripción y la diferenciación frente a otras naciones. Expresar e imaginar a la nación y darle sentido puede ser un proceso complejo porque no sólo gira en torno a los héroes, a referentes tópicos, mitos y efemérides fundamentales, procesos históricos memorables, tradiciones significativas, apropiaciones del pasado y proyectos de futuro, sino a una serie de acontecimientos actuales y percepciones que se configuran en la interpretación de los “otros”, de aquellos que son externos a ella pero que ejercen una influencia, sea política o económica, en la definición misma de lo nacional. Este sería en todo caso la

que utiliza para reproducirse sino por las formas simbólicas que ella adquiere cuando se pone en constante comparación y diferenciación como es el caso de las ciudades fronterizas y su vecindad con los Estados Unidos.

Cuando hablamos de la comparación y diferenciación pensamos en la definición de la existencia de una identidad colectiva en donde existe una confluencia de percepciones sociales y autopercepciones que definen una construcción imaginaria referida a cierto orden simbólico. En este último nivel la nación constituye un factor de organización y diferenciación entre los miembros del mismo colectivo basado en un orden simbólico tradicional que no se pone en cuestión y se torna como natural en los sujetos. El expresar los referentes de nación en otro lugar o contexto, la nación forma parte de los referentes primarios que configuran la identidad de los sujetos.

Todo lo anterior nos permite distinguir que las identidades se construyen a partir de identificaciones por pertenencia y adscripción. Los actores sociales pertenecen a determinado grupo a través de sus características y atributos personales, mientras que las adscriptivas surgen a través de los sistemas y concepciones amplias y generales. La nación es un identificador adscriptivo que involucra elementos objetivos: como el idioma, los mitos, las tradiciones comunes y subjetivas, que son construcciones semánticas mediante las cuales el grupo y el individuo establecen sus límites de adscripción.

Las formas sociales de adscribirse a la nación, así como de vivir y representar la pertenencia a la nación mexicana, son múltiples y se pueden encontrar a través de la memoria, la cultura y el imaginario nacional, que dotan de un conocimiento común a todos los miembros del colectivo y a la vez enfatizan los límites de la adscripción y la diferenciación frente a otras naciones. Expresar e imaginar a la nación y darle sentido puede ser un proceso complejo porque no sólo gira en torno a los héroes, a referentes tópicos, mitos y efemérides fundamentales, procesos históricos memorables, tradiciones significativas, apropiaciones del pasado y proyectos de futuro, sino a una serie de acontecimientos actuales y percepciones que se configuran en la interpretación de los “otros”, de aquellos que son externos a ella pero que ejercen una influencia, sea política o económica, en la definición misma de lo nacional. Este sería en todo caso la

manera en que los sujetos que viven en una ciudad fronteriza construyen a la nación, a partir del conocimiento y las manifestaciones compartidas y las múltiples creencias y opiniones que son pronunciadas por parte de los propios mexicanos o extranjeros que viven en los Estados Unidos.

Anteriormente se señaló que las identidades se conforman en un sistema cultural-simbólico y que las personas se inscriben en diferentes ámbitos de interacción que delimitan su identidad. Luego entonces, las identidades se configuran desde experiencias “heredadas o familiares” (Dubar, 2002) y de “códigos comunes” (Bourdieu, 1995), pero también por intereses o experiencias compartidas o por adscripción a nuevos imaginarios colectivos (Valenzuela, 1998). Las identidades se expresan en las prácticas cotidianas de naturaleza íntima (el estado civil, la religión), también en las de carácter amplio, genérico, sistemático donde se conforman las comunidades imaginarias (identidad nacional, patrias, culturas, religiones, étnicas, de género).

Éstas definiciones permiten comprender como se define la nación, en la memoria y el imaginario, y adscripción identitaria a partir de la multiplicidad de pertenencias de los sujetos a distintas realidades. Gilberto Giménez (2002c) distingue tres dimensiones en donde se relacionan la cultura y el territorio:

- a) Primera dimensión: el territorio constituye por si mismo un espacio de adscripción de la cultura y, por tanto, equivale a una de sus formas de objetivación.
- b) Segunda dimensión: el territorio puede servir como marco o área de distribución de instituciones y prácticas culturales espacialmente localizadas, aunque no intrínsecamente ligadas a un determinado espacio.
- c) Tercera dimensión: el territorio puede ser apropiado subjetivamente como objeto de representación y de apego afectivo y, sobre todo, como símbolos de pertenencia socio-territorial.

Esta última dimensión nos permitirá identificar cómo es que los sujetos interiorizan el espacio integrándolo a su propio sistema cultural. El desplazamiento territorial físico no implica “desterritorialidad” en términos simbólicos y subjetivos. Las pertenencias a una región

sociocultural pueden observarse a través de los vínculos, la integración o motivación que se tiene con ella (Giménez, 2002c).

Tanto los imaginarios de nación y la pertenencia sociocultural del territorio, permitirán construir los repertorios físicos y simbólicos de nación y de lo mexicano. También, nos permite encontrar las distintas formas en que se construyen las identidades

Finalmente, la identidad que se define a partir de un territorio y de la nación se pone en juego cuando ella se mira desde un lugar distinto y rodeada de características distintas; el sentido nacional permite penetrar al “otro” y a partir de él redefinir el “Yo” nacional. Una manera más de pensar la identidad nacional es pensar en que se permanece y se cambia: la permanencia resultaría un cierre y regreso a la esencialización, el cambio es el que permite re construirse, transformarse en una constante presencia con la otredad, es mezclar y negociar a las naciones que el sujeto vive y experimenta. Es precisamente este constante cambio y transformación, que permite plantear, a un nivel teórico, los problemas de esas identidades adscriptivas, básicas en la modelación del sujeto, como fragmentos rígidos de la subjetividad que, en contextos como los de ciudades fronterizas, tienden a cambiar pero no de manera radical aún frente a la fuerte presencia de la alteridad; más bien, se difuminan en las prácticas y se refuerzan en los imaginarios.

El estudio de la construcción de la identidad nacional ha estado referido principalmente a la figura masculina y, aunque parezca contradictorio, los referentes nacionales están básicamente plasmados en imágenes femeninas. En algunos estudios puede verse representada la imagen masculina cuando se habla de comunidades específicas como los chicanos, los pachuchos, los latinos en donde se da por hecho que las mujeres entran irrestrictamente dentro de estas designaciones. Tradicionalmente son los hombres quienes han sido los representantes de la cultura nacional en el extranjero, es la imagen de los hombres y no de las mujeres, es el símbolo del hombre mexicano en el extranjero (marginado, pobre, trabajador agrícola, violento) pero la mujer permanece ajena a esa misma cultura..

➤ **Los estudios de la identidad nacional y su relación con las figuras femeninas y la frontera.**

Una primera aproximación en que la construcción de la identidad nacional en México ha dependido en buena medida de una paradójica asimilación del imaginario de la mexicanidad a los símbolos que constituyen el referente tradicional de identidad femenina. La identidad nacional ha aludido a un imaginario colectivo edificado sobre la base de una reconstrucción mítica de la relación conflictiva y desigual entre la cultura hispánica y la indígena. Como ha sido señalado en diversos análisis la identidad nacional en nuestro país trajo la elaboración del imaginario colectivo que se forjó a través de la reconstrucción mítica de lo que podemos llamar una vivencia social de la historia que se remontaría hasta la conquista por un lado la “malinche” y por el otro “la virgen de Guadalupe” (Paz, 1973; Bartra, 1987). La virgen de Guadalupe no sólo representa tanto la figura sincrética de fusión entre las culturas y los sentimientos de pertenencia de indios e hispanos, sino también es el primer símbolo que expresa la identidad nacional novohispana en su singularidad.

La importancia simbólica de la virgen permite reconocer el primer referente de una identidad que refiere a “lo mexicano” pero también, la elaboración que se construye del imaginario femenino en México (Serret, 1999). Con lo anterior podemos partir de un supuesto: la patria es vista como la madre venerada y respetada, y la representación de la mujer mexicana se construye a partir de la maternidad, la abnegación, la imagen de sometimiento de la mujer, de la sumisión y del sacrificio femenino, todo ello refuerza la figura mexicana.

Otro referente que permite construir la identidad nacional en el imaginario colectivo de México es la Malinche: indígena, amante y traductora de Hernán Cortés. Su persona refiere a la maldad, a la traición y a la alianza con los extraños (Paz, 1973).

Con base en estas dos imágenes de mujer, la identidad nacional se edifica entre lo religioso, lo mítico y lo laico, dentro del cual tanto la idea de lo femenino como la identidad nacional misma parecen estar referidas al contraste entre dos figuras polares representadas por la “guadalupana” y el “malinchismo” (Bejar y Rosales, 1999, Bartra, 1987). Ambas imágenes, aunque en sentidos encontrados, remiten, en lo que atañe a la identidad nacional, a la humillación

y al derrotismo de un pueblo conquistado y en lo que concierne al imaginario femenino, al sometimiento como destino.

Finalmente, la última línea que podemos precisar respecto a la identidad nacional es la que se relaciona con los valores y cultura mexicana de las personas que viven en frontera. Un par de investigaciones han intentado desmitificar las percepciones que se tienen respecto a la supuesta pérdida de valores nacionales cuando se piensa en la penetración e intensidad del contacto con el estilo de vida de los valores y visión del mundo de los Estados Unidos (Valdés-Villalva, 2000; Taylor, 2001). Lo que se resalta en estos textos es el hecho de que la visión del mundo o la identidad nacional depende menos de la vecindad geográfica que de la clase social, encontrándose que las clases medias y altas han venido aceptando progresivamente un modo de vida extranjero. También se detectan que “los mecanismos de resistencia cultural que han desarrollado los fronterizos en la lucha diaria de la defensa de lo propio... una propuesta ideológica popular central: seguir siendo mexicanos y no permitir la absorción cultural estadounidense” (Valdés-Villalva, 2000:359) Con Taylor se encuentran referencias de que existe una mayor aceptación en los nortños de los valores tradicionales de la cultura mexicana y que se sienten más patrióticos respecto a su significado (Taylor, 2001: 208).

De esta manera, la interpretación que a continuación se hace de los discurso de las entrevistadas respecto a los significados que atribuyen a la nación son analizados desde la memoria, el imaginario y las representaciones y tomando los elementos como el lugar/espacio, los referentes simbólicos nacionales y la configuración de la frontera. En conjunto todos estos aspectos conforman la identidad nacional en la frontera.

II. Tijuana: el nicho de la pertenencia y la identidad

Cuando se deja el lugar de origen que se supone representa la armonía y compenetración con un espacio, se reinicia una etapa de modificaciones, cambios y crisis de la identidad en un nuevo espacio, el lugar al que se llega. El primer contacto físico con el nuevo espacio impacta por sus diferencias evidentes: el panorama y las imágenes son otras, las personas tienen distintas formas

de hablar, de vestir, de comer, etc. y las dinámicas cotidianas son diferentes. En todo caso, la misma sensación de diferencia que experimentan las personas con el cambio puede darse tanto en la migración nivel local, regional o nacional.

El llegar a un lugar distinto al de origen construye al sujeto como distinto de los demás, del colectivo, convirtiéndolo en extranjero durante todo el tiempo que le lleva el proceso de adscripción y reconocimiento con el nuevo lugar y con los códigos comunes de la comunidad. De esta manera, la identidad que los sujetos construyen a través del espacio se hace posible a partir de dos formas de movilidad: a) un *cambio radical* de un lugar a otro, salir de la comunidad de origen y llegar a una nueva tierra para establecerse en ella permanentemente, define la identidad heterodirigida que distingue al sujeto recién llegado como el “otro” frente al “nosotros” de los nativos o integrados al colectivo; y b) de *entrada y salida* de distintos espacios, en la llegada la trayectoria habitacional que produce el cambio radical y, en el caso específico de las commuters de Tijuana, entrar y salir constantemente entre dos naciones; lo que configura al sujeto como nómada en términos de la oscilación continua entre la pertenencia y el extrañamiento. De esta manera, el sujeto que se ubica en la frontera tiende a oscilar su identidad entre la *pertenencia* al lugar de origen, luego al de residencia y más tarde al de la nación; y el *extrañamiento* con la llegada al lugar de residencia y más tarde al de otra nación.

Pertenecer a una ciudad y a una nación significa, como indica Maffesoli (2000), “la asignación a un sitio” como el reconocimiento y la reversibilidad entre un lugar y quienes lo ocupan. Para poder asumir y compartir una misma identidad con determinado colectivo cuando se viene de fuera, se necesita reconocer los nichos territoriales que parten de un punto de origen, un pequeño espacio situado en una casa habitación que lo envuelve el barrio, la ciudad, la región y el vasto mundo (Moles y Rohmer, 1972 citado por Giménez, 2003). El diagrama propuesto por ambos autores especifica siete territorios apilados en el que se inserta el sujeto: 1) el hombre y el gesto inmediato; 2) la recámara del departamento; 3) la casa o departamento; 4) el barrio; 5) la ciudad centrada; 6) la región; 7) el vasto mundo (2003: 25). El diagrama propuesto por estos autores nos permite entender el anclaje del sujeto sobre los distintos espacios territoriales en una situación de estabilidad habitacional y sin la posibilidad del evento migratorio. Es por ello, que a partir del diagrama de los nichos territoriales de Moles-Rohmer proponemos uno que contemple tanto los

nichos de la pertenencia territorial como los que se construyen sobre la movilidad espacial de los sujetos y la migración. Por supuesto, el diagrama está pensado en función de las pertenencias territoriales asociadas a las mujeres que viven en frontera. (Ver diagrama 1).

Lo que queremos mostrar en este diagrama es que las diferentes escalas y los distintos niveles que conforman la pluralidad del territorio, permiten al sujeto construir una determinada identidad de acuerdo al nivel en el que se ubique. De esta manera, podemos decir que el lugar de origen de las mujeres se desenvuelve tras el apilamiento ordenado de los territorios: la casa, la colonia, la ciudad, la nación y el vasto mundo. Cada uno de ellos le dota de un sentido de pertenencia de acuerdo a determinada escala, sin embargo, consideramos que el grado de importancia de un territorio está vinculado a un sistema simbólico, como el género, en el cual se desarrollan determinadas prácticas. En este caso, la importancia del nivel de la casa, la vivienda, toma un sentido particular para las mujeres ya que corresponde al espacio que simbólicamente le permite configurar su identidad de género a través de las prácticas que ahí se desarrollan. Por ello, este espacio es para la mujer el primero y más importante de los territorios al adscribirla como miembro a un colectivo de acuerdo al rol que socialmente se le asigna. Los otros niveles quedan relegados a un segundo y tercer orden de importancia.

Cuando se da el evento de la migración en la vida de las mujeres, los niveles territoriales sufren momentáneamente un cambio, la ciudad de residencia se convierte en el punto que dará sentido a su existencia en ese espacio. Durante esta etapa, la ciudad de Tijuana se transforma en el territorio que le dotará de una identidad particular, la de migrante (o hija de emigrantes). La vivienda se desplaza a un segundo nivel pues se vuelve un territorio inestable y ocasional, mientras que los demás niveles siguen envolviendo a los dos primeros pero son los territorios que no se viven cotidianamente.

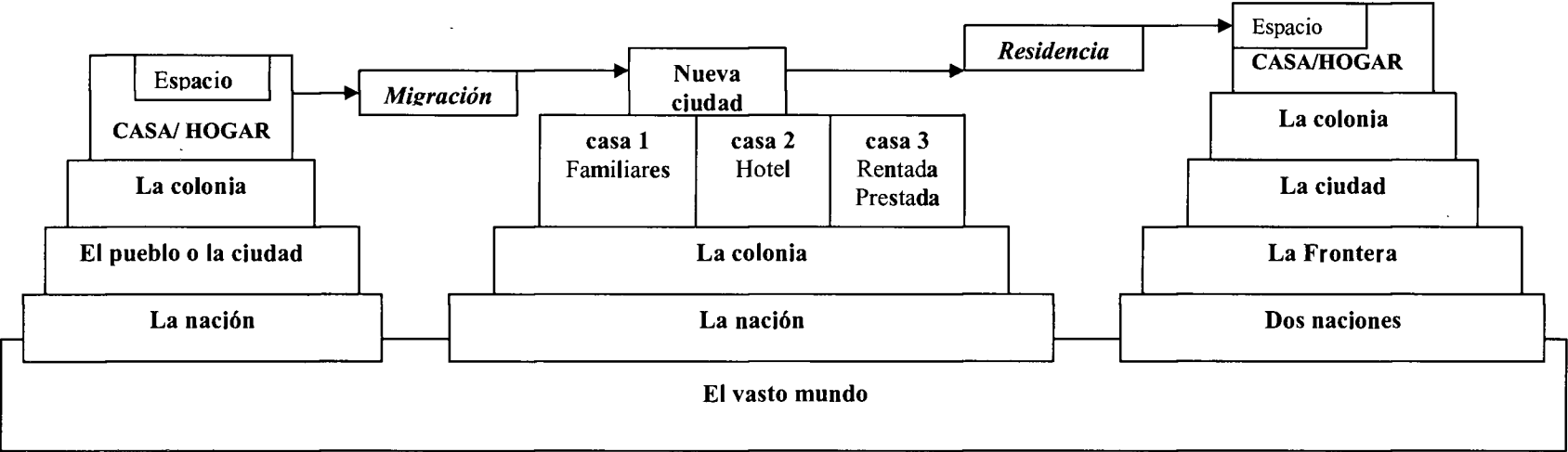
El periodo de migración se termina, al menos en el caso de las entrevistadas, cuando el tiempo de su residencia en la ciudad y las imágenes que la conforman se van haciendo habituales aunado a la obtención de una vivienda propia, el apilamiento del territorio nuevamente tiene su origen en la casa reconstruyendo de esta forma la identidad de género de las mujeres. Sin embargo, en esta etapa de movilidad territorial se añade un territorio más, el de la frontera, pues

en él se llevan a cabo prácticas cotidianas que también dotan de una identidad, el de mujeres “commuters”, que se origina por las relaciones laborales y comerciales entre las ciudades fronterizas sino también porque el cruzar la frontera se concibe como una práctica que integra al sujeto como parte del colectivo.

El nivel de la nación cobra mayor importancia en esta etapa posmigratoria, a diferencia de los anteriores estadios, porque ahora se vive a través de la diferenciación con la nación norteamericana sobre la configuración de determinadas resistencias culturales y, a su vez en el reconocimiento e identificación con esta nación tanto por su vínculo laboral-comercial como por el acceso al consumo cultural. Por ello, a este nivel territorial le nombramos como las “dos naciones” porque en la combinación entre ellas se reconfigura la identidad nacional.

La interpretación de la llegada, mirar y entender el lugar de acogida, es también el horizonte de cómo se construye la identidad individual, en su condición de mujer, migrante, de residente de Tijuana y luego de mexicana construyéndose en todas ellas sobre un mismo espacio y en un mismo tiempo. Pero es sobre el recuerdo que las mujeres hacen de su llegada a Tijuana y de su trayectoria habitacional que podemos comprender una parte del entramado de significados que configuran la identidad de frontera y, más adelante, la nacional.

Los nichos territoriales en la movilidad migratoria y habitacional de las mujeres



➤ El recuerdo de una ciudad: frío, lluvia y lodo.

Rastrear los significados que las mujeres atribuyen cuando recuerdan el momento de su llegada a Tijuana les permite reconstruir su identidad ahora dentro del movimiento y el espacio. Cabe señalar que todas las mujeres entrevistadas, o sus padres, llegan a Tijuana con un proyecto de residencia definitiva, situación que es diferente a la población migrante que se queda en esta ciudad sólo por algunos días mientras logran cruzar la frontera y llegar a los Estados Unidos para residir definitivamente.

El traslado se acompaña de incertidumbre y miedo sobre lo que se vivirá y de dónde se vivirá. Llegar en autobús a Tijuana implica un recorrido por el desierto, en algunos casos más de 24 horas, en otros menos y por avión todavía menos. El cuerpo es lo primero que se presenta ante lo desconocido o nuevo, pues implica escudriñar en los rostros de las personas que ya se encuentran ahí, mirar las construcciones y las calles, es sentir un nuevo clima; buscar “aquello” que dicen es Tijuana: la prostituta, el narcotraficante, el extranjero, los centros nocturnos, el migrante y, finalmente, el camino que lleva directo a la línea internacional. Luego, un descanso para emprender el siguiente itinerario por la ciudad, el movimiento para encontrar residencia en el nuevo lugar de residencia.

La construcción imaginaria que las mujeres construyen del lugar de residencia se interpreta sobre el conocimiento de los otros y se basan en representaciones que circulan y son transmitidas. Así, las entrevistadas crearon una imagen de Tijuana sobre lo que las personas predecían de lo que sucedería:

Mi abuela muy mortificada de que nos teníamos que venir para acá, la ciudad de la perdición, los niños se va a echar a perder cuando crezcan, era el temor de mi abuela, en esa ciudad no van a encontrar nada niños, ustedes se van a ir a esa ciudad, está muy fea, los van a echar a perder, van a estar solos, allá no hay ningún familiar, no va a haber quien los cuide, tu mamá va a tener que trabajar, ustedes van a estar solos, algo les puede suceder, la ciudad está muy mal, dicen muchas cosas de allá. (Cecilia, soltera, 28 años)

Este relato enfatiza la manera en que el sujeto reconstruye su pasado de acuerdo a su experiencia actual, remarcando la soledad y la perdición que supone el alejamiento o la

desintegración familiar causados por la falta de cuidado de la madre. En el relato de Cecilia podemos encontrar nuevamente cómo su identidad de género se reconfigura en la resistencia y rigidez de las fronteras entre madre-maternidad-trabajo lo que en el capítulo anterior hemos señalado como una forma de construir una narrativa de género que remite a la reproducción fiel del mandato cultural.

El mito que se funda sobre una ciudad que se originó por las actividades que en ella se realizaban: para el esparcimiento de los norteamericanos y la transacción mercantil entre los dos países, hace que se propague en la conciencia de las personas; pero la ciudad se desmitifica sobre la experiencia vivida y, ante todo, cuando la identificación que da la pertenencia a un lugar es totalmente disímil a la manera en que la concibe el individuo. Es decir, la identificación actual de la mujer con la ciudad es otra y se construye de otra forma, lo cual deja en el nivel de mito, sobre el imaginario, lo que las personas piensan que es Tijuana. Pero este imaginario que construyen personas externas a la ciudad, y al cual las entrevistadas aluden, tendría que analizarse sobre la concepción de lo no dicho, del fantasma simbólico que también define a la ciudad. Aquella imagen que no es Tijuana se redefine a través de formas simbólicas.

Mi papá me decía y hasta la fecha me sigue diciendo, que Tijuana es una ciudad donde solamente hay narcotraficantes, donde hay muchas prostitutas, muchos bares y que todo mundo está perdido, has de cuenta que es una ciudad como Sodoma, así, pero ni conoce. Yo la idea que tenía de Tijuana era que los hombres usaban sombrero, de que andaban en la calle con pistolas, que era un pueblote, así grandote, pero pueblo, tipo el oeste, así me imaginaba yo Tijuana, de repente me subo al avión, me le quedo viendo a todo mundo y efectivamente, venía gente, señores con sombrero, dije, si hay hombres con sombrero. Las calles como empedradas, como terracería, no una ciudad, yo no me la imaginaba una ciudad me imaginaba que era un pueblo grandote (Alma, soltera, 31 años).

El relato de Alma y Cecilia nos permite distinguir dos aspectos que se relacionan con la construcción del imaginario: el primero es la relación que se establece entre el imaginario que se construye a la ciudad de Tijuana y el imaginario de género. La definición que le dan a la ciudad las personas externas a ella (abuela y padre) corresponde a lo que constituye el lugar para las mujeres. Así, la ciudad fronteriza esta vinculada a los aspectos “prohibidos”, “negados” o “amenazantes” a la concepción cultural de los espacios que les corresponden a las mujeres: lo familiar, lo sagrado y lo no violento. De esta manera, los atributos de la ciudad no son propicios para el entorno de una mujer, de acuerdo al imaginario de género; la ciudad es sobreexpuesta en

sus condiciones de frontera pero solo en función del género ¿la ciudad se definiría distinto si un hombre decide ir a la ciudad de Tijuana? En todo caso, el género atribuye a los hombres la posibilidad de formar parte de ellos o bien enfrentar airoosamente los embates de la ciudad.

Por otra parte, es interesante encontrar la asociación entre pueblo-ciudad y sombreros-avión, pues son símbolos que remiten a lo moderno y tradicional. El sincretismo de la cultura de frontera, la mezcla cultural, son formas simbólicas que son expresadas en la cotidianidad de la ciudad y sobre las que se define.

Como se pudo observar en los relatos, las dos entrevistadas mencionan la perdición como el ítem fundacional del imaginario seguido por el de ciudad. Ambos configuran lo que Silva (1998) define como contenidos o producción fantasmal que permite construir el orden imaginario de la ciudad que se vive como si fuese real.

El tránsito de lo que se dice a lo que se vive en el momento de la llegada se desvanece en las cosas, es la puesta de la mirada en lo desconocido que subraya la pertenencia al lugar y al sentido dado a la experiencia vividas.

Yo recuerdo que era una parte tan fea, ahí empezó mi vía crucis, ahí empezó mi sufrimiento desde el primer momento que yo le puse un pie a Tijuana y no porque me tratara mal la vida, bueno, a lo mejor era un mal trato, se me hacía deprimente, cuando llegamos estaba lloviendo de pilón y, luego, las casas antiguamente, la mayoría, eran de madera y, ahorita, es rara la casa que es de madera, pero antes era de pura madera, se me hacía tan feo, parecía que entraba a un cajón, a un hueco. (Carolina, casada, 55 años)

Llegamos a Tijuana y yo veo un monstruo de ciudad y yo volteaba para todos lados, y yo veía puros cerros, yo veía casas y casas y, así, enorme, yo me sentía una pulguita en un mundo de ciudad, yo decía qué vamos a hacer (Verónica, soltera, 30 años).

Con los extractos anteriores vemos como la experiencia de vida en la que se ha ido configurando la identidad de las mujeres se hace nuevamente presente en el relato de la llegada. Una identidad que la configura el encierro y la prohibición y la otra sobre las ambivalencias frente a las grandes responsabilidades. El sentido del sufrimiento y el empequeñecimiento configuran las identidades de permanencia en el lugar, ahí, donde enfrentan las tensiones con la

frontera. La ciudad de Tijuana funciona como espacio en el que se configuran identidades que están relacionadas directamente con la experiencia vivida; las entrevistadas, Carolina y Verónica, recurren al recuerdo de las primeras imágenes que la ciudad les dotó para definir el proceso que han pasado para definir su identidad. Carolina asoció a la ciudad como un encierro relacionando su rol y posición que experimentó como esposa-madre a su llegada y durante el proceso deviene en libertad. La ciudad se torna como espejo de la mujer en su primer contacto fue vista como algo que ahora no es. Semejante es el relato de Verónica, la frontera se plasma como el tiempo de vida, el tránsito entre una etapa de vida a otra, la ciudad refleja el lugar amplio al que debe llegar.

Finalmente, la llegada a la ciudad se da a través del contacto con la naturaleza, en la vegetación, árboles y clima:

Recuerdo el día nublado, íbamos a Rosarito, un friazo, era todo tan diferente, al día siguiente, amaneció y salgo al patio, había un árbol de duraznos, en mi vida había visto un árbol de durazno. (Verónica, soltera, 28 años)

Estaba lloviendo y se me hizo que estaba haciendo frío, yo no estaba muy acostumbrada al frío porque yo venía de un lugar muy caliente y al siguiente día que ya pude ver bien lo que más me impresionaron fueron los cerros, donde quiera que volteaba había cerros y en los cerros había casas, yo estaba acostumbrada a ver montañas llenas de árboles y arriba no vivía la gente, aquí cerros donde había casas, pelones, como que todo muy seco, yo venía de ver una vegetación así exuberante y no me gustó (Alma, soltera, 31 años).

La pertenencia a un lugar se da en la comparación entre la percepción de la “región vivida”, lo que la gente aprecia de su propia región como una entidad con un dominante natural, y la percepción de la “región polarizada” como un centro urbano ligado a la periferia, su composición está dada por los flujos centrípetos y centrífugos (Giménez. 2003:37). En otras palabras, la construcción de la identidad de la ciudad de Tijuana se concibe como una región que ha sido edificada sobre el tránsito de personas, de la urbanización y la tecnología y se diferencia con otras regiones en las que predomina el paisaje natural.

➤ **La vivienda como icono del imaginario del migrante a Tijuana.**

Las imágenes habituales del mundo exterior son inseparables de nuestra persona (Halbawachs, 1992). Con la migración experimentamos un periodo de incertidumbre como si hubiéramos dejado atrás nuestra propia personalidad y esto sucede cuando nos vemos obligados a cambiar a nuevos ambientes e iniciar el proceso de apropiación y pertenencia al nuevo espacio. No es sólo la incomodidad lo que acompaña un cambio de hábitos en el medio ambiente es la huella de nosotros y la de otros. Nuestra casa, su mobiliario, su arreglo general y su decoración, nos recuerda nos hace miembros de una familia, pero también, en ella se plasma la dinámica de los significados que definen la identidad de las personas, dice Halbawachs, que “el espacio que nos rodea refleja lo que nos distingue y los lazos que nos unen a varios grupos”. La vivienda, y las cosas dentro de ella, son parte de la sociedad, son motivos de evaluaciones y comparaciones, revelan la mezcla o incorporación de elementos culturales, los recuerdos de las viejas costumbres o las distinciones sociales. La casa o la vivienda es la materialización de un símbolo asociado al género porque la familia y la maternidad deben sustentarse sobre un hogar, ahí, en ese espacio, es en el que se reproducen las distintas formas identitarias de los miembros. Si bien, el espacio como objeto en sí mismo no cambia, la transformación se produce con la interpretación que hacen los sujetos de él al atribuirle funciones o significados dándole sentido a la pertenencia y permanencia al lugar.

El “tener casa” y el “llegar a tener casa” son dos formas distintas de entender la apropiación subjetiva de un objeto y las maneras de asociar significados; la primera remite al lugar y al tiempo presente e inmediato en el que el individuo y el grupo familiar está instalado para poder ser definido desde afuera como un conjunto de personas que viven en una misma casa o departamento; la segunda, es el itinerario de imágenes que proyectan la identidad de las personas y en el que se pueden identificar determinados objetos o pequeños espacios que son relevantes para ellas porque adquieren un significado inteligible y único en la construcción del sí mismo o del grupo.

La imagen del lugar evoca pensamientos acerca de una actividad individual o grupal y la vivienda o casa, específicamente, evoca los significados entrelazados entre mujer, territorio y

nación, en el que se conjugan el imaginario de género, de nación y del migrante en un mismo espacio: la vivienda.

La identidad individual sigue anclada en lo social a través del imaginario, la memoria, vista en el espacio y en el movimiento. Así se construye la identidad fronteriza basada en la movilidad y el espacio.

De esta manera, las mujeres que llegan a la ciudad fronteriza de Tijuana inician la búsqueda de su nicho original dentro de un barrio y una ciudad. Partimos del pequeño lugar situado en la casa habitación que las mujeres simbolizan y asocian en la configuración de la identidad:

Mi hermano, que ya estaba acá con su familia, me prestó un cuartito que no tenía baño, no tenía nada, ni para hacer nuestras necesidades, nada, el cuartito tenía techo de lámina y en invierno era durísimo, aparte se goteaba. Después, él compró un terreno y ya hizo su casita y ya nos movimos, nos movimos a una casa más o menos grandecita y me dio un cuarto para mí y para mis hijos pues ya vivíamos ahí un poco mas decentemente. Después de que yo me salí de con mi hermano pude pus tener esta casita que ahora es de nosotros, hemos ido arreglando un poco más la casita por pedazos: los pisos, que el baño, no teníamos más que un cuartuchito ahí para el baño, yo siempre soñé con tener mi baño bonito, ponerle un boiler, tener agua caliente, abrir la llave y que me caiga agua caliente y pues, hicimos el baño de mis sueños. (Bertha, viuda, 45 años)

Encontrar el nicho original, un lugar dentro de la casa y la casa en si misma, constituye un proceso largo y difícil, aún teniendo redes de ayuda, que se traduce en la propia identificación del sujeto. Podemos observar en el relato anterior dos maneras de asociar la construcción de la identidad con el proceso que se vivió en la trayectoria habitacional. Pasar del cuartito, al cuarto y luego a la casita es un reflejo del ascenso social que sirve como anclaje a un estatus social que impacta sobre la identidad. Podemos ver que el ascenso se inicia sobre la representación de la pobreza, llega a un estado intermedio hasta finalmente encontrar su propio lugar, el ideal. Aquí se construye la identidad del “avance” en el que se entrelaza mujer y nación sobre representaciones que se construyen de manera dicotómica como es la pobreza-riqueza, los de arriba y los de abajo. La segunda manera en que se asocia el espacio y la identidad se encuentra en aquel espacio dentro de la vivienda como el lugar donde inicia su pertenencia territorial; la imagen del baño puede adquirir múltiples significados, sin embargo, el que nos interesa por ahora es el que se

asocia a un lugar que no existe y que es necesario para la subsistencia, el esfuerzo es el que posibilita llegar a construir y proveerse de un lugar.

Llegamos sin nada, cada quien con su ropa y una que otra cobija porque ni almohada y estuvimos como dos años en la casa de mi tía y ya de ahí fue cuando mi papá compró y nos fuimos a batallar hasta acá, al florido, era un baldío, un vil baldío donde vivíamos, lo empezó a limpiar mi papá, pusimos una lona y ahí vivíamos debajo de la lona, y poco a poco hizo mi papá un pozo y era el baño y levantó unas paredes para que fuera el baño y, luego, otras paredes a las dos semanas para una recámara, pero vivimos como dos semanas bajo una lona, o sea, porque no había dinero, pero ya se empezó a ver por lo menos no desear la comida, poco a poco nuestro ambiente fue cambiando y ya se hizo un poco más rápido la construcción de las paredes y, luego, se levantó una recámara y ahí nos hicimos bola todos, compró un colchón mi papá y lo tendimos abajo en el suelo, luego, se compró una estufa de petróleo o de gas, no sé, y un refrigerador chiquito, al principio teníamos una hielera y comprábamos hielo todos los días para mantener la leche fría y el jamón y cositas que ocupábamos traer porque no teníamos nada, o sea, ni platos ni nada todo desechables, vasos desechables (Reyna, casada, 30 años).

La llegada representa no tener “nada” y refiere nuevamente a la inexistencia de un lugar propio desde el momento que se abandonó el nicho original ubicado en el lugar de origen. El cambio a un nuevo territorio, originado por la migración, puede significar la llegada a un nuevo espacio pero en el que no necesariamente se tiene el nicho original, la vivienda; por ello nos preguntamos ¿aún así se tiene pertenencia territorial a nivel local? En todo caso yo me inclinaría por el no, si bien, el espacio baldío, como refiere la entrevistada, no cuenta con las características que socialmente se imponen para ser miembro de un colectivo, o al menos, las que cohesionan a una ciudad; es hasta el levantamiento de una estructura sólida que permite ser parte del colectivo; mientras se es parte de las identidades desviantes o etiquetadas (los que aún no tienen un lugar propio) la sociedad o grupo hegemónico nomina a esta población a través de representaciones negativas en función de simbolizar a aquellos que no están en posibilidades de reproducir el sistema simbólico, que se vuelve convenciones sociales, para ser y reconócelos como parte de colectivo. Es por ello, que la vivienda es importante en la construcción de la identidad individual porque es en ese lugar donde la mujer es parte de un colectivo.

Ambas entrevistadas construyen su identidad desde la inexistencia o carencias materiales y se reconstruyen sobre el esfuerzo hasta encontrar una pertenencia, identificación y autorreconocimiento promovida por la obtención de bienes materiales. Las representaciones que

se configuran alrededor de la obtención de la vivienda plantean que ésta última representa en ambas entrevistadas el símbolo que define su identidad como mujeres de frontera que el proceso de identidad inició desde la percepción de inexistencia, reconstruyéndose sobre el esfuerzo y definirse actualmente como mujeres con logros.

Una de las prácticas que también permiten configurar la identidad en Tijuana es la que relatan las entrevistadas respecto al llamado “*open house*” el cual tiene por objetivo regalar y proveer enseres domésticos y muebles, entre otras cosas, para recibir al migrante recién llegado. El festín se hace cuando el migrante adquirió, después de mucho trabajo, su primera vivienda y lo hace adscribirse a una nueva identidad, la de tijuanaense; el ritual es que los invitados al entrar a la nueva casa cargados con todas las cosas que la decoraran provisionalmente, también, se acompañen de cazuelas con comida que al final se quedarán como las primeras habitantes de la cocina. Esta práctica adquiere un sentido especial cuando se asocian los significados que se asignan a la población que vive en Tijuana, el sentido de solidaridad y fraternidad se anclan fuertemente en la conciencia de las personas. La práctica en si misma es un ejemplo más de la identidad híbrida de la ciudad, pues ella es una reproducción de las prácticas que las personas adscrita a una comunidad de emigrantes en Estados Unidos realizan para dar a los recién llegados la pertenencia a un grupo en comparación con Tijuana que si es sobre la llegada a la ciudad.

➤ **Tijuana: la ciudad de la doble vida. “La ciudad de la perdición” y “la ciudad ideal”.**

Así, la ciudad es el quinto nivel en el diagrama de Moles y Romer (1972) dentro de la clasificación de territorio identitario. La ciudad de Tijuana no puede dejar de ser vista como una construcción del “símbolo urbano”, señala Silva (1992) que es una “deducción de la imagen de la ciudad, entendida ésta como construcción social de un imaginario” (pág. 118) Es el particular fantasma urbano de la ciudad de Tijuana que funciona como el principio fundamental del imaginario simbólico para manifestarse bajo la marca de un lugar como sitio territorial (Silva, 1992: 98). “La ciudad de la perdición” como se conoce a Tijuana, representa una marca simbólica para ella, es vivida como experiencia colectiva, que supuestamente ubica el lugar en el que norteamericanos y nacionales interactuaban bajo un mismo interés “el placer”, Hoy, este espacio histórico de la “*party* (fiesta) se conoce con la zona del centro, ahí la calle Revolución, la catedral, el mercado y la calle primera; un espacio en el que se mezcla diversión, fe, comercio y prostitución, es ahí también, el lugar en que se llevan a cabo las transacciones de la droga al menudeo, aún más, es la zona en que se concentra la mayor parte de los hoteles que los “polleros” utilizan para hospedar a sus clientes mientras “da hora” de emprender el viaje; todo ello configura simbólicamente el sobre nombre de la “Ciudad de la perdición”. En el centro, justo al final de la calle Revolución está el puente que lleva a la línea Internacional de San Ysidro. Es en la “línea” en donde se ve entrar y salir de Estados Unidos a muchos tijuanenses, ya sea a pie o en automóvil. Desde la línea se llega a la otra zona de Tijuana, la periferia, en el que se concentra la mayor parte de los habitantes de la ciudad, la mezcla entre los recién llegados y los que tienen más tiempo, esa es su frontera interna. Cabe preguntarse ¿cómo el imaginario de la ciudad, anclada en la idea de la perdición, es construido por las mujeres? Intentemos responder a la pregunta a partir de los propios elementos simbólicos que las entrevistadas dan a la propia ciudad.

Distinguimos que la imagen de la ciudad de Tijuana está construida a través de lo vivido, éstas se pueden plantear, siguiendo a Aguilar, Nieto y Cinco (2001), con el término de experiencia urbana, y yo añadiría *fronteriza*, que supone un cierto proceso de traducción o categorización de un conjunto de sensaciones, cogniciones y prácticas en términos que son

socialmente reconocidos como pertinentes (2001:168) para encontrar ahí coincidencias que socialmente construyen el imaginario de la ciudad fronteriza.

Encontramos que la identidad vinculada al lugar que se construye sobre la imagen de la ciudad de Tijuana se configura por la percepción y las imágenes que se conforman a partir de las experiencias personales o colectivas. La identidad de la ciudad es la evocación de los habitantes con la intención de caracterizar su lugar, sobre su diferencia con otros lugares. Las entrevistadas desplegaron una serie de ideas, metáforas, que definen a la ciudad fronteriza de una manera simbólica; su identidad de la ciudad se puede configurar sobre tres representaciones: por la pluralidad, las oportunidades y la vecindad con los Estados Unidos.

En primer lugar encontramos que la ciudad de Tijuana es vivida sobre valores “positivos” y “negativos”; los primeros están asociados dentro de tres representaciones:

a) El espacio fronterizo como ***oportunidad***: el aspecto económico es fundamental en la vida cotidiana porque es el que le da sentido tanto a la obtención de bienes materiales como respecto al sentido que se da al salir del lugar de origen. Es una práctica, el trabajo, una de las condiciones necesarias para la identificación del lugar y, de tal forma, de la identidad de los habitantes de la frontera. Todas las entrevistadas refirieron la actividad laboral como esa otra forma simbólica en la que la imagen de Tijuana se edifica.

“Una ciudad con muchas puertas abiertas para el progreso, o sea, porque tienes muchas maneras de progresar porque cuando quieres progresar, yo digo, es la ciudad que te da más (Reyna, casada, 30 años).

“Nos ha dado mucho a mucha gente que venimos de fuera” (Bertha, viuda, 45 años).

“Tijuana es una ciudad de oportunidades, mucha oportunidad de trabajo en un nivel bajo, la gente puede salir muy fácilmente adelante”. (Yolanda, soltera, 30 años).

Aquí nuevamente se encuentra una asociación cuando se les pregunta a las entrevistadas ¿qué le gusta y que no le gusta de la ciudad? Después de una primera serie de significaciones positivas,

incluyendo el trabajo, remiten el problema de la pobreza y marginación en la que viven muchas familias y la violencia en la vida cotidiana de la ciudad.

“Cerros detenidos con llantas en donde vive la gente, los cañones donde vive la gente” (Bertha, viuda, 45 años).

“Van llegando, se va ampliando o van surgiendo las colonias...” (Verónica, soltera, 30 años).

La drogadicción, el robo, la falta de limpieza, la corrupción, el hacinamiento, el gobierno y los deficientes servicios públicos, son los aspectos vinculados al crecimiento de la ciudad lo que representa una evaluación negativa de la frontera y se genera por la constante llegada de nuevos migrantes.

b) El espacio fronterizo como *vecindad*: la relación cotidiana con los Estados Unidos ofrece una forma específica de vivir la frontera. La vecindad otorga significados que hacen de Tijuana “la ciudad ideal”, por encima de las desventajas cotidianas.

Es el beneficio económico y la comodidad, principalmente, lo que funciona como la táctica, en términos De Charteau (1997), de su acción calculada, ya que la entrada y la salida de los Estados Unidos por parte de los residentes con pasaporte, es una ausencia de lugar propio en el terreno del Otro, los norteamericanos, actuando sobre la organización y la ley de ellos, aprovecha las ocasiones y depende de ellas para acumular los beneficios y aumentar lo propio. Llegar al país extranjero, como el no lugar, les permite una movilidad sigilosa que dura un día o una semana, pero que las utiliza en las “fallas”, o debilidad, del poder norteamericano. Las mujeres fronterizas son protagonistas de la táctica, utilizando la identidad heteronominada de pobres y débiles, convirtiéndose en el más fuerte por el sólo hecho de poder moverse en el no lugar, tomar las ventajas, y salir.

Al mismo tiempo, la libertad y el consumo funcionan como la estrategia en Tijuana, las hace tener lugar propio, delimitado y autónomo; les hace ser un sujeto de “voluntad y poder” (De Charteau, 1997: 42).

“Queremos estar aquí en Tijuana a lo mejor cerca de Estados Unidos, pues sí, por sus beneficios de lo económico y lo bonito” (Cecilia, soltera, 28 años).

“Estar aquí en Tijuana, como yo tenía la chance de ir y ganar allá y gastármelo acá”. (Bertha, viuda, 45 años).

“La comodidad de que vivas con la libertad de México y que puedas ir a comprar, que puedas ir a buscar mejores ofertas a Estados Unidos” (Lorena, casada, 27 años).

“Puedes aprovechar lo bueno de los dos países, puedes aprovechar las especiales, tanto económicamente como las diversiones y los entretenimientos de los dos países” (Lorena, casada, 28 años).

“La libertad de vivir aquí como mexicano cerca de la frontera con las comodidades del americano, eso sería lo de Tijuana” (Carmen, divorciada, 40 años).

c) El espacio fronterizo como la *pluralidad*: es el conjunto de aspectos sensibles/sensoriales dados para nominar a la ciudad sobre lo que las personas viven y siente, sería como la “personalidad de la ciudad”. Encontramos que el sentimiento-emotividad es una forma de simbolizar a los habitantes de Tijuana, el amor y la personalidad son los sentidos que le dan en un primer momento su pertenencia:

“Nadie la cuida pero todos la quieren, nadie cuida a Tijuana y la queremos mucho” (Verónica, soltera, 28 años).

“Somos muy abiertos y muy querendones” (Lorena, casada, 27 años).

Los significados que las mujeres evocan sobre la ciudad corresponden a una idea asociada con el género, es un significado maternal de su relación evocada no sólo al uso femenino del vocabulario, sino en el sentido metafórico, como lo usan Lakoff y Jonson (1980), que impregna la vida cotidiana sobre la forma de actuar y pensar en el que se recurre a la metáfora “para entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra” (1980:41). Así, podemos decir que los significados que estructuran la identidad nacional a través de una figura femenina son de igual manera aplicados en la concepción de una ciudad:

“Para mí Tijuana me hizo vivir muchas experiencias bonitas y disfrutar de muchas cosas que he disfrutado para mí Tijuana me ha tratado muy bien” (Reyna, casada, 30 años).

“Un Tijuana muy noble, a un Tijuana que abraza, a un Tijuana que acoge, a un Tijuana que da la mano” (Verónica, soltera, 30 años).

“ Ciudad que me recibió con los brazos abiertos” (Carolina, casada, 55 años).

“Tengo a mi gente, tengo libertad” (Yolanda, soltera, 30 años).

La pluralidad se refiere al reconocimiento de la diversidad cultural, ser parte de un lugar en el que se interactúa con una multitud de formas de ver y vivir un mismo espacio.

“Es una ciudad de mucho futuro es muy noble por lo mismo porque aceptan a ese tipo de gente y hay mucha gente que viene con esa mira nada más con cruzarse y que ve que tiene demasiado futuro Tijuana y por eso se queda aquí” (Lorena, casada, 27 años).

Esta entrevistada tiene, como se vio en el capítulo tres, la característica de ser hija de padres migrantes y nacer en la ciudad de Tijuana; podemos distinguir en esta entrevistada que el significado de pluralidad tiende a asociarse a la nobleza de los tijuaneños y la riqueza de la ciudad. Podríamos interpretar que las generaciones jóvenes nacidas en esta ciudad se apropian del espacio y reproducen formas sutiles de discriminación, que si bien no están dichas literalmente, el sentido que la entrevistada le da a la llegada de migrantes es una manera de construir la identidad colectiva ante la alteridad, en este caso personas que buscan mejorar su vida.

“Tijuana es la tierra de todos, de todos lados aquí te encuentras” (Alma, soltera, 31 años)

“Tijuana está hecho de gente del interior de todas partes” (Carolina, casada, 55 años)

Llama la atención que el significado de la supuesta tolerancia se encuentra en función de las características particulares de la ciudad en la que coexisten y conviven distintas culturas, étnias, géneros, edades, etc., sin embargo, la ciudad está definida a partir de la alteridad que supone a todos aquellos que vienen de fuera y a los que se le asignan significados relacionados a la violencia, corrupción, etc. Así, las personas que provienen del “sur” de México o los mexicanos residentes en Estados Unidos o los norteamericanos, responden a una identidad etiquetada o desviante para los habitantes de la ciudad. Esto quedaría asociado a que la atribución del sobrenombre de la ciudad y desde el cual se ha construido el fantasma imaginario de la frontera,

no corresponde con las prácticas y sentidos que las habitantes fronterizas experimentan, pues para ellas en todo caso “la perdición” es generada por los que vienen de fuera. Es el señalamiento oculto de la diferencia:

“Gente indecisa que trabaja de mala gana porque se quiere ir, hace barbaridades o se emborracha” (Cecilia, soltera, 28 años).

“Es cuna de narcotraficantes” (Bertha, viuda, 45 años).

“Mucha gente que no es de aquí y viene a manchar, vienen de paso, vienen a hacer desastres, vienen a robar, vienen a prostituirse a agarrar dinero fácil” (Lorena, casada, 27 años).

“Los pobrecitos que llegan con el afán de pasar a Estado Unidos” (Carolina, casada, 55 años).

Las experiencias de vida y el proceso de identificación diferenciación que los sujetos viven; el uso de la memoria y la construcción del imaginario de género y nación, están formuladas desde su identidad de mujeres fronterizas, insertas en un imaginario y una memoria colectiva que construyen una ciudad desde el espacio menos visible, un lugar dentro de la casa, luego, la vivienda en la que se configura la pertenencia a un colectivo y, finalmente, la ciudad en la que se pueden asumir dos formas de vida al mismo tiempo.

IV. México: La nación que se mira desde tres lugares.

No podríamos asumir desde un inicio la homogeneidad de la nación, mucho menos, la forma en que ésta se concibe. Por ello es preciso analizarla desde los diferentes referentes simbólicos que la configuran y que es percibida por las mujeres a través del reflejo de la vida cotidiana, del momento y contexto específico de elaboración de significados. De esta manera, la interacción de las prácticas y los sentidos cotidianos que las mujeres experimentan junto a los elementos que conforman el imaginario de nación permiten construir la identidad nacional. El entramado entre el género, la frontera y la nación como construcciones culturales y espaciales que configuran identidad y, más aún, narrativas que permiten comprender el grado de pertenencia o identificación nacional. La definición como mexicana(o) esta en función de la apropiación de los

significados y de las manifestaciones compartidas con el colectivo que el propio sujeto incorpora a su sistema simbólico. También la autopercepción toma sentido sobre la información y referentes culturales que se comparta con el grupo y la manera en que se incorporan para definir la identidad.

Recordemos que son mujeres con una experiencia particular de vida, con una identidad de género e inmersas en un espacio urbano fronterizo, lugar desde donde ellas definen de distintas maneras las formas en que puede concebirse una nación. Estas últimas pueden ser sobre la historia o el patrimonio, las instituciones o simplemente por su naturaleza y geografía, y, sin embargo, se simbolizan para dar sentido a la construcción de la identidad, dar sentido y forma al lugar al que pertenecen.

Reconstruir nuestro pasado es al mismo tiempo reconstruirnos a nosotros mismos. Es en todo caso, la memoria social y en el proceso de ambas reconstrucciones que forjan las representaciones sociales, o bien, sustentan el fundamento de la identidad colectiva. La pertenencia a un grupo condicionan los elementos del pasado que permiten que las representaciones y la identidad actual se configuren en los intereses, necesidades, creencias y valores del grupo. Es en la integración del presente con el pasado lo que posibilita la continuidad del grupo, de su identidad, de sus valores y de sus raíces. Así, la identidad nacional adquiere un sentido no solo grupal sino que a nivel individual sirve para dar coherencia a las prácticas y significado a la propia experiencia de vida.

Encontramos tres categorías o ejes que evocan el sentido nacional de las mujeres en la frontera: a) emblemas nacionales, paisajes y personajes famosos anclados al pasado; b) elementos políticos y organizativos vinculados al presente; c) la identidad relacionada a un “nosotros”, la religión y elementos asociados a la emotividad/subjetividad.

a) *Emblemas Nacionales, paisajes, presencia arquitectónica y personajes famosos anclados al pasado.*

Son asociaciones simbólicas relacionadas con imágenes, eventos, fechas conmemorativas, fiestas, personajes que, vinculados a la memoria colectiva, constituyen una manera de construir la identidad sobre la identificación con alguno de estos símbolos. De esta manera, la nación es apropiada como el territorio que constituye un espacio de adscripción sobre las expresiones o formas objetivizadas.

Emblemas nacionales	Paisajes	Presencia arquitectónica	Fechas y fiestas	Estados de la República	Personajes famosos
Bandera	Playas	Ruinas	El día del grito	Querétaro	Miguel Hidalgo
Himno nacional	Vegetación	(Teotihuacan, Palenque)	El 15 de septiembre	Guadalajara	Benito Juárez
Honores	Selva			Distrito Federal	Carranza
Trajes típicos	Desierto	Catedral	El 20 de noviembre	Tijuana	Pancho Villa
Comida	Fauna	Iglesias locales		Chiapas	Zapata
Calzón de manta	Recursos naturales	Centro Cultural	La Guelaguetza	Oaxaca	Malinche
Huarache				Guanajuato	Porfirio Díaz
Campesino				Zacatecas	Frida Khalo
Casita de teja	Lago de Monte Albán	Zona industrial del norte	El día de la bandera	Cancún	Diego Rivera
Ranchero				Jalisco	Octavio Paz
Burro				Chihuahua	La Adelita
Mariachi					Sor Juana Inés de la Cruz
Indígena	Cañada del Cobre	Palacio de gobierno	Bailes folklóricos		Josefa Ortiz de Domínguez
Pueblito de casitas de adobe					
Idioma	Cascadas de Agua Azul	Auditorio Nacional	La charrería		
Artesanía					
Colores	Nevado de Colima	Alhóndiga	Revolución de 1910		
		Plaza de Toros			

Cuando se les preguntaba a las mujeres qué era lo que distinguía a México, qué figuras de la historia les llamaban más la atención y qué postales enviarían a un extranjero para mostrar lo que es México; podemos ver que los símbolos y las imágenes asociadas configuran una fuerte relación entre las representaciones de los emblemas nacionales y los personajes históricos con la memoria colectiva. Así, la representación del emblema tiene diferentes imágenes que refieren a las distintas culturas de México. Los personajes históricos permiten un recorrido por la historia y en el cual resurgen las figuras prototípicas de las mujeres mexicanas de la historia y las que han sido icono en la configuración de la identidad nacional.

En segundo lugar podemos observar que las representaciones del paisaje y la presencia arquitectónica resultan significativos para ellas; el paisaje construye el imaginario de nación de la forma más original y natural, es el lugar de la nación que se representa sobre lo inmaculado y virginal. La representación de la arquitectura se configura por lugares que por su uso remiten a una dimensión histórica; la representación arquitectónica nos lleva a distintos lugares y distintas épocas: el prehispánico, el novohispano, el independista, el decimonónico y, finalmente, las construcciones modernas del siglo XX, en el norte, sur y centro de México.

Finalmente, el imaginario de nación también se configura, aunque con menor frecuencia, en la representación de las fiestas y días nacionales y ello se encuentra relacionado con un aspecto importante que se logró extraer de las entrevistas y es que las mujeres que viven en la ciudad fronteriza no ubican una celebración conmemorativa que funcione como un espacio de reproducción de la identidad nacional, pues las fiestas existentes en la ciudad de Tijuana están estrechamente asociadas a las celebraciones de la sociedad norteamericana. Sin embargo, cuando algunas de ellas, recuerdan las fiestas locales de su lugar de origen, se incrementa la lista. Sólo que éstas se quedaron como recuerdo de la experiencia vivida pues ninguna declara celebrarla en su actual residencia. Las palabras de las entrevistadas muestran el sentido simbólico en el cual la nación se construye también en el recuerdo:

De hecho no me he desprendido de ello sino que simplemente no se acostumbran aquí, o sea, no se acostumbran y dicen que a tierra que llegues debes hacer lo que vieres, o sea, tus raíces no las olvidas. El triqui triqui no le falla a las niñas, el triqui triqui [Halloween] y lo que es la fiesta de pascua, o sea, la de los huevos y ahora cada año vamos también a la navidad americana, al día de la acción de gracias, en noviembre al otro lado. (Carmen, divorciada, 40 años)

Pues lo que es católica nada más, la cuaresma, la crucifixión en viernes santo, sábado y domingo y jueves santo, se celebra aquí la última semana de noviembre el día del thanks giving es una tradición del otro lado, es el día de gracias, se hace el pavo, a mi papá le regalaban el pavo y nosotros celebrábamos el thanks giving, pero es una tradición americana pero como estamos tan cerca de Estados Unidos nosotros celebrábamos su tradición, es la tradición que nosotros celebrábamos pero día de muertos como se celebra al sur de México no, de ir al panteón y celebrar no. (Yolanda, soltera, 28 años).

[¿En tu familia festejan alguna fiesta nacional?] Realmente no, aquí nunca, de hecho ni salimos, vemos el grito sí, porque nos gusta verlo [por televisión] cuando sacan al presidente y todo pero de que hagamos festividades nosotros no. (Lorena, casada, 27 años)

Aquí sería necesario precisar tres elementos que están relacionados en la conformación de la identidad nacional: la imagen de la nación se construye en la mezcla entre la memoria de lo mexicano (a través de las experiencias y las raíces) y las celebraciones de la nación norteamericana. También, podemos observar que la vecindad con los Estados Unidos funciona como justificación sobre las prácticas similares de los norteamericanos. Finalmente, las prácticas nacionales para las mujeres de Tijuana, particularmente de Lorena que nació en Tijuana, se vuelven solo imágenes mediáticas.

b) Elementos políticos y organizativos vinculados al presente: es la información o los referentes que fueron proporcionados principalmente por los mass media y sobre lo que las entrevistadas vierten su opinión respecto a lo que actualmente significa la nación: los elementos políticos, sociales y económicos. De esta manera, vemos que las entrevistadas se apropian de la nación relacionándola como el espacio en que se distribuyen, actúan y simbolizan las instituciones y los sujetos políticos. Su opinión nos permite observar los significados negativos sobre las imágenes de la nación mexicana sobre las condiciones de vida en general.

Figura presidencial e instituciones política	Elementos de condiciones materiales	Elementos de calidad de vida
Vicente Fox (figura de hombre mexicano) Paternalismo Mentiras de los gobernantes Gobierno que roba Enriquecimiento de los gobernantes PPI PRD Ideologías de otros países Plataformas políticas Sistema legislativo desorganizado Zafarranchos de los diputados Discuten temas irrelevantes José López Portillo * Miguel de la Madrid * Salinas de Gortari * Ernesto Zedillo**	Reducción del empleo Obtener una casa Crisis económica Bajos salarios Pobreza Desempleo Carencia de recursos	No hay educación Diferencias sociales marcadas Drogadicción Narcotráfico Libertad de culto Niños de la calle Contaminación de ríos Corrupción Inseguridad Injusticias Desigualdad Contaminación Poca justicia

* Las entrevistadas refirieron a dichos presidentes que si bien representan a una memoria colectiva de la política nacional pero para ellas el recordarlos es fundamental para construir el presente de la nación. A ellos se les atañe en algunos momentos la responsabilidad de las condiciones actuales que vive el país.

La imagen de nación también se representa en las presencias humanas de carácter público y las referencias de las condiciones de vida de los habitantes de una nación. Es el espacio público, el de la política, la economía y la sociedad en el que se gestan las representaciones que construyen el presente. La supuesta apertura a los medios de comunicación como una forma de democratización del sistema político, genera en la población un acervo de información de los temas, problemas o sucesos que se da en la esfera política como en un lugar a lo largo del territorio. Esa información proveída por los medios de comunicación es también utilizada por el sujeto para posicionarse de acuerdo a sus necesidades, interés o creencias y, así, otorgarle mayor sentido a su experiencia de vida y la experiencia colectiva. Las imágenes que acompañan la información también transmiten significados cargados de un fuerte contenido ideológico que impone el sistema simbólico. Los significados que configuran las representaciones de lo político-organizacional pueden verse estrechamente vinculados a la realidad de la Ciudad de México. Con esto quiero decir, que el imaginario de nación y la identidad nacional, se encuentra también anclada en forma de centralismo simbólico y sirve a los sujetos como referente para construir una identidad que se diferencia y excluye a los que viven en el “sur” o el Distrito Federal.

c) ***La identidad relacionada a un “somos”:*** Son elementos que están directamente vinculados en las prácticas de la vida cotidiana y se traducen como conformadores de la identidad nacional: los valores, las prácticas, las costumbres.

Somos	Valores	Costumbres
Violentos Espontáneos Malinchistas Humorismo Pacíficos Idealistas Luchones Nobles Envidiosos	Moral Libertad de expresión Patriotismo Libertad Unión/solidaridad	Religión Comida Familia Matrimonio

Lo que distinguimos en términos generales son las formas simbólicas con las que las entrevistadas identifican al mexicano(a) y así misma como mexicana. En esta ocasión, la nación esta simbolizada como el territorio en el que sus miembros tienen ciertas características y llevan a cabo ciertas prácticas que son las “esperadas” para adscribirse al colectivo.

Finalmente, los significados que formulan la representación del “somos” se elaboran desde la autopercepción para definir la identidad del mexicano, pero ésta sólo adquiere sentido en la constante diferenciación frente a la presencia del “Otro”. Todos los significados de la primera columna refieren a una identidad heterodirigida, es decir, la mexicana y el mexicano se identifican y se reconocen de esta manera a partir de lo que las mujeres entrevistadas perciben de los mexicanos en Estados Unidos, los del sur, los políticos, los artistas, los migrantes recién llegados o los que quieren cruzar la frontera, todos ellos indican una forma de ser mexicanos a través de la mirada del “otro”.

Muchas veces vi gente de los mismos mexicanos, desgraciadamente los que son así son los de allá con padres mexicanos, que se fueron porque sufrían acá mucho de pobreza y se fueron para allá y allá vives esclavizada y todo, pero por lo mismo esclavizado puedes ahorrar más, entonces, se podría decir que lograron algo, se les meten la idea de que México es muy pobre, o sea, te vas allá y vas a morirte de hambre, entonces, ay ¿cómo puedes traer ese carro si eres de México, ay ¡no puedo creer que en México hay esas casas; o algo así. (Lorena, casada, 27 años).

En muchas situaciones de la vida, pues a veces dices, ay que bueno que nací mexicano, a veces reniegas, yo he llegado a renegar con las autoridades de aduana mexicana cuando te quieren quitar tu dinero, me avergüenzo de ser mexicano y me da vergüenza ser mexicana y que tu seas mexicano igual que yo, si he renegado de las injusticias, porque son injusticias que te quieran quitar tu dinero. (Bertha, viuda, 45 años).

México también se asocia a la pobreza, condición que en términos económicos no resulta desconocida, pero adquiere un sentido simbólico cuando las mujeres muestran la pobreza en oposición a la riqueza proveniente de Estados Unidos. Esta manera dicotómica de distinguir a las naciones es una forma cotidiana de hacer referencia a ambas naciones. Es interesante señalar que la entrevistada redirige el significado de la pobreza a los “otros”. Por un lado, ellos heteronominan la identidad nacional como pobre cuando las evidencias materiales desdican lo dicho, así, la pobreza no alcanza a tener un significado fundante; cuando ellas hablan de la pobreza como una característica de la nación lo hacen en términos de falta de responsabilidad de las instituciones del gobierno.

Los significados de la segunda columna se acercan más a los sentidos que las entrevistadas refieren como propios, los valores son los que les permiten adscribirse a una nación y definir su identidad nacional. Estos significados son asumidos por las entrevistadas para afirmarse e identificarse frente a los norteamericanos.

Lo que me distingue a lo mejor, podría ser la ideología, de ser más recatada, o que nos tachan de que somos muy puritanas, o que nos dicen que nos asustamos de eso, que no somos tan liberales como lo que son las gringas, que ellas es muy fácil de que se van con el novio, como cultura mexicana te enseñan eso de que el sexo hasta que te cases y de vestirte de una forma que no debes de ser tan alocada así porque una cosa es ser alegre y otra cosa es deschongarte, como casi, casi el patrón de la gringa (Lorena, casada, 27 años).

Los mexicanos somos los mejores, pero yo pienso que a veces no necesitas que te digan, el ser mexicano lo traes en la sangre y cuando empiezas a conocer el mundo y vas al exterior o al extranjero y conoces otras costumbres dices “uuta” que bueno que salí mexicano. Nosotros los mexicanos somos bien muy cálidos, somos muy unidos, sí, yo creo que nos ayudamos unos a otros, nos queremos estar viendo siempre y queremos estar juntos y en Estados Unidos no, son muy fríos, su cultura es muy diferente en ese aspecto a la de nosotros, son muy fríos muy despegados, allá cada quien se rasca con sus uñas, si tienes para comer, comes, y si no, no comes, y en México no, en México a cualquier casa que llegas lo primero que la gente te ofrece por lo menos es un vasito de agua, en Estados Unidos no te ofrecen. (Bertha, viuda, 45 años)

Observamos que los valores de la nación se encuentran bajo el velo del género, la identidad nacional se proyecta en la identidad de género, en lo corporal, inmaculada, virginal; el mito fundador de la nación sobre la Virgen de Guadalupe se adhiere a las prácticas de las mujeres, reproducir una imagen que otorga una identidad nacional sobre el propio cuerpo de la mujer.

La idea de la calidez y la unión remite a la asociación con la imagen de familia, ésta última es un elemento constitutivo en la identidad de género de las mujeres y se desplaza también a lo nacional. De esta manera, es a través del cuerpo y la familia en el que la identidad nacional adquiere mayor sentido y asunción en las mujeres entrevistadas.

Finalmente, llama la atención que las costumbres no tienen peso en la definición de la identidad nacional, la mayor parte de las entrevistadas refieren que las costumbres de los mexicanos se vinculan a la práctica dominical de asistir a la Iglesia. La religión es en definitiva una parte constitutiva en la identidad de la nación mexicana. También, los alimentos que se consumen forman parte de las costumbres de los mexicanos. Sin embargo, algo que llama la atención es la hibridación cultural que se refleja en la decoración de los hogares y la alimentación:

Tengo muchas cosas que he comprado allá pero que son como mexicanas, éste lo compre allá (señala un repisa de herrería) pero parece mexicano ¿no? ese baúlcito, también lo compré allá pero parece como mexicano. Aquella tabla de madera también es de allá pero para mi es como mexicana pues me recordó a una tía mía que hacía el queso que mi tía y tenía una tabla así, obviamente me hubiera gustado que fuera como más rústica, parece mexicano, tú lo vez y parece mexicano, siempre aunque compre las cosas allá, pero las compro pensando que parezcan mexicanos, o sea, cuál diferencia hay entre este jarrito y esos jarritos que los compré en Quiroga Michoacán. Los colores y todo no hay ninguna diferencia (Bertha, viuda, 45 años).

Pero seguimos con la costumbre de ir por las tortillas que es una costumbre muy mexicana de salir casi a punto de sentarte, ir a traer las tortillas, cosa que uy me cae, eso y vete por la soda hójole, eso creo que nunca se nos va quitar a muchos mexicanos, no hay coca vete, ahorita traigo la coca eso se me hace muy mexicano. (Cecilia, soltera, 28 años)

Así como hemos visto que las distintas formas de representar e imaginar la nación, podemos ver ahora en los extractos anteriores la manera en que los objetos y las prácticas evocan el sentido de lo mexicano. La mirada puesta en un objeto trasciende la pertenencia y característica de origen a otro. La combinación entre la tortilla y la soda es una imagen que nos permite ver la incidencia de las fronteras simbólicas en la conformación de la identidad.

Es en la definición de la pertenencia nacional en el se encuentran las distintas maneras de ser miembro de un colectivo y en donde las mujeres hacen uso de las figuras nacionales para definir su pertenencia al territorio. Es entre la autonominación de identificarse como mexicana y la heteronominación que las define por la interacción con los Estados Unidos.

V. Narrativas de Nación

La memoria nos permitió encontrar el vínculo entre la frontera y las formas simbólicas de nación. La información y los referentes comunes sobre la historia, el patriotismo y la cultura de México de cada una de las entrevistadas pone en evidencia la selección de los recuerdos que configuran actualmente la idea de nación y, específicamente, la que se da en la ciudad fronteriza. Por un lado encontramos los referentes tradicionales que las sociedades contemporáneas utilizan del pasado como una forma de ritualización de la cultura nacional: los monumentos, conmemoraciones y paisajes. También, encontramos que los medios de comunicación juegan un papel fundamental en la conformación de la identidad nacional de las mujeres entrevistadas, la

multiplicidad de imágenes y los distintos discursos influyen en las formas simbólicas que constituyen a la nación que refiere a una diferenciación basada en la regionalización: los del sur y los del norte.

Así, la identidad nacional de las mujeres fronterizas se construye básicamente desde los elementos subjetivos que dota el territorio. En cambio, las prácticas o las manifestaciones culturales son opacadas, aunque no olvidadas, en la cotidianidad de la frontera y ello permite reconstruir una narrativa de nación que se defina sobre las expresiones subjetivas y experienciales.

Ya más grande te agringas, la gente nunca va a querer dejar de ser mexicana porque no hay otra cosa que nos haga sentir mejor que eso, nadie nos puede quitar el ser mexicano totalmente, por una parte sí, por otra, el que se deja quitar algo lo hace conscientemente y tienen que pagar sus consecuencias, como el que se va al otro lado, sabe qué está dejando, sí aquí está sufriendo, allá va a ir a sufrir más, y ya estando allá, ni patria, ni felicidad. (Cecilia, soltera, 28 años)

Me gusta todo a mi de México, si hay algo que diga que no me guste, porque finalmente de todos modos es algo que existe y que a veces las cosas desagradables son necesarias para que las cosas funcionen y para que uno aprenda [...] si siento que nos falta, pero tampoco pienso que pudiéramos estar mejor, estamos donde debemos estar, punto. (Alma, soltera, 31 años)

El entrelazamiento de la memoria de la migración y el imaginario de nación, dotan de una narrativa que se configura a partir de traslapar los significados que definen la experiencia como migrante con lo mexicano. La atribución de pobreza, de sufrimiento, de trabajo, lucha y superación. Sin embargo, esta narrativa de la nación también encuentra un espacio que el imaginario de nación, lo imaginado y expresado simbólicamente, se significó en la envidia y carencia de solidaridad.

Se pierden muchas cosas de lo que es tu esencia de ser mexicano, en México, el que quiere y el que puede, cada quien vive como quiere, está muy difícil para el gobierno y todo México que tengan que quitarle podredumbre y tratar de reconstruimos, si tu quieres ser alguien, eres, si no quieres, si quieres ser basura, pues eres basura, cada quien escoge el estilo de vida que quiere tener. (Bertha, viuda, 45 años)

Te sabes el chiste de los japoneses que tenía unos cangrejos en una canasta, pero tenía cangrejos japoneses y cangrejos mexicanos y él cuidaba que no se salieran de la canasta los cangrejos japoneses y [le dicen] por qué a los mexicanos no los cuidas, porque [con ellos] no hay problemas, ellos se cuidan solos de no salir adelante, mira, cuando llega un cangrejo a querer brincar, el otro lo tumba; que triste verdad, pero es cierto, es sarcástico pero el mexicano es más dado a eso, a la envidia, en lugar de alegrarse, claro, habemos gente de toda, pero abunda mucha gente envidiosa. [¿son así los tijuaneños] Yo creo que somos un poco más como los japoneses, no dejamos de ser mexicanos pero

como que estamos más para ayudarnos, más no sé a que se deberá, será que al llegar todos hemos tenido un poco de ayuda. (Carolina, casada, 55 años)

Finalmente, la identidad de nación se construye en el proceso de diferenciación e identificación frente a la alteridad, en este caso de manera regional y nacional. Así, una narrativa de nación es configurada desde las representaciones que se le asignan a los “otros” y al imaginario que denota matices de discriminación. Aunque se caracteriza por la pluralidad cultural e ideológica dentro de un mismo territorio, a su vez se construye sobre una idea de traición a la nación y a los miembros del colectivo por los intereses económicos y la distinción racial de la presencia extranjera. Esta narrativa se configura desde la ubicación territorial que separa el norte y el sur del país.

No me gusta que habemos mucha gente malinchista, bueno, yo no me considero malinchista, pero si me ha tocado que vas a viajar por allá al sur y prefieren ver a unos gringos porque creen que les van a dar más y aunque los gringos le den una peseta pero se van con los gringos y eso me molesta bastante no que haya tanta gente que suben y elevan a los extranjeros y despreciar a sus propios mexicanos eso me molesta bastante

Como hemos visto a lo largo del capítulo, la nación se construye a través de los espacios que funcionan como lugares que permiten adscribirse a un territorio. Particularmente, la vivienda adquiere un significado particular en las mujeres pues se vincula con la identidad de género, la vivienda es la materialización y el centro en el que se desarrollan sus prácticas cotidianas. La ciudad de Tijuana se asemeja metafóricamente a la figura materna: tiende la mano, cobija y proporciona las necesidades básicas, pero al mismo tiempo, la ciudad vive sobre dos referentes: de la perdición y de las oportunidades. La identidad nacional se elabora sobre la memoria, los emblemas, la historia, las condiciones políticas, económicas y sociales. Pero es en la constante diferenciación con el “Otro”, Estados Unidos y los que viven en él, la identidad nacional se configura desde la heteronominación, la mirada de los otros sobre lo que “somos” y la autonominación cuando se asemeja a la propia definición de las mujeres.

CONCLUSIONES

Esta investigación analizó la identidad de género y de nación desde una perspectiva simbólica-imaginaria. La memoria, el imaginario y las representaciones sociales han sido las guías analíticas que nos permitieron dar cuenta de los elementos simbólicos y los sentidos de las prácticas de los sujetos que les hace pertenecer y adscribirse a un colectivo.

La pregunta general que se intentó responder a lo largo de estas páginas es ¿qué elementos simbólicos dados en la memoria, el imaginario y las representaciones permiten configurar las narrativas de género y nación de las mujeres que viven en la ciudad de Tijuana? y dos de manera particular ¿cómo la historia familiar, el lugar de origen, la experiencia de vida, la migración, la residencia en la ciudad de Tijuana, la práctica de “commuters” y la constante diferenciación y distinción con los norteamericanos intervienen en la configuración de la identidad y de las narrativas? y ¿cómo se entrelazan las identidades de género y de nación en la conformación de las narrativas?

El entretreído entre memoria, imaginario, representaciones e identidad permiten que las mujeres configuren narrativas de género y de nación. Estas narrativas toman forma dentro del proceso de identificación/diferenciación, el “Yo” y el “Otro(a)” y el “Nosotros(as)” y los “Otros(as)”.

La memoria nos permitió encontrar aquellos elementos simbólicos construidos cultural y socialmente durante la convivencia del presente y del pasado con el objetivo de hacer coherente la propia historia vivida. Las mujeres fronterizas entrevistadas seleccionaron sus recuerdos y sus olvidos sobre el lugar y la familia como el origen de su propia existencia. En el sitio de la memoria logramos encontrar el punto de partida desde el cual reconstruyen la identidad de género y nación. La historia de vida de las mujeres se cimentó sobre ejes particulares que permitieron ir perfilando las narrativas. La pertenencia a un lugar pobre, de ambiente y paisajes naturales y dedicado al cultivo de la tierra; la adscripción a un colectivo familiar atañe a la domesticidad-maternidad, al trabajo y a la fusión de lo extranjero y lo nativo (mito de la malinche). De esta manera, vemos que el lugar de origen se representa en imágenes

contrapuestas a las que se vive y en la ciudad de Tijuana: la urbanización, acceso a bienes materiales y relaciones laborales en el sector de los servicios.

La familia de origen se construye sobre el imaginario de género, la domesticidad y maternidad como espacio de mujeres y el trabajo en los hombres; vemos que el pasado se da sobre el sistema simbólico canónico del ser hombre o mujer, permitiendo definirse y adscribirse sobre una distinción social, la de género. También, encontramos que la identidad de género y de nación se encuentran interactuando cuando las entrevistadas refieren a que sus orígenes familiares se funden con la llegada de los hombres del exterior y las mujeres nativas, aquí las mujeres se asocian a la naturaleza, al arraigo y a lo casto.

El modelo padre-madre nos permitió encontrar las asociaciones de significados y las prácticas que definen y moldean la identidad de género de las entrevistadas, se utiliza la referencia de la imagen del padre y de la madre como parámetros en el que el proceso de identificación y diferenciación funciona para la reconstrucción de la identidad. Sobre las imágenes paternas y maternas se establecen las distinciones o similitudes respecto a la manera en que las mujeres se redefinen en su situación actual. Encontramos que las identidades de las mujeres entrevistadas siguen reproduciendo el núcleo simbólico duro que dicta las formas en que ellas deben ser vistas dentro del vector de madre-matrimonio-maternidad. Así, configuran un primer nivel de la identidad, al cual la envuelven dos identidades más, la que se define sobre la escolaridad y el trabajo extradoméstico y la de la migración y commuter. Las fronteras simbólicas entre una y otra identidad se encuentran en constante tensión.

La presencia de la extranjera permite que se redefina la identidad de las mujeres entrevistadas sobre la constante diferenciación entre el “nosotras” y las “otras” lo que permite reafirmar y redefinir lo constitutivo de la identidad de género y nación. La diferenciación se encuentra dada en el ámbito de la familia y el cuerpo –frente a las norteamericanas– y en la “imitación cultural” de la imagen externa –mexicanas que viven en Estados Unidos.

Finalmente, las entrevistadas al adscribirse a una identidad de género como mujeres, también se adscriben a una identidad territorial sobre símbolos asociados a la vivienda, la ciudad y la nación.

El espacio como adscripción identitaria es también un proceso que se desarrolla en el traslado (salida y llegada) al lugar de su actual residencia; en la búsqueda de las imágenes habituales y del espacio original, la vivienda, que le permitirán definirse y reconocerse como parte de un lugar; en la cotidianidad de una ciudad que se vive a partir de las oportunidades, la vecindad y la pluralidad que en la frontera se experimenta.

La nación y la identidad nacional se define a través de la memoria nacional con base en la información que las entrevistadas tienen para asociarla a emblemas nacionales, paisajes, presencia arquitectónica personajes anclados al pasado. La nación también es vivida y significada a partir de elementos políticos y organizativos vinculados al presente, en el que el gobierno, las instituciones y las condiciones económicas y sociales son aspectos que les permite posicionarse críticamente y otorgándole a la nación significados negativos. Lo nacional se traslada al centro del país hacia la ciudad de México, en el que los medios de comunicación, principalmente la televisión, sirven para reproducir las imágenes que permiten la diferenciación entre la nación mexicana y la norteamericana o entre los del sur y los del norte.

La identidad nacional está definida sobre un “somos” que se desvanece en las imágenes de los “otros” mexicanos y las propias sobre los valores privativos de las mujeres. A partir de todo ello encontramos cinco grandes narrativas de nación:

Encontramos que existen elementos de hibridación cultural dadas en las formas simbólicas del género y la nación en donde la memoria colectiva, el imaginario social y las representaciones sociales funcionaron como detonadores de dichos elementos simbólicos que socialmente son compartidos.

Las mujeres que viven en frontera construyen su identidad utilizando las referencias de la memoria nacional, información seleccionada de la historia y cultura mexicana como la malinche,

para interpretar y construir la genealogía familiar, utilizando los elementos fundamentales de lo imaginario del mito de la malinche, como la mezcla o el encuentro entre lo nativo y lo extranjero. Algo similar a lo que ellas como mujeres experimentan en la cotidianidad sobreponiendo a este imaginario de nativo/extranjero el de mexicano/norteamericano; en tanto el nativo es el de frontera o el mexicano definiendo la identidad en el “nosotros” y el extranjero/norteamericanos/migrante en la figura en el que se define el “otro”. De esta manera, la situación que las mujeres viven como extranjeras/otras en los Estados Unidos y ellas nativas/nosotras en Tijuana.

También, la identidad de las mujeres de frontera se define sobre la construcción del imaginario de género a través de un sistema simbólico hegemónico, el cual orienta las creencias, como mujeres madres, y las prácticas de la maternidad y el matrimonio. El imaginario funciona en este caso en las entrevistadas sobre una imagen de mujer que es pensada como proyecto-fin pero no es expresada, la imagen se simboliza en la correspondencia al deben ser o llegar a ser lo más cercano al imaginario de mujer. Sobre este imaginario las mujeres interpretan los comportamientos y formas de vida de las madres, abuelas y extranjeras. De esta manera, podemos afirmar que en la frontera el imaginario de género sigue reproduciéndose en el sistema simbólico de la cultura mexicana para operar como una resistencia sociocultural frente a las formas simbólicas y las prácticas que configuran la imagen de la mujer norteamericana. Aunado a lo anterior, el imaginario de género en la frontera resulta una forma de contraer el fantasma imaginario que configura a Tijuana como la ciudad de la perdición.

La narrativa de género, también, se construye sobre la relación entre la memoria de la migración y las representaciones asociadas a la mujer dotándoles de una característica más de identidad como mujeres fronterizas. La migración se torna como un evento que configura una memoria colectiva, basada en el desprendimiento del lugar de origen ocasionada por situaciones económicas desfavorables, en la que se asocian los significados del sufrimiento, el esfuerzo, el trabajo y el logro. Así, dichos significados asociados a la migración se traducen como parte del proceso de definición de la identidad de las mujeres y se relaciona a las prácticas de la maternidad, el trabajo extradoméstico o la adquisición de bienes materiales.

En las representaciones asociadas a la mujer se produce una narrativa de género a través de la confluencia de formas simbólicas tradicionales y “modernas” sobre la cual se define. Las mujeres de frontera se construyen como las portadoras de ambas formas de representar el género femenino configurando la representación preformativa del género. Por ello, podemos decir que se produce una forma de hibridación cultural del género desde lo simbólico y lo práctico en relación a la frontera.

Los significados de pobreza, sufrimiento, carencias, trabajo, esfuerzo y logros que las mujeres de Tijuana refieren, se anclan en las formas simbólicas que configuran a la ciudad fronteriza y al espacio nacional. El símbolo de la vivienda funciona como el intersticio en el que se mezclan las formas simbólicas materializadas de ambas culturas, la mexicana y la estadounidense, y el lugar que dota a las mujeres de identidad colectiva en tanto adscripción a un territorio nuevo y el espacio que permite reproducir el imaginario de género en forma simbólica y la representación tradicional de la mujer. Así la vivienda se configura como el espacio que dota de identidad para resistir a las imágenes de género con las que interactúan al otro lado de la frontera.

Las narrativas de nación se encuentran construidas desde las formas simbólicas concebidas en la influencia de los medios de comunicación respecto al patriotismo, en las formas en las que se experimenta y se vive en la frontera y en los significados que surgen de la diferenciación constante respecto a las condiciones de vida entre los dos países. La frontera se construye como lugar estratégico en donde la nación mexicana se puede construir con elementos positivos que son compartidos con los beneficios de la nación extranjera. De esta manera, se puede observar una negociación en la propia definición como mexicana.

Podemos concluir que las identidades colectivas, el género y la nación, están recíprocamente referidas, en cada una se encuentran elementos de la otra lo que le permite dar unicidad y distinción. La frontera sirve como anclaje y como lugar privilegiado e ideal en el que la nación se reduce a un sentimiento y la identidad nacional a la familia y la maternidad. En la frontera también se da una forma más de vivir una identidad mexicana que se encuentra en la mezcla entre lo mexicano y lo extranjero, hablar español, comer lo mexicano y convivir con la

familia se combina con las tradiciones, los centros de reunión y el consumo de la sociedad norteamericana.

Las entrevistadas viven su identidad de mujeres, de trabajadoras, de migrantes, de commuters y de mexicanas, entrando y saliendo de las fronteras, pero sólo es sobre los espacios y las prácticas; las mujeres se definen a través de la figura de la madre, la maternidad y el matrimonio que funciona como resistencia a los cambios, es la certidumbre y el arraigo frente a las dimensiones que toma la ciudad fronteriza de Tijuana y las naciones –mexicana y norteamericana.

Esta tesis se encuentran al nivel de un estudio microsocial y su aporte principal es al estudio de los procesos culturales que se originan en las ciudades fronterizas dirigiendo la mirada al evento de la migración, a los sujetos mujeres y a la problemática de la construcción de identidades nacionales. Específicamente, intenta dar una mirada nueva al estudio de la situación de las mujeres en la frontera, no sólo como migrantes o trabajadoras de maquila o en las concepciones que definen a la mujer a través del empoderamiento, la violencia/victimización o su participación al interior de la familia. Este trabajo intentó concebirlas como productoras y reproductoras de significados culturales, lo cual permitió generar nuevas interrogantes.

Los límites de la investigación se pueden distinguir sobre dos líneas: con el modelo teórico-conceptual no se intenta dar una explicación definitiva ni certera, a lo más, intenta motivar la reflexión que contraste las otras formas de explicar el entrelazamiento de las distintas categorías Frontera-género y nación. Un segundo límite se percibe en el aspecto metodológico, con nueve entrevistas esta tesis no busca representatividad ni hacer generalizaciones sobre las diversas construcciones simbólicas que pueden ser expresadas por las mujeres de la frontera.

ANEXO METODOLÓGICO

- Cuadro de características generales de las entrevistadas
- Guía de entrevista

ANEXO I
DATOS GENERALES DE MUJERES ENTREVISTADAS

Nombre entrevistada	Edad	Lugar de origen	Escolaridad	Empleo	Lugar de trabajo	Estado civil	Migración	Commuter	Comentarios sobre la realización de la entrevista	Observaciones generales
Cecilia	28	Culiacán, Sinaloa	Licenciatura	Administradora en empresa maquiladora	Ciudad de Tijuana	Soltera	Emigró a los seis años con su madre y hermanos.	Cruza la frontera por cosas relacionadas a su trabajo y por compras.	Fue hecha en dos momentos: la primera en su casa y la segunda en casa del contacto. La entrevista duró aproximadamente cuatro horas.	Actualmente vive en la casa de su madre y un hermano. Habla inglés y está realizando los trámites para tener la ciudadanía en Estados Unidos.
Carmen	40	Villa Álvarez, Colima	Carrera técnica	Trabajadora por cuenta propia. Venta de equipos celulares	Ciudad de Tijuana	Divorciada	Emigró a los 23 años, recién casada con su esposo. Una hermana en Estados Unidos. Su esposo se encuentra en E.U.	Cruza la frontera por compras y diversión.	Se realizó en el lugar de trabajo. Fue interrumpida varias veces por los clientes.	Actualmente vive en la casa de sus suegros con sus dos hijas. No habla inglés.
Alma	31	Tapachula Chiapas	Licenciatura	Administradora en empresa de Bienes Raíces	Ciudad de Tijuana	Soltera	Emigró a Tijuana a los 18 años, sola. Previamente vivió en Oaxaca y en la Ciudad de México. Tiempo después regresó a Chiapas y nuevamente volvió a Tijuana.	Cruza la frontera por compras y diversión.	Fue realizada en casa de otro contacto y la segunda parte en su casa (el mismo día).	Actualmente vive sola. Habla inglés.
Yolanda	30	Ciudad de Tijuana, Baja California	Preparatoria. Estudia actualmente inglés	Niñera/ trabajadora doméstica	San Diego Estados Unidos.	Soltera	Sus padres y tíos fueron migrantes temporales en la década de los 60's. Se quedaron a residir desde entonces en Tijuana y/o Estados Unidos. El origen de la familia es de Guanajuato (padre) y de Sinaloa (madre)	Trabaja toda la semana en Estados Unidos y fines de semana regresa a Tijuana.	Se entrevistó en el domicilio de Tijuana, casa de su madre.	Durante la semana vive con sus empleadores y en Tijuana en casa de su mamá. Estudia inglés. Busca quedarse definitivamente en Estados Unidos.

Bertha	45	Acaponeta, Nayarit	Carrera técnica. Secretaria.	Trabajadora doméstica	San Diego Estados Unidos	Viuda	Emigró a Tijuana a los 28 años con dos de sus hijos a casa de un hermano. A los 15 años vivó en Guadalajara por año y medio y más tarde conoció Tijuana. Regreso a Nayarit, se casó y después volvió a Tijuana.	Cruza a diario la frontera para ir a trabajar. De noche regresa a Tijuana.	La entrevista se realizo en su casa.	Vive en su casa con sus hijos. No habla bien ingles. Hijos profesionistas. La entrevistada lloro en una pane de su relato.
Lorena	27	Ciudad de Tijuana, Baja California	Licenciatura	Administradora en restaurante	San Diego Estados Unidos	Casada	Sus padres fueron migrantes	Cruza a diario la frontera para ir a trabajar. Tiene planes de emigrar a los Estados Unidos.	La entrevista se realizo en su casa.	Vive en la casa de sus padres con su esposo. La entrevista duró alrededor de hora y media, al inicio estuvo reacia a contestar.
Carolina	55	Guadalajara, Jalisco	Primaria	Trabajadora por cuenta propia / manualidades	Ciudad de Tijuana	Casada	Emigró a los 16 años recién casada con su esposo.	Cruza la frontera por compras y diversión.	La entrevista se realizo en su casa. En dos etapas.	Vive con su esposo y en ocasiones cuida a sus nietos. La señora no se podía explayar en su relato por la presencia de su esposo en la casa. En un momento de la entrevista lloró.
Veronica	30	Guadalajara, Jalisco	Licenciatura	Trabaja en una ONG de medio ambiente.	Tijuana	Soltera	Emigró a ios 18 años con su familia.	Cruza la frontera por compras y diversión.	La entrevista se realizo en un restaurante.	Actualmente vive con su madre y un hermano.
Reyna	30	Guadalajara, Jalisco	Carrera técnica	Empleada en un puesto comercial	San Diego Estados Unidos	Casada	Emigró a los 9 años con sus padres y hermanos	Cruza la frontera tres veces a la semana para trabajar	La entrevista se realizo en casa de su hermana. Había mucho ruido porque se encontraban los niños.	Actualmente vive con su esposo y dos hijos. La entrevistada lloró en un momento de la entrevista.

ANEXO 2

➤ ORGANIZACIÓN DE LA GUÍA:

Los orígenes y la conformación de la identidad.

a) ORIGEN I:

En este apartado se harán preguntas acerca de los padres y abuelos de la entrevistada; se indagarán los antecedentes migratorios de sus antecesores y los significados de lo mexicano que la familia de origen reproducía. También se recogerá información respecto a las diferencias que estos familiares tenían respecto a lo que es ser una mujer mexicana y, en particular, las figuras femeninas mexicanas (histórica, cultural) que estaban en el ambiente familiar. Por último, recabar información sobre la composición de la familia de origen e información de los hermanos, migración dentro del país por parte de la entrevistada y su familia y lo que representó aquel cambio.

b) ORIGEN II:

En este apartado se harán preguntas acerca de la historia de la entrevistada: infancia, juventud, matrimonio, vida laboral y escolar, la percepción de mujer, madre, esposa. El tema de la familia se abordará en tanto composición y dinámica. En esta etapa de la entrevista se comenzará a recoger la información que la entrevistada tiene respecto a nación y México: se preguntará sobre sus recuerdos y vivencias en México, recuerdos de su infancia y juventud en la escuela y de su vida laboral previa al momento de la migración.

Reconstrucción de la trayectoria migratoria

c) CONTEXTO Y MOTIVOS PARA MIGRAR

En este apartado la entrevistada narrará ampliamente su experiencia respecto a la movilidad habitacional que ha experimentado, los motivos y factores que la llevaron a tener cada uno de esos cambios.

d) EL MOMENTO DE CRUZAR LA FRONTERA

Aquí la entrevistada relatará el o los momento (s) de cruzar la frontera: las formas, los incidentes, los accidentes o peripecias dadas en estos momentos. (No pedir información, a menos que ella la de, sobre los polleros en caso de haber cruzado ilegalmente).

e) LOGRADO EL OBJETIVO, LA REORIENTACIÓN DE LA VIDA COTIDIANA

En este apartado se intenta reconstruir los sucesos siguientes al momento de migrar. Alojamiento, redes, inserción laboral, vivienda, familia y amigos.

Nación, identidad y repertorio simbólico

f) En este apartado se preguntará a las entrevistadas sobre la percepción que tiene actualmente de México y de sus costumbres como mexicana en su actual comunidad. Las diferencias que se dan como mexicanos frente a otras culturas y las actividades que realizan para permanecer en “México”.

GUÍA

ORIGEN

1) Si le parece bien, podríamos empezar con algunas referencias sobre sus padres, quienes eran, de dónde eran originarios, en dónde vivían...

- ¿En qué trabajaba su padre, alguna vez fue a trabajar o a conseguir trabajo a otro lugar?
- ¿A qué se dedicaba su mamá, trabajaba, si salió el padre a trabajar a otra parte, su mamá lo acompañaba, se iba toda la familia a otros lugares?.
- ¿Se fueron a vivir a otro lugar ¿cómo y en qué circunstancias?

2) ¿Qué recuerda de sus abuelos?

- ¿De dónde eran originarios, a qué se dedicaban?
- ¿Convivió usted con ellos?
- ¿Sabe usted si alguna vez sus abuelos migraron?

3) Si alguna vez migraron sus padres o abuelos, recuerda usted ¿qué opinión tenían sobre este hecho?

4) Recuerda usted lo que sus padres y /o abuelos decían de lo que es ser mexicano y de lo que es ser _____ (entidad de origen).

5) Recuerda usted de lo que su madre o abuela decían sobre cómo debe ser una mujer, y una mexicana.

6) Recuerda usted si su padre o abuelos tenían algún personaje masculino con el que se identificaban como mexicanos.

7) Recuerda usted si su madre o abuelas tenían algún personaje femenino con el que se identificaban como mexicanas.

8) Cuando era chica qué celebraban, es decir, qué días festejaban aparte de los cumpleaños familiares. (fiestas patrias, navidad, fiestas locales, santos o vírgenes).

- ¿Cómo lo festejaban?
- ¿Le gustaban esas fiestas?
- ¿Cuáles son las que más recuerda?

9) Ahora podría platicarme acerca de sus hermanos.

- ¿Cuántos son?
- ¿A qué se dedican?
- ¿En dónde viven?
- ¿Son casados, trabajan, estudian?

10) Ahora sí pasaríamos a aspectos que tienen que ver más con usted. Me puede contar de usted, de cuando nació, en dónde, de su infancia y su juventud, sobre sus estudios...

- ¿Dónde y cuándo nació?
- ¿Con quién vivía?
- ¿Con cual de sus padres se identificaba más?
- ¿A qué edad comenzó a ir a la escuela?
- ¿Cómo recuerda sus años en la escuela?
- ¿Le gustaba ir a la escuela?
- ¿Usted alguna vez participo en los festivales referentes a los días en donde se festeja algún evento histórico en México. ¿cómo lo recuerda?
- ¿Qué personajes recuerda de la historia de México. Sabe algo de uno de ellos, quién le llama la atención, por qué?
- ¿Recuerda si sus maestros le enseñaron los símbolos que identifican a México?
- ¿Qué le decían que tenía que ser un mexicano?
- ¿A qué edad dejo de ir a la escuela?
- ¿Porqué dejo de ir a la escuela?

11) En su familia cuando era joven ¿le inculcaron o le enseñaron algo para identificarse como mexicana (vestimenta, cocina, comportarse, música)?

12) ¿Usted cuando era joven ¿tuvo algún tipo de actividad, digamos, ya de trabajo por el cual recibía algún dinero, por ejemplo, ayudando a algún negocio familiar?

- ¿Qué edad tenía?
 - ¿Qué hacía en ese trabajo?
 - ¿Le gustaba el trabajo que realizaba?
 - ¿De lo que ganaba aportaba algo al ingreso familiar (en casa de sus padres)?
 - ¿Después de este tuvo otros trabajo ¿cuáles? ¿cuál de todos ellos le gusto más? ¿Porqué?
 - ¿Cuándo se casó estaba trabajando? ¿dejo de trabajar, cuánto tiempo?
 - ¿Cuándo tuvo a su primer hijo estaba trabajando? ¿dejó de trabajar? ¿por cuánto tiempo?
- 13) Antes de venir a la *frontera* definitivamente usted estaba trabajando?
- SI: ¿en qué trabajaba? ¿cuánto tiempo llevaba trabajando ahí? ¿le gustaba? ¿cuánto ganaba aproximadamente? ¿En ese trabajo había posibilidades de superarse económicamente?
 - NO: ¿a qué se dedicaba? ¿quién se encargaba del ingreso familiar?
- 14) En algún momento de su vida usted se ha quedado sin trabajo, sin una actividad que le permitiera tener un ingreso aunque fuese mínimo para sostenerse usted y su familia.
- ¿Cuánto tiempo paso hasta que pudo encontrar un trabajo?
 - Su padre y su esposo estaban de acuerdo en que usted trabajara
- 15) Ya que tocamos el tema de su esposo a qué se dedica el actualmente (si aún vive con ella, sino preguntar por la pareja con la que vivía al momento de migrar)
- Estudio su esposo ¿qué escolaridad tiene?
 - En dónde trabaja
 - Desde cuándo él esta aquí en Estados Unidos
 - ¿Él ahora está desacuerdo con que usted trabaje? ¿la apoya?
 - ¿Su esposo le ayuda a los quehaceres y al cuidado del hogar?
 - ¿cuánto tiempo tienen de casados? ¿se conocieron en México? ¿qué edad tenía cuando se casaron?

RECONSTRUYENDO LA TRAYECTORIA MIGRATORIA

16) Hay un tema que me gustaría que usted me platique, y es precisamente de los lugares en donde usted a lo largo de su vida ha vivido hasta llegar al momento actual cuando llego a vivir aquí a esta casa

- Con su padre o madre se mudaron de casa ¿a dónde y por cuanto tiempo?
 - cuáles eran los motivos para cambiarse de casa
 - quién decidía cambiarse de casa
 - qué representaba para usted cambiarse de casa
- 17) Ya ve que cuando uno conoce nuevos lugares siempre hay cosas nuevas, las costumbres de las personas, la comida, palabras diferentes, comportamientos. Usted recuerda algo que halla aprendido de estos lugares?
- Conserva alguna de las cosas que conoció en esos lugares.
 - Hizo amistades, con quién.
 - Le costaba trabajo integrarse a la vida de esos lugares

- 18) Cuando se casó ¿en dónde vivía?
- Se cambió de casa ya estando con sus esposo?
 - ¿A dónde? y de esos lugares ¿qué conoció, qué recuerda, que se le quedó?
- 19) Me podría ahora contar cómo fue que tomó la decisión para cruzar la frontera o vivir en la frontera, qué la llevo a hacerlo, quién la apoyo para hacerlo, cómo paso este evento en su vida...
- ¿cuáles fueron las razones para decidir venir a la frontera o a Estados Unidos?
 - le costo trabajo tomar la decisión
 - Pensó en las ventajas y desventajas que implica irse a otro país o la frontera.
 - Tenía amigos o familiares en Estados Unidos o Tijuana
 - Qué le contaban sobre la vida de este país.
 - Cuando llegó aquí era cierto lo que le platicaban.
 - Cuales eran las ventajas de venirse (E.U. o Tijuana) según sus amigos o familiares.
 - Fue fácil cruzar la frontera o quedarse en Tijuana
 - Cuando cruzo la frontera o llego a Tijuana la acompañaba algún familiar o amigo.
 - Al llegar con quién o quién la recibió.
 - Cuando llego aquí en donde se hospedo o quién le dio alojamiento a usted (y a su familia).
 - Inmediatamente después de que llego aquí que hizo (trabajo, se quedó en la casa)
 - ¿Cuanto tiempo paso para poder comenzar a trabajar? ¿qué hacía mientras tanto?
 - ¿Quién le consiguió su primer trabajo ya estando aquí?
 - ¿qué hacía en ese trabajo?
 - ¿estaba lejos de dónde vivía?
 - ¿cuánto tiempo trabajaba?
 - ¿cómo cuanto ganaba?
 - ¿le gustaba ese trabajo?
 - ¿cómo se llevaba con sus compañeros de trabajo?
 - y ¿sus jefes o supervisores como eran? ¿de dónde eran?
 - por qué se salió de ese trabajo
 - ¿cuáles son sus siguientes trabajos? ¿cuál de todos estos le ha gustado más? ¿porqué ese?
 - Podrá describirme un día normal de trabajo, desde que sale de su casa hasta que llega.
 - ¿qué fue lo que a motivo a estar en esta situación de cruzar la frontera para ir a trabajar?
 - ¿piensa en algún momento cruzar la frontera y quedarse definitivamente allá?
 - ¿Tiene alguna frase que usted acostumbre a decir cuando regresa de trabajar y pisa México?

LAS IDEAS DE NACIÓN Y LOS REPERTORIOS SIMBÓLICOS

20) Otro tema que me gustaría que usted me comparta es sobre la idea que tiene de México, de lo que es lo mexicano y de cómo vive usted aquí como mexicana.

- ¿Puede decirme cinco cosas que sienta que la identifiquen como mexicana?
- Usted recuerda algunas frases o dichos que hagan referencia a los mexicanos

- ¿Conoce a más mexicanos? ¿de dónde son?
- ¿Usted comparte alguna tradición con ellos o ellas?
- ¿Cuáles son las fechas que más festejan aquí los mexicanos?
- ¿Qué hacen en esos festejos?
- Y esto que festeja ahora ¿lo hace antes de venir aquí?
- ¿Qué es lo nuevo que hace como mexicana?
- ¿Qué es lo que dejó de hacer como mexicana? ¿qué hacía allá en México que no hace ahora aquí en donde está?
- ¿Qué es para usted ser mexicano (a)?
- ¿Qué personajes masculinos representan la figura del hombre mexicano?
- ¿Qué personajes femeninos representan la figura de las mujeres mexicanas?
- ¿por qué ellos y ellas?
- Usted cree que hay alguna diferencia entre usted y las mujeres de dónde vivía en México.
- ¿Qué cosas nuevas le ha dado el vivir aquí?
- ¿Se siente diferente ahora de cómo era usted antes de vivir aquí?
- ¿Qué actividades realiza la comunidad mexicana que sean diferentes a las de otras comunidades?
- ¿Cómo reconoce usted a otros mexicanos?
- ¿qué frases cree o ha oído usted que son muy de los mexicanos?
- Si tuviera que mandar cinco postales a un amigo que no conociera México ¿cuáles escogería?
- ¿Qué hace diferente a las mujeres mexicanas de las mujeres latinas? o ¿qué hace diferente a las mujeres de otros estados de las mujeres nacidas en Tijuana?
- ¿Qué la hace diferente de una mujer gringa?
- ¿Qué la hace diferente de una mujer latina y una chicana?
- ¿Qué tipo de música escucha? ¿de cine? ¿periódicos o revistas? ¿programas de televisión?
- ¿Va a conciertos o bailes? ¿a cuáles?
- ¿En su casa preparan comida mexicana? ¿quién la hace?
- ¿Cuándo sale a comer con su familia que comen?
- ¿La comida que prepara usted le sabe igual a la de allá?

21) Y para terminar me gustaría hacerle algunas preguntas sobre sus hijos. ¿a qué se dedican? ¿estudian, trabajan?...

- si van a la escuela en que año
- en que idioma toman las clases
- usted cree que es necesario que sus hijos hablen español
- hay algún valor, costumbre y tradición que les este enseñando a sus hijas como mujeres. Y a sus hijos.
- ¿Qué costumbres cree que son importantes que se conserven?
- Le gustaría que sus hijos regresen a México?

22) Uno de las cosas que a los mexicanos nos caracteriza es la creencia en la Virgen Guadalupe, ¿coincide usted con esto?

- Va a la Iglesia? ¿cada cuanto?
- ¿A que Iglesia? ¿De dónde es el padre?

- ¿Colabora en las actividades de la Iglesia?

23) Se habla mucho de que los mexicanos deben aprender el inglés para trabajar y usted ¿sabe hablar inglés?

- ¿En qué situación tiene que hablar español y en cual inglés?
- ¿En su casa hablan español o inglés?

24) Y finalmente,

- Cinco cosas que caractericen a México
- Cinco cosas que caractericen a Tijuana
- Cinco cosas que caractericen a Estados Unidos
- ¿Qué le gusta y qué no le gusta de México?
- ¿Qué le gusta y qué no de los E.U o Tijuana?
- ¿Qué le gusta y qué no le gusta de Estados Unidos?
- ¿Va de vacaciones a México? ¿qué hace? ¿qué les cuenta de aquí?
- ¿Usted a apoyado a otras personas para venir a E.U. o a la frontera? ¿qué consejos le da?
- ¿Piensa usted regresar a México?
- ¿Piensa irse a vivir a los Estados Unidos?
- ¿Cómo ve la situación en México?

BIBLIOGRAFÍA

- Abric, Jean (2001) Prácticas sociales y representaciones. Coyoacán México
- Aguilar, Miguel Ángel, (2003) “Narrativas” en Seminario: Cultura e identidades. FLACSO-México.
- Aguilar, M., R. Nieto y M. Cinco (2001) “Ciudad de presencias: dimensiones evaluativas y sensoriales en las evocaciones de la ciudad de México” en A. Vergara Figueroa (coord.) Imaginarios: horizontes plurales. INAH, México
- Anderson, Benedict (1983) Imagined Communities. Reflections on the origins and spread of nationalism. Verso, Londres.
- Ansart, Pierre (1993) “Ideologías, conflicto y poder” en C.Castoradis, et. al
- Arizpe, Lourdes (1997). Las dimensiones culturales del cambio global: Una perspectiva antropológica. UNAM-CRIM- México.
- Auge, Marc (1998) Las formas del olvido. Gedisa editorial.
- Bartra, Roger (1987) La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano, Grijalbo, México.
- Bauman Z. (1996) “Modernidad y ambivalencia” en Giddens et. al. Las consecuencias...
- Bejar, Raúl y Hector Rosales (1999) La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Siglo XXI, México.
- Berger P. y T. Luckmann (2001) La construcción social de la realidad. 17ª edición. Amorrortu, Buenos Aires.
- Blanco, Mercedes (1991) “Patrones de división del trabajo doméstico: un estudio comparativo entre dos grupos de mujeres de sectores medios” en Orlandina de Oliveira (comp.) Trabajo, poder y sexualidad. El COLMEX. México.
- Bourdieu, Pierre.(1995) Respuestas por una antropología reflexiva. Grijalbo. México.
- (1992) Sociología y cultura. Grijalbo-CONACULTA. México
- Bobes, C. (2000) Los laberintos de la imaginación: repertorio simbólico, identidades y actores del cambio social en Cuba. El COLMEX-CES
- Butler, Judith (2001) El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. UNAM-PUEG Paidós.
- Canales Alejandro (2003) “ Culturas demográficas y poblamientos modernos. Perspectivas desde la frontera México Estados Unidos”, en Valenzuela A. Por las fronteras del norte...
- Canclini, García N. (1989) Culturas híbridas. Para entrar y salir de la modernidad. Grijalbo, México

- Castoradis, Cornelius (1993) "La institución imaginaria de la sociedad" en C. Castoradis et. al. El imaginario social. Editorial Alfamira.
- Ceballos, R. Manuel (2003) "Consideraciones históricas sobre la conformación de la frontera norte mexicana" en José Manuel Valenzuela (coord.) Por las fronteras del norte...
- CONAPO (2000) Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos. México
- Cruz Piñeiro, Rodolfo (2001) " El empleo femenino y los mercados laborales en la frontera norte de México durante la década de los noventa" en Esperanza Tuñón Pablos (coord.) Mujeres en las Fronteras: Trabajo, salud y migración (Belize, Guatemala, Estados Unidos y México) El COLEF-ECOSUR- El COLES-Plaza y Valdes.
- Chang, K. Elaine (2003) "El cruce de las fronteras: feminismo, posmodernismo y subjetividad fugitiva" en Michaelsen et. al. En teoría de la frontera...
- Chambers, Ian (1993) (1985) Migración, cultura e identidad. Amorrortu editores.
- Checa J. y Arjona Á. (1999) "Los estudios sobre migraciones en España. Una aproximación." en F. Checa y E. Soriana (eds) Inmigrantes entre nosotros. Trabajo, cultura y educación intercultural. Icaria, Barcelona.
- De Charteau, M. (1997) La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer. IBERO-ITECSO-Centro Frances de estudios mexicanos y centroamericanos.
- De la O. Martínez, Ma. Eugenia (1995) "Maquila, mujer y cambios productivos: estudio de caso en la industria maquiladora de Ciudad Juárez" en Soledad González et. al. Mujeres, migración y maquila en la frontera norte. El COLEF-El COLMEX, México.
- Dubar, Claude (2002) Las crisis de las identidades. La interpretación de una mutación. Ediciones Ballesteria. España.
- Durand Jorge (2000) "Tres premisas para entender y explicar la migración México-Estados Unidos" Relaciones. No. 83. Verano 2000 Vol. XXI.
- Fussell, Elizabeth (2002) "La organización social de la migración en Tijuana" en Ma. Eugenia Anguiano T. et. al. (eds.) Migración internacional e identidades cambiantes. El COLMICH-El COLEF. México.
- García, B. y O. de Oliveira (1995) Trabajo femenino y vida familiar en México. El COLMEX-CES, México.
- Gasea, Zamora J. (2002) Espacios transnacionales. Integración, Interacción y fragmentación en la frontera México-Estados Unidos. Porrúa- UNAM
- Geertz, Clifford (1989). La interpretación de las culturas. Gedisa editorial, Barcelona.
- Giddens, A. (1995) Modernidad e identidad del Yo. El Yo y la sociedad en la época contemporánea. Península.

- Giddens, A., Bauman Z., Luhmann N., Beck U. (1996) Las consecuencias perversas de la modernidad. Anthropos, Barcelona.
- Giménez, Gilberto (2002a). "Paradigmas de identidad" en Chihu Aquiles Sociología de la identidad, UAM-I/Porrúa.
- (1998). "La teoría y el análisis de la cultura. Problemas teóricos y metodológicos" en Jorge A. González y J. Glindo Cáceres (coords.), Metodología y Cultura. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes- CONACULTA. México.
- (2002b) "Una teoría de las identidades sociales" en Valenzuela A. (coord.) Decadencia y Auge de las identidades. El COLEF y Plaza y Valdez.
- (2002 c) "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural" en Gonzáles Ortega, Globalización y regiones en México. UNAM/Porrúa. México.
- Giménez G. y Gendreau M. (2000) "Impacto de migración y media en culturas regionales" en Castillo, Lattes y Santibáñez (coords) Migración y Fronteras. El COLMEX- Plaza y Valdez, El COLEF y Alas. México.
- Goffman, Erving (1970) El estigma. Amorrortu. Buenos Aires.
- Grimson, Alejandro (2003) «Disputas sobre las fronteras. Introducción a la edición en español" en Michaelsen, et. al. en Teoría de la frontera...
- Halbwachs, Maurice (1990) "Espacio y memoria colectiva" en Estudios sobre las culturas contemporáneas. Vol. 3 No. 8-9. Universidad de Colima.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette (2001) "Trabajando sin papeles en Estados Unidos: hacia la integración de la calidad migratoria en relación a consideraciones de raza" en Esperanza Tuñón P. (coord.) Mujeres en las fronteras...
- INEGI (2001) "Tabulados Básicos de Baja California". XII Censo General de Población y Vivienda 2000
- Johnson, David E. y Scout Michaelsen (2003) "Los secretos de la frontera : una introducción" en Michelsen et. al...
- Lakoff, G. y M. Jonson (1980) Metáforas de la vida cotidiana. Cátedra, México.
- Le Goff, Jaques. (1991) El orden de la memoria. El tiempo como imaginario, Bracéelos, Paidós.
- Lech, Edmund. (1989) Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos, Siglo XXI, Madrid.
- Lins, Riveiro Gustavo (2003) Post imperialismo. Cultura y política en el mundo contemporáneo. Gedisa editores, Barcelona.
- Luhmann, N. (1996) "La contingencia como atributo de la modernidad" en Giddens et. al...
- Makowski, Sara (2003) "Identidad" en Seminario: Cultura e identidad. FLACSO-México.

- Makowski S. y Constantino M.(1997) “Imágenes de sobredosis: complejidad social e identidad en el fin de milenio” en Perfiles Latinoamericanos Año 4, No 7 Diciembre 1997. FLACSO.
- Michaelson, Scott y David E Johnson (2003) Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural. Gedisa editores.
- Murieta M. y Hernández A.(1991) Puente México. La vecindad de Tijuana con California. El COLEF
- Ortner S.y H. Whitehead (1996) “Indigaciones acerca de los significados sexuales” en M. Lamas. El género: La construcción social de la diferencia sexual. Porrúa-PUEG.
- Paz, Octavio (1973) El laberinto de la soledad, Fondo de Cultura Económica, México.
- Piñeira R. y París E. (2003) Marco Histórico de la Región Fronteriza Tijuana-San Diego. Institute for Regional Studies of the Californias. <http://www-rohan.sdsu.edu/~irsc/text/histspa.html>
- Portes A. y Bórkckz J. (1998) “Migración contemporánea. Perspectivas teóricas sobre sus determinantes y sus modalidades de incorporación” en G. Malgesini (comp..) Cruzando fronteras: Migraciones en el sistema mundial. ICARA, España.
- Provansal, Danielle (2000) “ Mujeres inmigradas en Francia: de la invisibilidad al protagonismo social” en Maria-Ángels Roque (Dir.) Mujer y migración en el Mediterráneo occidental. Icaria-Antrazyt.
- Rosaldo Renato (1991) Cultura y verdad. Nuestra propuesta de análisis social. Grijalbo-CONACULTA. México.
- Sarrible, Graciela (2002) “ Definiciones y datos sobre migración internaional y nacionalidad en el caso de España”. Migraciones Internacionales Vol. 1 Núm. 2 Enero-junio 2002. El Colegio de la Frontera Norte.
- Schutz, Alfred (1973) El problema de la realidad social. Amorrortu, Buenos Aires.
- Scott, Joan (1996) “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. en M. Lamas...
- Serret, Estela (2001) El género y lo simbólico. La constitución imaginaria de la identidad femenina. UAM-Azcapotzalco.
- Serret, Estela (1999) “Identidad de género e identidad nacional en México”, en Bejar R. Y Rosales H. La identidad nacional... Siglo XXI México.
- Silva, Armando (1998) Los imaginarios urbanos. Bogota y Sau Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina. Tercer mundo editores
- Taylor, Lawrence (2001) El nuevo norteamericano: Integración continental, cultura e identidad nacional. UNAM, CISAN, El COLEF. México.
- Thompson B. John (1990) Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas. UAM-X. México.